3 1761 03618 6930

OBRAS

JOCOSAS Y SATÍRICAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.

TIPOS Y CARACTÉRES.

(III.)

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/tiposycaracteres00meso

S
M5824t

TIPOS Y CARACTERES.

BOCETOS

DE CUADROS DE COSTUMBRES

POR

EL CURIOSO PARLANTE.

(1843 Á 1862.)

NUEVA EDICION,
CORREGIDA Y AUMENTADA.

34466
24/7/94

MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXI.

Es propiedad.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

ADIOS AL LECTOR.

(1862.)

Este artículo, como se ve por el título que le encabeza, deberia ir al final del libro; por eso va al principio: —deberia servirle de rondó; por eso le sirve de overtura.—En ello, si bien se mira, anda tan lógico como todos los prólogos, introducciones y proemios conocidos; porque, escritos por lo general en són de despedida y despues de la obra, no se contentan con su puesto á retaguardia, sino que van impolíticamente á tomarla la delantera.

Falta ademas saber, ántes de colocar este *prólogo*, *epílogo*, ó lo que sea, si ha de ser escrito ó sólo pensado; si debiera ostentar las pretensiones de *prefacio*, ó contentarse con las modestas de *postdata;* si ha de referirse, en fin, á lo escrito, ó extralimitarse á lo que se pensaba escribir.

Es, pues, el caso (lector benévolo, que durante treinta años has oido y prestado atencion á la festiva charla del autor), que éste, indolente y caprichoso cultivador de las modestas flores de su fantasía, al sembrarlas al descuido acá y allá, en diversos tiempos y á largas distancias, nunca pensó ni concibió la idea de que agrupadas luégo en vistosos ramilletes, en obras de arte, pudieran ostentar tal vez en diestra combinacion sus variados matices;—ni se atrevió á pensar que cada una de sus hojas habia de llegar á formar las páginas de un libro;—ni abrigó, en fin, la esperanza de que, dispuestas así, llegarian á brindar á los ojos del público mayor simpatía que á los de su propio autor, el cual en sus descuidados y caprichosos juguetes *humorísticos*, como ahora se dice, no llevaba otra idea que solazarse con el placer que le producia el cultivo de su escaso ingenio.

Pero, en fin, su buena estrella lo dispuso de otro modo; quiso que aquellas incoloras florecillas parecieran más gratas aún á los ojos ajenos que á los propios; quiso que el jardinero indolente fuese formando el ramillete sin pretenderlo; quiso que el libro naciese sin preexistente intencion del escritor; y que éste, á la manera del personaje cómico de Molière, echase de ver con sorpresa «que hacía treinta años que estaba haciendo prosa sin saberlo.»

El Panorama y *Las Escenas matritenses* aparecieron, puede decirse, de este modo, en 1832 y 1842 ;—y el *Curioso Parlante* hubo de presentarse en las tablas, con grata sorpresa, á recibir los inesperados aplausos del público, y lo que es más, la investidura de su favorecido pintor.

Deseando, pues, corresponder lo más dignamente que le fuera posible á tan inusitada bondad, y terminada hace veinte años la segunda serie de *Las Escenas*, quiso dar otro giro á sus tareas, y aunque siempre con la indisciplina propia de su carácter, aspiró á generalizar más en una tercera obra la pintura satírico-moral de las costumbres y caractéres contemporáneos, no precisamente contraidos á la localidad de la capital, sino abarcando la generalidad de la sociedad moderna española.

Pero «el hombre propone y Dios dispone», que dice el refran.—Aquellas primeras obras de su ingenio nacieron espontáneamente y sin preexistente intencion; y ésta, concebida y calculada, no llegó á madurarse, á pesar de la ternura y del interes paternal, y hubo, como quien dice, de quedarse en embrion.

En vano pidió á la ciencia nuevos recursos para dar mayor importancia, forma diversa á sus estudios sociales; en vano buscó en su paleta co-

lores más ricos con que intencionarles y generalizarles más; la máquina no se prestaba fácilmente á abandonar su antiguo y favorito troquel; el pintor no alcanzaba nuevas combinaciones en su paleta; el rudo celebrante no sabía leer más que en su misal.—Sucedióle, pues, lo que á Ovidio, cuando, reprendido por su padre por su intemperancia poética, iba á contestarle

»*Juro, juro, pater, numquam componere versus.....*
«*Et quod tentabat dicere, versus erat*» (1).

El *Curioso Madrileño* pretendió ampliar más y más sus cuadros, y quitarles su carácter local y su forma de *caballete;* pero su modesto pincel se resistió á trazar más importante obra; su óptico instrumento no acertó á verse libre del propio modelo objetivo; y *Escenas matritenses* le brindaba su lente, y *Tipos y caractéres matritenses* le brotaba obstinadamente su pincel.

Por eso este libro, que en la intencion del autor debia ser otra cosa, viene á ser poco más ó ménos la misma, esto es, un *apéndice* ó continuacion de los anteriores; por eso esta obra, conce-

(1) Yo juro á vos, padre mio,
No hacer ya mas poesía.....
(Y en verso se lo decia).

bida bajo el plan de un edificio aislado é independiente, no es más que el remate ó coronacion del primitivo.

Hay tambien otra razon para que no haya alcanzado el autor la satisfaccion de cumplir su objeto con las condiciones que se propuso; y es que cuando escribia las *Escenas* se hallaba en el vigor de su edad lozana, en el candor de su entusiasmo juvenil; que el pintor entónces disponia de los abundantes colores de su vírgen paleta, y que la sociedad que servia de modelo á sus cuadros era mucho más sencilla y reposada tambien.

Ahora, por el contrario, al paso que el artista ha ido sintiendo enervadas con la edad sus fuerzas y su imaginacion, la sociedad del siglo se ha rejuvenecido y vigorizado, en términos de cambiar á cada paso y en cada dia de colorido, de fisonomía, de intencion. — En vano el pintor fatigado la persigue y estudia, espiando sus movimientos, sus actitudes, sus tendencias; — trabajo inútil; — la sociedad se le escapa de la vista; el modelo se le deshace entre las manos; imposible sorprenderle en un momento de reposo; y sólo echando mano de los progresos velocíferos de la época, del vapor, de la fotografía y de la chispa eléctrica, puede acaso alcanzar á seguir su senda rápida é indecisa; puede fijar sus volubles faccio-

nes en el lienzo; puede entablar con ella instantánea y mental comunicacion.

El asendereado pintor, al fin, se confiesa vencido; el desmayado observador siente ofuscados su vigor y su imaginacion; y en tal caso cumple á la conciencia del artista dejar caer el añejo y clásico pincel; cumple al escritor colgar con pena su mal tajada péñola; al satírico moralista arrumbar entre el polvo su risueño tirso y su festivo cascabel.

Mas, en descargo de su conciencia, y ya que ha reconocido y declarado francamente su incompetencia para realizar su pensamiento, dispensaráse á su amor propio de autor que se atreva á explicarle, ó señalar siquiera la parte del plan no realizado, el conjunto de su obra *non nata*, como el artista á quien sorprendió la muerte en la ejecucion de su cuadro capital deja señalada en el lienzo con breves líneas los contornos de las figuras, los grupos y episodios que formaban su argumento.

Acudiendo para ello á mi mesa de escribir, manoseado laberinto de borrones y archivo descompuesto de toda clase de materias; *vera efigies*, en fin, de lo que los ingeniosos calígrafos suelen representar en gallardos rasgos con el título de

Mesa revuelta (ménos los naipes, diplomas y memoriales); y descartando todo lo inútil al objeto, pretendí allegar sólo entre los opúsculos, impresos unos é inéditos otros, aquellos juguetes literarios, satírico-morales, que en el largo período transcurrido desde 1842, en que dí por terminadas *Las Escenas*, pudieran agruparse homogéneamente á ellas bajo un título comun, y formar un volúmen aparte, aunque de la misma índole, que más ó ménos propiamente revelase mi pensamiento indicado; y cuando no, pudiera por lo ménos servirlas de continuacion, y marcar en una *tercera serie* el asombroso movimiento y transformacion completa de la sociedad española en este período.

Resultado de este rebusco es el presente libro, verdadero traslado fotográfico de mi descompuesta *mesa de escribir*.—Conocidos separadamente ya del público en diversas obras y periódicos todos ó la mayor parte de los opúsculos que contiene, tal vez adquieran, con ser coleccionados hoy por primera vez, algun interes á los ojos del observador de nuestra marcha social.—Tal vez de la comparacion de su argumento con el de las épocas anteriores resulte el contraste que el autor se propuso presentar entre la antigua y moderna sociedad; tal vez en el desempeño literario se ad-

vierta tambien, si ménos espontaneidad é interes dramático, alguna más filosófica intencion.

Por desgracia, no puede revelar por completo, ni mucho ménos, el pensamiento que guiaba á mi pluma; el desaliento que por las razones ya dichas se apoderó de mi ánimo me hizo abandonar, apénas iniciada, la tarea; baste decir que entre los artículos ó cuadros que he tropezado para este *rebusco*, empezados unos, borrajeados otros, y no terminados los más, quedan en el polvo de mi cartera los que habian de llevar los títulos siguientes :

—*El aura popular:* — *Reputaciones de reflejo:* — *La rueda de cobre y la aguja de oro:* — *Un hombre de órden:* — *Mis amigos políticos:* — *Aprenda V. á vivir:* — *La medianía perseverante:* — *El independiente:* — *La filantropía y la caridad:* — *Haz daño y te harán lugar:* — *Madrid en* 1900 :—*El no de los hombres:* — *Las hijas de viuda* (materia imponible): — *La pesadilla:* — *Las primeras canas:* — *La otra casa:* — *El paseante en córte:* — *El buen mozo:* — *Una prima..... á voluntad del comprador:* — *Las cosas de España:* — *Vocabulario del gran tono:* — *El comodin:* — *El obrador de sastre* (taller de reputaciones): — *El nos periodístico:* — *La casa ó la malicia:* — *Las segundas nupcias:* — *El genio:* — *Profesion de fe dramática:* — *Una mujer superior:* —

Memorias de un portero:—La sala y la cocina (economía sublime):—*¿Quién protege á quién?—Las víctimas:—En un tris.....—El editor responsable:—Las fuentes de la prosperidad:—Los buenos principios:—La opinion del país:—Cubrir el expediente:—Una notabilidad de campanario:—El escabel:—Remedios caseros:—Misterios de un abanico:—La tertulia y la soirée:—La comandita:—Madrid sin fachadas:—Los puntos suspensivos.....—De escalera abajo:—El marido á prueba:—Un hombre para todo:—La gramática parda:—El mal de nervios:—La almohadilla:—La catalépsis política:—Juego de compadres:—Crónicas del fogon:—Un hombre de más:—La pluto-cracia:—El título..... sin interes.*

De los títulos ó cuadros anteriores que quedan, como va dicho, en el tintero del autor, se ve claramente que, no la falta de materia, sino la de espíritu, pudo obligarle á dejar incompleta su obra;—pero de ellos tambien se infiere otra razon que le compelió á este espontáneo silencio;—y es que habiéndose de rozar ya directamente y dar la cara á una sociedad esencialmente política, no pudo jamas resolverse á ello, y prefirió *callar* á desnudar á su pluma de la tranquila, risueña é *impolítica* especialidad que supo tenazmente conservar.

El Curioso Parlante.

TIPOS Y CARACTÉRES.

POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por estar exentos de la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser más ó ménos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician, inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los régios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del palacio Real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas jerarquías y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que, sin más facultades que las tres del alma, sin más oficio que el de vivir, sin más porvenir que el del presente dia, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora; se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa más blanda que los soportales de la Plaza ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo, aquel dia pasa, y se encuentran con la agradable certi-

dumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa ajena; que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos; que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias; que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.

No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus trabajos; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, más ó ménos voluntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y travesura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ajeno; todos están seguros de alimentarse aquel dia, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado : los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los más numerosos y modestos de estos vividores impertérritos se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la Lengua*), escogiendo una actitud más ó ménos patética para implorar la caridad ajena.

Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices más ó ménos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas más ó ménos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. gr., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media) áun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros,

que á la sazon os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre éste despachais, que supongo, el complicado expediente del chocolate ó del café, no teneis qué contestar á una interpelacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la petaca á aquel héroe no comprendido, á aquel Belisario de pié y medio.

O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempos que habia Cuzco y se estilaban todavía intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colon hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz.

Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolucion ó de la política, cuya manutencion pesa como un censo enfitéutico á cargo del partido á que dice que perteneceis, segun el boletin de suscricion que os presenta, cubierto de las firmas más respetables y eufónicas, y al que llamaríamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones ajenos y por las manos cigarrosas del poseedor.

Ya es un malparado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazon, y que acaba por exigiros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.

Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, teneis que ha-

cer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraidas por el iman de vuestro tierno corazon, á desahogar con vosotros su angustiado pecho; á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria; á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podais acudir á remediar su desconsuelo; las bases del arancel con que podeis obtener sus más tiernas simpatías. — Y vosotros (que supongo no estaréis á la altura de fortaleza de un Antonio ó un Jerónimo, y que no teneis á mano un guijarro con que atormentar el pecho para desviarle de aquella formidable embestida) tomais la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo, y estudiais el arancel de su gratitud; y trocando los papeles, os dirigís *vergonzantes* á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.

No es sólo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de los que le negára la fortuna.—Esta posicion de hombre-alhaja, de galan vergonzante, de pasion de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos ó de fresa, de billetes de teatro ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mujeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las más veces se explica por medio del garrote y la navaja, á true-

que de una posesion que casi siempre acaba por conducirlas á la cama de un hospital.

Desde este primero y sucio escalon de la categoría de galanes vergonzantes hay infinitos que recorrer hasta lo más alto de la escala, pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora; el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apuesto jinete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera, en fin, de buen tono que arrebata la atencion de las mujeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que, sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galan vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

Los hay de estos dorados mendigos que no pueden, sin embargo, decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á explotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hácia las altas clases, hácia las elevadas personas, hácia los magníficos salones y opulentas cocinas.

Estos parásitos infatigables, perpétuos vividores, convidados de piedra á todo festin, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dósis suficiente de ingenio para hacerse, no sólo tolera-

bles, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar sólo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas, para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. — Los franceses apellidan á este tipo un *viveur*, un *pique asiette;* los españoles solemos designarle con los no ménos expresivos de *catacaldos y panzas al trote*, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes* de buen tono.

No léjos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros del milagro*, como se decia en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druídicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compas en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno ó comun á entrambos sexos, y comprende, ademas de los jugadores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo temeron que cobra el barato en las briscas de la Vírgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitacion para el sacrificio, y concluido éste á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de ésta, cuando era más jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna estaba en el candelero, tambien su altar rebosaba de adoradores, tambien su boato eclipsaba el de las clases más elevadas. Y sin embargo, nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenía, por otro lado, tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo más escogido y brillante

de Madrid; no habia todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puertas de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí sólo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa hacía los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetillas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquéllas con la reseña de la última *inolvidable soirée* de la amable señora de***, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo, por otra parte, idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A....., seguia por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z.

A toda esta música celestial de gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia exclamar :—«Todo esto está muy bueno, pero ¿quién es esa brillante dama, y con qué medios cuenta para sostener todo ese lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad ?» — Nadie por entónces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan sólo á ciertas horas del dia, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducto tenía la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demas *gracias al sacar*, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferian sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalas años enteros, que hallaban más cómoda esta vía reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posicion no ménos equívoca del *pobre vergonzante* es la que suele ofrecer el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de

los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al reves que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á éstos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detras de todo aquel aparato de decoracion exterior, sólo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de frac negro y anteado guante, la perspectiva de las injurias, de las persecuciones, de los procesos y de las cárceles, con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un testaferro.—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el Gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el gerente de una sociedad de industriales que, á trueque de un mezquino sueldo, autoriza con su firma los embolismos de aquéllos; el editor responsable de un periódico, que tiene que desagraviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera, sin embargo, sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario, con la blanca mano del ama de llaves, dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor.

No sólo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre más ó ménos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambicion, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros más célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos
La riqueza en pié mantiene;
Que no es rico el que más tiene,
Sino el que há menester ménos»;

cuya exactísima observacion, contraida á nuestro propósito, podriamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
sino el que há menester más.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo supérfluo; para unos caractéres todo lo que pasa del preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del regio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.

Mendigos vergonzantes ó inconfesos son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia, se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos.—Mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate ó las antesalas del poder para obtener títulos y honores, de que tenian hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á Mecénas que le pagó la impresion.—Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante carruaje y de un abono de palco en el teatro Real. —Mísero vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto más al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna.

Pero, en fin, ésta ya es otra clase de mendicantes, y aquí sólo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion, dando otro giro, vuelo más extendido al argumento, consideremos la cues-

tion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condicion del que se ingenia para vivir á costa ajena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion; ántes bien dirémos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaladia:*

«Trabajo no es menester,
Que si bien quereis sentir,
Harto trabaja el comer
Quien lo tiene que pedir.»

GUSTOS QUE MERECEN PALOS.

De gustos no hay nada escrito, dice el refran, y es una solemne mentira, autorizada, como tantas otras, por una convencion tácita del vulgo; pero por si fuese cierto, y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion.—Y no hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no ménos vulgar de que *Sobre gustos no hay disputa*, porque me atreveria á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quieran los *Diccionarios* y *Panléxicos* más corrientes y autorizados, y la *Filosofía vulgar* de Malara, y los *Refranes* de Nuñez, y los *Sinónimos* de Huerta, y el *Tesoro* de Covarrubias, y las *Etimologías* de Cabrera, ésta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario como por los cerros de Úbeda.—Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caractéres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á la fisonomía. De esta infinita variedad física y moral de la especie humana procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonía; porque no hay duda que si todos naciéramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese sólo una, entónces sí

que serian más sérias las disputas sobre su gusto y posesion; y si todos y todas fuéramos tambien idénticos en figura, bastaba á cada cual contentarse con la suya, y quedaba destruida por su base la afinidad, la atraccion, la fuerza centrípeta..... Pero nos vamos extraviando en la ideología..... *Retournons à nos moutons.*—Volvamos á nuestros borregos.

Aquí no se trata de disimular el gusto general (que es lo que sin duda quiso prohibir el refran), sobre lo cual desde Aristóteles, y muchísimo ántes, hasta Rabadan, y muchísimo despues, se han dicho y escrito muchas y buenas cosas; tampoco vamos á mirar la materia en su aplicacion á la cocina, pues nada podriamos añadir á la espiritual y sabrosa *Fisiología del gusto*, de Brillat Savarin; ni bajo su más sublime y dramático aspecto, del amor, lo cual no podriamos intentar sin ofender la memoria del vetusto Ovidio y del moderno Balzac, ni, en fin, pretendemos engolfarnos en el estudio y análisis de las pasiones, como Alibert ó el Padre Huarte; ni áun siquiera en calcular sus fundamentos físicos, con la *Craneoscopia* del doctor Gall ó la *Frenología* de Cubí en la mano.

Nada de eso: nuestra mision es más modesta, muchísimo más reducida: tomamos por hoy de los gustos humanos una módica racion, y salpimentándola como Dios nos dé á entender en nuestra cocina, intentarémos servirla calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza,—y pare V. de contar.

Quede, pues, sentado que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente, y que á pesar de los adagios vulgares, todavía dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heroicos, sublimes y adorables; mal gusto, y gustos ridículos, necios y extravagantes; gustos que reclaman admiracion y

respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitacion; gustos, en fin, *que merecen palos.*—De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para dirigiros hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino D. Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta edad (la más incierta de las edades, segun el poeta inglés), prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas *soirées*, á que convida todo el moviliario manducante y saltarin de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfaccion que debe causarle el ver citada su casa en las gacetillas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas.—Pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, ademas de los goces consiguientes al disfrute de las fiestas del amable Anfitrion, el placer inefable de comentar su vanidad, mofarse de su petulancia y ridiculizar su magnificencia; si van VV. á oir á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpacion que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbacion de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Segun los primeros, el gusto de nuestro D. Pánfilo es acreedor á encomios, flores y gacetillas; segun los últimos, *merece palos;* y es así que yo, como vecino, soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cuál de los pareceres me inclino.

A la señora Doña Dorotea Ventosa y Panza-al-trote, viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinacion.—No recibe en su casa, pero recibe y admite los agasajos que la hacen en las ajenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus

bienes en beneficio ajeno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de barrio; inventa rifas caseras, y expende voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no costea las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pisa sus umbrales; no dispensa favores ni proteccion propia á ningun necesitado, pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los más remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memoriales en nombre de quien quiera que le confie su pretension; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes oficiosos y apologéticos de los criados que buscan acomodo; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los novios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes á los herederos; de mudanzas probables á los que buscan habitacion; de almonedas y gangas á los que andan á caza de ellas; de remedios caseros é infalibles á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos á los músicos festeros de la murga.— No puede negarse que esta activa matrona es, en cierto sentido, una utilidad social, y que su gusto é inclinacion aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso, no faltan autores que los colocan entre los gustos que merecen..... otra cosa.

¿Y qué recetarémos al del otro ciudadano que, sin más estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cotidianamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares borrascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó

ideal?—En vano su familia, su casa y sus propios intereses reclaman su tiempo y su atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los sinsabores y las persecuciones; en vano sus amigos huyen de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Ateneo, del Casino y de las sociedades privadas; las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol son los teatros cotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y expende grátis sus opiniones.—Entre tanto sus enfermos (si es médico) se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado) se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro) esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstetricia ó la pila galvánica; sus comensales (si fuese negociante), el éxito del recibo de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocacion de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista), que abra la tienda para surtirse del azúcar ó el almidon.

Ahora díganme VV., señores lectores, si en conciencia este gusto de disputar impolíticamente de política es de aquellos de que dispensa el refran, ó de los que merecen más bien el epígrafe que cuelga á la cabeza de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quiero tambien que, ménos bilioso y acerbo, se incline tambien á mirar los negocios públicos

por el lado favorable; que su entusiasmo brote espontáneo á la vista de cualquier magnate, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Panglós, crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad elástica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilínea del humilde pretendiente.

Mueble obligado de toda antesala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espia desde aquellos modestos recintos el semblante y las acciones de los Ministros y magnates, sonrie á su ceño ó soporta impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprueban de antemano, ántes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su estereotípico memorial.—¡Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona, un título fantástico con que disfrazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad!—Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se nos dirá):—verdad es; pero en nuestra humilde opinion *merece palos*.

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia forense, y repartir entre los ávidos curiales *que han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad.—Contra estos busca-ruidos no hay derecho seguro, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gabelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus

plazos, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legítimas, y con su mujer por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palabras de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios contra todo compromiso, pretextos para toda querella, argumentos para toda demanda, y fruicion en todo intrincado laberinto curial.

A falta de familia y relaciones íntimas, y no teniendo á la mano sujetos sobre qué ejercitar su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes: en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y paseos, reñirá con éste por haberle quitado la acera, con aquél por no haberse descubierto al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de más allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda.—Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre qué reñir, se mezclará é identificará con los ajenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta Rojas:

«Si el duelo en dos llega á oir
Que satisfecho no está,
Aunque esté acabado ya,
Los hace otra vez reñir.»

Hay quien, más apacible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es lo mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pié á la puerta de una tienda; á formar corro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarin; á dar á todo el mundo la razon y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el légamo del Canal, ó á cazar gorriones en las alturas de Chamartin.—Hay tambien quien toda su atencion convier-

te hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata ó de un córte nuevo de pantalon. — Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna, y á escribir billetes apasionados á la mujer que no los comprende, ó composiciones fugitivas al público, que los huye á más no poder.—Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos inofensivos no hay armas en nuestro arsenal; pero el lector juzgará si es afectada nuestra reticencia, ó si en realidad pudiera ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De aficiones inocentes son tambien calificadas las de aquellas jóvenes doncellas melindrosas y traviesas que reparten su vida entre los cuidados de su tocador y los cariños del falderito habanero ó del gatito de Angola; entre la enseñanza del loro indiano, del pintado ruiseñor ó de la rústica codorniz, y el riego de sus macetas ó el telégrafo de balcon, y que se pasan las noches de claro en claro, entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sué, y los dias de turbio en turbio, alarmando constantemente á la vecindad con los *rinforzandos* de su piano ó las *fermatas* de su garganta; que sostienen una activa correspondencia con medio café Suizo y medio Casino, y que saben de memoria el escalafon del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan contínuamente á músicos, pintores y poetas á pagarlas tributo en su *Album* correton; que son indispensable acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que, prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de fábricas y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agraciadas

personas, *ilustradas* con toda clase de dibujos y caprichos, pintadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel contínuo de su gracia coquetil.

Ediciones populares y económicas, áun más que las de las bibliotecas *á real la entrega*, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amore*, «con gracia y con amor», que traduciria libremente alguno.—¿Quién ha de ser el cruel que decrete castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿Quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos sí que no pega lo de los palos; pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo ménos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta matrona que, no sabiendo ó no teniendo á mano á quién darse (despues que el mundo y la carne la abandonaron, y hasta el diablo la volvió la espalda, asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sustento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica viudedad; ó la que, convirtiendo su persona en *anima vili* de experiencias médicas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los glóbulos homeopáticos ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía ó en el vomipurgante de Le-Roy; bello ideal de médicos y boticarios, y á quien de seguro no recetarán éstos el remedio que cuelga por cabeza de este artículo.—Tampoco la Hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya nariz, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta *indirecta* al sostenimiento de la industria cubana;—ó de la que, infatigable cabalista de ambos y ternos, cambia cada quince dias sus doblones positivos por los fugaces

papelitos de la renta;—por último, nada dirémos de la que abandona la aguja y el dedal por la pluma y el tintero, y escribe coplas eléctricas, á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos; porque para éstas no sabemos si será bastante el remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Leganés.

Llamarémos, en fin, la atencion del lector hácia los gustos y aficiones igualmente inocentes del honrado ciudadano, «buen padre, buen esposo y buen salchichero», que le da por mangonear en cofradías y hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar ó repartir candidaturas para las elecciones, por intrigar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil.—Consignarémos ex-profeso el gusto del otro individuo-ómnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de *hombre bueno* en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de persona *que no habla* en todas las comedias caseras;—el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotretos;—el del aplaudidor gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festin, del poeta repentista de todo bríndis, del cantor aficionado de todo desconcierto musical.—Respetarémos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por roñosas medallas celtíberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafaeles y Murillos *póstumos;* el del erudito que anda á caza de libros, impresos ántes de Guttemberg.—Muchos de estos bibliógrafos, cuadrófilos ó medallívoros no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, ó cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto más cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pre-

tenden comprar la opinion de sabios profundos, de inteligencias fósiles y organizaciones antidiluvianas : hay tambien quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecénas espléndidos, y quien, diligente escudriñador de libros y mamotretos viejos, los reune y apila con el único objeto de sustraerlos á la circulacion, de monopolizar su disfrute, de estancar en sus manos su anhelada propiedad ; verdaderos Harpagones literarios, que ya nuestro Quevedo adivinó cuando dijo :

«No es erudíto, que es sepulturero
Quien sólo entierra cuerpos cada dia :
Bien se puede ilamar libropesía,
Sed insaciable de pulmon librero.»

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoría el célebre y discreto autor de la *Apología de los palos.*

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco con que hemos encabezado este artículo, ya se sobreentiende que no fué nuestra intencion aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diria bien con nuestra suave condicion y blanda correa, tan material y grosera demostracion.—Quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia) que hay refranes para todo ; y que si hay uno que dice : *Sobre gustos no hay disputa,* hay otro que responde: Sí, pero *Gustos hay que merecen.....* las gracias, por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

INDUSTRIA DE LA CAPITAL.

Hay mentiras afortunadas, que echadas á volar al acaso y tal vez sin la menor intencion de hacerlas valer, arraigan, prenden y fructifican en la mente del vulgo, anulan y contradicen su razon, ofuscan sus sentidos y se apoderan, en fin, de la pública opinion en términos que no hay ya antorcha posible que la ilumine, ni hecho material que logre desengañarla de su querido error: tal es para el hombre la fuerza de la costumbre y la cómoda inclinacion á pensar lo que le dejaron pensado, á repetir lo que le repitieron, á mirar por los ojos ajenos y á juzgar por la ajena razon.

Una de estas vulgaridades añejas, una de estas absurdas paradojas que han hecho fortuna en la mente de nuestro vulgo (y cuenta que para nosotros hay mucho vulgo de guante pajizo y casaca bien cortada), es la que de tiempo inmemorial se viene repitiendo respecto á la nulidad ó insignificancia industrial de nuestro heroico Madrid; en términos que, al decir de las gentes, la capital de la monarquía española es una poblacion parásita é improductiva, tan estéril como un arenal, tan sin consecuencia en la riqueza pública como una discusion parlamentaria ó como una ley electoral.

Pero perdonen los que tal aseguran, que dicen un so-

lemne disparate y asientan una estupenda falsedad. Queremos, sin embargo, concederles que la poblacion matritense no sea muy fuerte, que digamos, en esto de la Mecánica y de la Física; ni entienda cosa mayor de tórculos y cilindros; ni alcance á manejar la lanzadera ni el crisol; ni sepa tampoco qué cosa sea fuerza motriz, materia primera, hornos de reverbero, bombas hidráulicas ni máquinas de presion, ni conozca, en fin, alguno de los términos de la tecnología fabril; pero en cambio no podrá negársenos que posee y domina otros medios industriales, otros agentes ó móviles poderosos, que por lo productivos y satisfactorios no les van en zaga á las ruedas, máquinas y demas agentes industriales. Nos explicarémos.

¿Qué cosa es industria?—A ver el Diccionario de la Lengua, que no puede engañarse ni engañarnos.—«La maña y destreza para hacer alguna cosa.»—Luego si probamos que Madrid es un pueblo donde se emplea y gasta mucha maña y mucha destreza para hacer muchas cosas, razon habrémos tenido para dar por sentado que la heroica villa es una poblacion eminentemente industrial.—Si por consecuencia dedujéramos que esta industria produce pingües fortunas y enormes rendimientos, quedará tambien asentada la importancia de Madrid en la balanza mercantil.—Veamos, pues, en qué consisten aquellas primeras materias de produccion, en qué se ejercita esta fuerza motriz, á qué especie de producto viene á reducirse esta industria indígena, esta riqueza comercial, que pone á nuestro pueblo al nivel de los más industriales de Europa.

La fabricacion más importante en la villa-capital, ya se considere como materia primera para aplicaciones sucesivas, ya como producto elaborado y de uso cómodo é inmediato, es la *fabricacion de reputaciones:* fabricacion tan ámplia, que no solamente sirve al surtido de la córte

y sitios reales, sino que extiende su comercio y abastece por lo general todos los mercados del reino. Esta poderosa industria, explotada en grande en Madrid, tiene por ricos veneros y por activos talleres la tribuna, la imprenta y la plaza pública.

Ademas cuenta como poderosos auxiliares con las tijeras del sastre, el capricho de la moda, el lujo y elegancia de la capital, auxiliares no tan indiferentes, que no hayan hecho producir á algun filósofo célebre en esta profunda máxima :—«Lo más difícil de adquirir en materia de reputacion es un vestido nuevo.»—Todos estos y otros medios poderosos, aplicados á la fabricacion de reputaciones, han recibido con las luces del siglo una extension prodigiosa, han multiplicado infinitamente sus elementos de accion y hecho aplicaciones de procedimientos absolutamente nuevos y desconocidos á nuestros cándidos mayores en tiempos ominosos, ignorantes y semibárbaros, en que no se habian inventado aún la prensa periódica y las arengas tribunicias; las publicaciones á *real la entrega* y las academias á *duro al mes;* las cerillas fosfóricas, ni el alumbrado del gas; ni otros muchos descubrimientos de este siglo creador, aplicados despues por la mecánica intelectual á la fábrica de reputaciones patrióticas, heroicas, científicas, literarias, en prosa y en verso, lumíneas, fosfóricas, eléctricas, vaporosas y pirotécnicas.

En aquellos tiempos menguados de que íbamos hablando, para hacerse un cristiano con su poco de reputacion de surtido, preciso le era sudar la gota tan gorda para averiguar primero los sitios en que se despachaba de tapadillo y con receta, por tal cual aficionado ó empírico vergonzante (la fabricacion todavía no estaba autorizada legalmente); el cual sitio solia ser la sucia celda de algun padre grave, ó el aseado cuarto de alguna vieja camarista; la sala de juntas de tal cual piadosa cofradía, ó la mo-

desta tertulia de algun ex-consejero de la ex-Hacienda real; y luégo que nuestro neófito en la córte hallaba entrada en aquellos benéficos laboratorios, en aquellos santuarios de la fama, si queria iniciarse en sus misterios, participar de sus dones y labrarse á gran costa su poquito de opinion, forzoso le era asentar su nombre y contribuir con sus servicios y con limosnas á las necesidades del convento ó de la cofradía, acompañar á sus devociones á la camarista pergaminosa, ó hacer la partida de tresillo al consejero secular; y ¡quién sabe si alguna hermana fiambre de aquélla, ó alguna sobrina trasnochada de éste, no le reservaba con su blanca ó negra mano, y por vía de arras matrimoniales, una reputacion completa, intacta y dispuesta á servir al portador!—Esto y más solia obtener la medianía perseverante, el continente modesto, el lenguaje melífluo y lisonjero y cierta flexibilidad elástica en la espina dorsal. Pero una vez llegado á adquirir nuestro hombre su correspondiente título de *mozo de provecho*, expedido por aquellas cancillerías, ya era apto para empuñar una vara ó para regentar una cátedra, para lucir un baston de intendente ó los bordados de la covachuela.

Hoy, bendito Dios, es otra cosa; y la fabricacion de reputaciones se verifica públicamente, sin sujecion á estanco ni monopolios, á puerta abierta, á cielo raso, y sin adminículos de títulos y diplomas.—Las innumerables columnas de los periódicos, la tribuna del Parlamento, los salones políticos y aristocráticos, las asambleas científicas y literarias, las mesas de los cafés, el escenario de los teatros, las sillas del Prado, las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol; todos estos y otros muchos sitios son otros tantos infatigables y públicos talleres de reputacion á precio y período fijo, por años, por meses, por dias y hasta por horas, fabricada á la mecánica ó al vapor, pregonada á grande orquesta ó con el

solo obligado de bombo, confeccionada de pacotilla ó de superior calidad; v. gr.:

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y lenguaraz, que despues de haber cursado bien ó mal sus diez años en cualquiera de nuestras mil y una universidades, y aprendido lo que en ellas se aprende, se encuentra á los veinticinco con que si ha de utilizar su talle y su despejo en pro de su fortuna, si ha de conquistar con ellos una ventajosa posicion social, tiene, si es jurista, que encerrarse en el estudio práctico de un letrado, que envolverse en el fárrago de los alegatos y en las cláusulas estrambóticas del foro; si médico, ha de asistir diariamente á las salas del Hospital, á los anfiteatros anatómicos, á la cabecera de un moribundo; si pretende juzgar á sus semejantes armado con la vara de la justicia, forzoso le será emprender la larga y dudosa carrera del pretendiente; si aspira á lucir sus conocimientos en la enseñanza, ó desea, en fin, abrazarse con la santa madre Iglesia, y ocupar un puesto en un Capítulo, tiene (segun el antiguo régimen) que hacer oposicion á la cátedra ó á la prebenda.

Todo esto es muy largo, difícil y de dudoso éxito para quien ha nacido bien entrado ya este siglo de las luces eléctricas, y para quien siente en su alma el gérmen de la elevacion y el instinto gubernamental. Pero reconociendo que no es bastante el que él lo sienta, sino que es preciso, absolutamente preciso, que así lo reconozcan los demas—¿qué hace nuestro mancebo?—Coge y se embaula en uno de los carruajes de las diligencias generales, y al cabo de algunas horas de tumbos y trasnoches, da fondo en plena calle de Alcalá de nuestra villa capital, y desde la mañana siguiente entabla al pié de fábrica el negocio de su reputacion.—Para ello empieza por visitar y atraerse la voluntad de sus paisanos y condiscípulos (alguno de los cua-

les por fuerza ha de ser Ministro ó haberlo sido, ó esperar serlo); introdúcese en las reuniones políticas y cortesanas; asiste diariamente á las discusiones de las Cámaras; se hombrea y explica con los personajes históricos en las salas del Ateneo y del Casino, con los literatos en el café y con los periodistas en sus redacciones; aventura primero en ellas algun suelto ó comunicado para notificar al público su existencia; cultiva luégo el folletin ó la gacetilla; se sube á mayores y acomete el artículo de fondo; crécese, en fin, de dia en dia, y su reputacion empieza á hacer espuma; hierve por fin, y se desborda haciendo la oposicion; pero no la oposicion melíflua y compaseada de que ántes hablábamos á cátedras y prebendas, sino la oposicion tormentosa, la oposicion gigantesca y osada, la *oposicion al poder*.

Y á dos por tres héte aquí á nuestro reciente é ignorado colegial convertido, como quien nada dice, en una notabilidad política, en un hombre grande, y metamorfoseado en ministro, ó cuando ménos embajador ó consejero.

Pues quiero que no sea aspirante á empleos, ni estudiante de letras, sino que su inclinacion le llame al positivismo y á la fortuna material.—Llovido como de las nubes en medio de la Puerta del Sol—de esta gran fábrica de reputaciones y de gloria—sin más camisa que la puesta, ni más bolsa que la del prójimo, yo no sé cómo ni á qué precio encuentra quien le administre las primeras dósis de reputacion; pero sí que con ellas le vemos de la noche á la mañana

«Extenderse, crecer, tocar las nubes»

y arriesgar en la Bolsa operaciones fabulosas, y contratar con los Gobiernos de vecino á vecino, y arrastrar coches,

y habitar palacios, y brillar, en fin, como uno de los astros del mundo *financiero.*

La industria madrileña, la fábrica de famas al portador, hace á veces prodigios, y no solamente se ocupa en crear posiciones y en levantar fortunas, sino que hasta se puede decir que da vida, valor y animacion á la misma figura material.—Tal jóven, por ejemplo, que con el modesto traje del campo ó de la aldea pasaba desapercibido en ella, y cuando más atraia las miradas del ama del Cura ó de la maestra de niñas, viene á Madrid á pretender acomodo; y gracias á la sábia tijera de Utrilla ó de *Peré* (grandes fabricantes de reputaciones en córte), gracias á los guantes del *regenerador de la camisa*, gracias á las pomadas de *Miró* ó al peine civilizador de *Reigon*, vémosle salir de sus manos hecho un Apolo de Belvedere; servir á las damas de objeto visual en teatros y paseos, de envidia á los mancebos en el asalto, en el picadero y en el café.—Pues merced á esta brillante aureola, hija legítima de la calle de la Montera, nuestro mozo alcanza á usufructuar la vitalicia prebenda de una vieja marquesa, ó inflama el corazon juvenil de una rica heredera, que acaba por entregarle en posesion su blanca mano y su dorado capital.

Y si el ejemplar recien venido á la villa del oso y del madroño pertenece al sexo que por pura galantería llamamos bello, ¡cuántas beldades oscurecidas en un rincon de Aragon ó de Castilla! ¡Cuántas flores ajadas ya, y pasadas de moda en las campiñas y salones de Andalucía y de Valencia, no vemos renacer ó retoñar de nuevo con mayor esplendor, merced á la fama vocinglera de los infatigables talleres del Salon del Prado, en fuerza de la cooperacion benéfica de madamas *Bernós* ó *Petibon!*—La industria madrileña obró tambien aquel fenómeno, señaló y analizó aquella estrella, descubrió y puso en evidencia aquel tesoro escondido hasta entónces á las márge-

nes del Ebro ó del Turia, del Eresma ó del Guadalquivir.

El alma no comprendida en su modesto pueblo viene tambien á revelarse al país por medio y con el mágico auxilio de la trompa matritense. — Cincuenta meditaciones y doscientos fragmentos producidos por una tierna lira no habian logrado llamar la atencion ni fijar las miradas de los indiferentes ó incapaces convecinos de nuestro vate, y su espíritu ideal é hiperbólico estaba reducido á la triste condicion de pensar en las buenas ó malas cosechas, de calcular sobre la venta de las lanas ó del ganado, de combinar los mecánicos aparatos del taller. — Pero llega á Madrid, y recibido incontinenti de literato en cualquiera de nuestros cafés ó en el vestuario del teatro, brota el raudal de su inagotable vena, é inunda revistas y folletines; traduce comedias, hace la censura de las obras que otros escribieron y él no entendió; y á fuerza de repetir su nombre por las cien bocas de la fama y los cien mil caractéres de la imprenta, logra imponerle á la sociedad como una pesadilla inevitable, monótona, fantástica y perpétua; logra salvar los límites de Madrid y su rastro, volar por los campos y penetrar en las poblaciones, inclusa la apartada y modesta aldea donde vió la luz primera, y que en todo pensaba ménos en sospechar que en aquel engendro mezquino y casi ignorado de ella habia hecho á la patria el regalo de un genio más.

Por este estilo prolongariamos indefinidamente las citas ó indicaciones de los maravillosos artefactos de la industria matritense, poderoso zahorí que, penetrando con certera vista las capas superficiales de la inteligencia humana, descubre los tesoros escondidos bajo un vulgar esterior; fecundo manantial que sabe convertir en campo fructífero y frondoso el arenal estéril; admirable artista que acierta á sacar del barro tosco é inanimado, del tronco de piedra bruta, la estatua colosal y perfecta que nadie

adivinó; y maravilloso Proteo que, convirtiéndose luégo en vehículo de comunicacion instantánea, trasmite y pregona hasta el último confin de la península sus admirables descubrimientos, sus altísimas elucubraciones, los sorprendentes resultados de su potencia industrial.

¿Y habrá todavía quien niegue á Madrid el rango que le corresponde entre las poblaciones fabriles por excelencia? ¿Habrá quien nos pretenda encarecer los productos de la prosaica industria de otros pueblos de España, en competencia con la sublime especialidad que dejamos asignada á la capital?—¿Hablará Barcelona de sus blondas y tejidos, Valencia de sus sedas, Vizcaya de sus hierros, de sus vinos Jerez ó Valdepeñas, de sus paños Tarrasa, de sus armas Toledo, de sus lanas Extremadura, ó de sus productos agrícolas Andalucía, Castilla y Aragon? Pero ¿qué son todos estos frutos perecederos de una industria material, comparados con los inmortales y sublimes de la industria matritense, de la explotacion de la fama y del beneficio del campo de la gloria? ¿Qué son, por ejemplo, una máquina ó un delicado tejido, producidos por la invencion y el trabajo de los hijos de Barcino, al lado de uno de nuestros sabios en córte, políticos ó literatos, improvisados al menor giro de la gran máquina de reputaciones de la Puerta dol Sol?

¿Qué significa el descubrimiento de un nuevo y argentífero venero, hecho por la perspicacia é inteligencia de un afortunado ingenio, en comparacion del de una notabilidad parlamentaria, del de un nuevo poeta dramático, regalado á nuestra patria por las activas prensas de la capital?—Sevilla y Toledo presentarán sus fundiciones y construccion de armas guerreras; Astúrias y Vizcaya sus nobles alcurnias y rancios pergaminos; Salamanca y Sevilla los aprovechados hijos de sus escuelas; Barcelona y Valencia los libros de sus prensas y los variados productos

de sus talleres.—A todo puede contestar Madrid con ventajas con la fabricacion indefinida de *genios* y de *hombres grandes* para el surtido de todo el Reino; de oradores, de literatos, de poetas para todo el resto de los españoles; de héroes y generales para todos los ejércitos de Europa; de títulos y próceres para todos los estados del mundo; y á todos los resúmenes industriales de aquellos pueblos podrá contestar ufano con el espléndido balance anual de la inmensa fábrica cortesana, ¡con la *Guía de forasteros!*

LA PATRONA DE HUESPEDES [1].

El orígen de las casas de huéspedes (estilo coronista) se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando ménos, al padre Abraham los honores de la invencion.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos todavía este uso venerando se resentia de la sencillez evangélica, y no estaba tan refinado como le vemos hoy, los que aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años despues. Entónces todo su mecanismo se reducia á tener siempre abiertas las puertas de la choza paternal (si es que ésta tenía puertas) al fatigado peregrino que, sin más maleta ni silla de posta que el bordon y la calabaza, acertaba á atravesar á deshora por aquellos andurriales; hacerle un ladito en la estera que servia de blando sofá y de mullido lecho; ponerle delante un cenacho de bellotas, ó cosa tal, y su botijo de agua pura y serenada; y si lo queria comer, bueno, y si no, tan amigos como ántes. Luégo, de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped para escuchar de su boca la narracion de

(1) Este artículo y el siguiente fueron escritos en 1845 para la obra publicada bajo el título *Los Españoles pintados por sí mismos.*

las extrañas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la habia, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo usted estar.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y si no, léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí están Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales, hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte, que no consta pagasen patente de hospedaje público ni secreto), hiciéronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales), y hágote viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y «*Aquí se alquilan sala y alcoba con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano*, etc.»; viendo lo cual los mancebos Enéas y Telémaco, que eran hombres que lo entendian, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Cálipso que no podia consolarse de la partida de Ulíses; y que en el exceso de su dolor (como hubieran traducido más de cuatro *literatos*), *se encontraba desgraciada de ser inmortal:* quiero decir, de hallarse viva todavía, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debia haber médicos ni boticarios.

Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroína, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguirémos

nuestra *indirecta* imitacion, ó sea *arreglo á la escena española*, diciendo que las ninfas que la servian no usaban decirla «esta boca es mia.»—(Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y colorada como tarja de remolacha, y una náyade del Manzanáres, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Vírgen del Puerto á sumergir en las ondas las flotantes túnicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada inmaculados por cierto.)

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitacion todo á lo largo de su palacio, que podria tener hasta unos quince piés en cuadro; y de vez en cuando solia pararse á contemplar el solitario y mal pergeñado lecho, que solia regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, léjos de moderar su dolor, la traia á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que don Ponciano Pasacalle, nombrado administrador de correos de San Estéban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecia á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amatorios de los Zapirones de la vecindad; y todo se la volvia alargar la gaita por entre un canalon y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo léjos el camino real de Castilla, por donde don Ponciano habia desaparecido, conducido por arrobas en alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luégo, porque no habia más que subir; llaman tres golpecitos á la puerta, abre la gallega, y dos hombres, de los cuales el uno parecia á don Ponciano como un huevo á otro, se presentan delante de la viuda.—Por supuesto que ésta conoció á la leguá que el tal no podia ser otro que el primo hermano de su ausente, que éste le habia anunciado como que debia venir un dia de éstos á

Madrid para revalidarse de cirujano en el Colegio de San Cárlos.—No pudo, sin embargo, conocer quién era el vejete que le acompañaba, y es que el tal vejete era un escribiente memorialista de detras de Correos, que cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda de la diligencia, y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heroica capital.

Por supuesto, que nuestra patrona (á quien ya relevarémos el incógnito, y llamarémos por el nombre de *doña Tadea de Rivadeneyra*) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del recien venido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personajes anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó cómo habian sabido su ignorada habitacion, y qué ocasion les traia á sus altas y elevadas regiones.—Entónces el mancebo (que tenía una voz de barítono acostumbrada á modularse al compas de la *jota* y de la *guaracha*) se quitó cortésmente su gorrilla de viajero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado, dióselo á leer á doña Tadea, por donde ésta vino en conocimiento de lo que ya su corazon le habia predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle. Con lo cual, más en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del colegial, instalóle en su aposento, y marchó á dar una vuelta á la cocina para disponer una tortilla con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habria de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron,

hicieron crecer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y excelente dueña doña Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium;* la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped.—Éste por su parte, que no era lerdo, bien echó luégo de ver el efecto que sus ojos y compostura habian hecho en la huéspeda; y como ella no era todavía ningun vestiglo que digamos, y más para impuesta sin censo; y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el golfo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que si tal; de suerte que, á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó rascando otras su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del *¡ay, ay, ay!* acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertáran á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se habia tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal, sino que el bienaventurado mancebo podia hacerse la ilusion poética de que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la excitante morcilla extremeña, el delicado queso montañés.—Todo se reducia por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual otro juramento en prosa, hecho á la manera jesuítica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!), bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho pudieran tal vez ser más calcula-

dos que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corria inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla más y más en estos temores una sospecha, que aunque nacida á oscuras, vino á iluminar su razon, y fué el caso que cierta noche, regresando del sermon de los Dolores, halló que el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano y á oscuras con la moza gallega, que, nueva Eucharis, podria tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero y contribuir con su traicion á hacer más interesante el argumento del drama. (La viuda habia leido el Telémaco traducido por Rementeria, lo cual es lo mismo que decir que no le habia leido de modo alguno.)

Desde aquel dia, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada doña Tadea no tenía, como suele decirse, el alma en su almario; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots, y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno número 2 huyendo con la otra maula, ora creia ver á ésta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacía experimentar.—Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podia sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que áun confiaba recibir, todo se resolvia en protestas y manifiestos del más sincero y cordial rendimiento, y áun habló de «coronar su amor», y demas frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia; siempre con la condicion de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prójimo.

Doña Tadea, como mujer y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto más, que el galan por su parte la instaba diariamente á que, para apartar el pre-

texto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hízolo así con efecto; y desde entónces, más acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fe, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo más recóndito de sus redes á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuracion el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, item más, de las fees de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquélla rezaba fervientemente el responsorio de San Antonio, *Si buscas milagros, mira.....* siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurreccion.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple exposicion de aquella peripecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; basta saber que hoy es, y todavía se encuentra en el hospital de incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este más que razonable ejemplo preambular se ha atravesado en nuestra pluma con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los embates de las pasiones, y templar el corazon á prueba de huéspedes, ántes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon.—El buzo no se sumerge

en el fondo de los mares sin la campana protectora; el aeronauta no se lanza á las nubes sin el paracaidas que ha de sostenerle, y el osado jinete no comienza la carrera hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazan.—De este modo, la mujer que haya de abrir las puertas de su casa al forastero ha de haber cerrado y áun tapiado de antemano las entradas de su corazon.—El caso de Dido, el de Calipso y el de doña Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos ¡oh viudas! que os conviene meditar.

Por fortuna estos casos forman más bien excepciones de la regla, que quiere que la *huéspeda*, *patrona* ó *pupilera* (que de todos modos podrémos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Panléxicos* más corrientes), frise ya en las cincuenta navidades, edad la más propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la más idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero. Quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; que el vestido de sarga ó de algodon oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal; que las tocas modestas encubran la rugosa garganta; que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.

Es tambien inmemorial costumbre en Madrid (donde hablamos) que la tal patrona sea viuda legítima y de legítimo consorcio de un empleado de Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pension de doce reales por el Monte Pío, y que éste la deba treinta ó más mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca con que acudir al servicio de los comensales, y que, en fin, por su economía, su religiosi-

dad y buenos modales, vea acrecer su reputacion, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán ménos de recomendar á todo viniente á la córte la casa y persona de doña Escolástica ó doña Celedonia.

Pero de nada habrian de servirla todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes que quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañía una, dos, ó más hijas ó sobrinas de pocos años, alegre travesura y no desapacible parecer.—Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente provecta y asegurada de incendios, v. gr., un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que, entónces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la Constitucion del 12 ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central.—Todo lo demas sería llevar fósforos donde hay combustibles, ó poner al gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues qué, si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano ó de un abogado andaluz, de un jóven millonario de la Habana ó de un novelesco viajador frances, de un militar brioso y arrogante ó de un estudiantillo travieso y perspicaz?—¡Patronas las que teneis hijas doncellas, libradlas, por su bien, de tales peligros; negad la hospitalidad á la pérfida juventud advenediza, y no deis oidos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que intenta sólo meter el pié! porque á lo mejor, y cuando ménos lo creyéredes, veréislos alzarse con el santo y la limosna, y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra mísera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huéspeda, tambien los hay que buscan la huéspeda y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos extranjeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, apénas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* y las suntuosas fondas acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudiera desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro país, por desgracia, ofrece aún muy pocos de estos refinamientos, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y áun dejarse caer luégo dentro de los muros de la noble capital.—Al entrar en ella y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores, ni acudirán á recoger su equipaje infinidad de mozuelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo lo contrario : la más absoluta soledad, la más completa indiferencia esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital ántes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por orígen la escasez de viajeros, propiamente tales, que suelen visitarnos; la falta de estímulo para las grandes empresas industriales; la indefinible arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar. —La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilizacion; el interes, que sabe levantar en ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos

limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó más personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederlas por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles y hasta del mísero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia se hallan hoy suscritas más de dos mil casas en Madrid.—El dia en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederías las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales; brinde al transeunte, al celibato, al extranjero con los goces y comodidades que le ofrecen los hoteles de París, Lóndres y Brusélas, la civilizacion, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán más visitadas y conocidas; el interes de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de este recurso de existencia; el forastero, de este medio de incorporacion á nuestra sociedad, y ésta, en fin, verá desaparecer un tipo que, si no es poético, por lo ménos tiene no poco de original.

En la dilatada escala de familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, sería imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos. —Los hay que, ostentando aún los restos de una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio; pero el precio de ellos suele exceder por lo ménos en un doble al que costaria igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reunen á una mediana comodidad los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las más módicas

fortunas, ofrecen al desdichado forastero aposento, cama, luz y alimento por la inverosímil cantidad de *cuatro reales diarios*. De estos establecimientos sólo puede decirse que son una providencia artificial, un problema humanitario resuelto por algun genio bienhechor.

Las familias vergonzantes y numerosas acostumbran recibir un huésped solo para conllevar el pago de la casa, limitándose ellas á habitar las piezas interiores.—En tal caso el huésped no es huésped; es otra persona más en la familia. Recibe sus confianzas; asiste con ella á la mesa comun; hace pié en el tresillo; acompaña á paseo, á misa y al teatro; enseña á escribir al niño de la casa; da leccion de guitarra á la señorita; cuida de los tiestos del balcon y de echar alpiste al canario, y prepara el rapé para la mamá. En casos tales, para buscar al huésped hay que pasar á las habitaciones interiores; para hacer visita á las amas, es de rigor que se las busque en la sala principal. —La más extraña amalgama se establece entónces en el adorno de ésta; las botas están sobre el piano, y el San Antonio de talla tiene en su cabeza el schakó del capitan; el ridículo de la señorita suele servir de bolsa á los cigarros; el nacimiento del niño viene á interpolarse en la cómoda con las pistolas y las espadas; los devocionarios, con las Julias; los jabones y navajas, con los pendientes y canesús.—Si el huésped cae malo, no hay género de atencion ni de cuidado que no se le prodigue; se quita la campanilla de la puerta, se encierra al gato; se sahuman con espliego y juncia las habitaciones; se llama al médico de la familia, al barbero, al comadron; se le hace tomar por fuerza al enfermo un caldito de chorizo y morcilla cada cuarto de hora; se le ponen sinapismos hasta en las rodillas; se le buscan apetitos que alarguen la convalecencia dos meses más. Por último, cuando se marcha de la casa, aquello es una verdadera desolacion; hay llantos, gemidos

y patatuses, y no ha llegado el huésped á las Rozas, cuando ya recibe epístolas que pudiera el tierno Ovidio envidiar.

Este, por supuesto, es el bello ideal de la especie, el *desiderandum* de todo aventurero viajador. No se dan tan espontáneamente estas familias tiernas, íntimas y simpáticas, ni de tan buena estrella suelen ir acompañados los galanes viandantes para saber conquistar tan grato homenaje agasajador.

Réstanos ahora, y despues de haber pintado los diversos matices heroicos de que reviste á veces nuestro tipo, trazar algun rasguño general que ponga de manifiesto, no el lado feo, sino por desgracia el comun de la especie en cuestion.

Generalmente las casas de huésped son tenidas por una matrona viuda ó jubilada, cuya historia anterior suele ser un secreto de su estado.—Sólo se sabe, por ejemplo, que es vizcaína, por su apellido *Arrevaygorrirumizaeta*, y por sus admirables manos para aderezar el bacalao; que es andaluza por su gracia parlera, lo aljofifado de los ladrillos, y el tufillo de azúcar y menjuí; que es castellana, por su frescura, su aseo y su franca sequedad.—Por lo demas, si su difunto consorte murió en este ó el contrario bando en la batalla de Mendigorría; si su padre era ó no era intendente de Tlascala en tiempo de Hernan Cortés; si tiene ó no tiene un primo colector de bulas en Avila de los Caballeros; si su hija está ó no casada con un capitan de marina al servicio del Japon; esto es lo que ella sabe, lo que ella cuenta, ó lo que ella calla, lo que nadie cree, ó lo que á nadie le importa.—Baste decir que sus modales, aunque un si es ó no es ordinarios, revelan cierto roce de gentes; que sus facciones, aunque añejas, dejan adivinar cierta pasada perfeccion; que su familiaridad con los criados,

como que da á sospechar no haber sido siempre extraña á su comunion; que su marcialidad con los huéspedes descubre al mismo tiempo que no la es desconocida la íntima comunicacion con más elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de sus parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la córte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de Cataluña y su gracioso delantal, y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no ve, que escucha y que no oye, que sisa, que come, calla y no replica.—Las criadas ocupan la cocina y el comedor; el asturiano, la antesala; los huéspedes, la sala principal y los dormitorios; el ama de la casa, ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó riñe á voces con el aguador; ya acude risueña á coger un boton ó á repasar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita le introduce á la audiencia de la Señora, la cual en muy breves palabras se pone al corriente de su porte, y le clasifica y tasa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la Vírgen ó en el de los tiestos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincon.—Si dice que comerá fuera, entónces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provision; si permaneciere solos ocho dias, costarále al triste más que si permaneciera un mes; y así otras reglas de proporcion *ad usum* de las amas de huéspedes.—Si es diputado, ó ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero; pero tambien pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se

retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Miéntras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretexto de buscar una llave ó dar cuerda al reloj, pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, y pesarle, calcularle y anatomizarle mentalmente; y si tiene bigote y barbas, ó si gasta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto y á surtir el aguamanil.

El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chinelas, guantes inmemoriales, cigarros inverosímiles, *Gacetas* vírgenes, y mártires sombrereras de carton.—Muda, á vista del nuevo cofrade, las sábanas de la cama por otras no tan amarillas; barre el cuarto en sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello «es un coche parado» (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí «no se siente una mosca», y ve correr á este tiempo tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuadras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedí: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragon; para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos; para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros dias de Noviembre, ó se almazarronan los suelos en los últimos de Mayo; para ellos,

en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal. — Unicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de aquellas frutas diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion : que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitacion se sirve con ellos á *perfetta vicenda* para sus regulares necesidades; que aquel farol á ella tambien la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amén del estipendio diario, semanal ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos *in solidum*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prendería, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona, que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos dias la caridad pública en el lecho de un hospital.

EL PRETENDIENTE.

Tratando de delinear los tipos más generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podriamos dar en tan vasto campo sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, *el pretendiente* nos presenta su atareada figura, *el pretendiente* nos ofrece su envejecido memorial.—Desde el humilde taller del artesano, hasta los áureos escalones del trono, ni una sola clase, apénas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado más ó ménos de esta enfermedad endémica, de este tífus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el expresivo título de *la empleo-manía;* y aunque variados en los accidentes, siempre habrémos de reconocer en todos ellos los caractéres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y desvelo por efectos consiguientes.—El término del mal tambien varía segun los individuos ó segun las circunstancias; los hay que se darian por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos ó un estanquillo de tabacos; los hay que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo ó un uniforme ministerial; hasta

los hemos visto que, en más elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmover al país á trueque de conquistar una corona.—Todos son *pretendientes;* todos están atacados del tífus de la ambicion.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por más análogos; y estos medios, este sistema, varian tambien frecuentemente segun los caractéres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion*, de cada mes.—Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridículos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad;—*la antigüedad*, en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca más que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.

Tanto más difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste, como el camaleon, de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion más constante, al más atinado pincel, á la pluma más bien cortada.

Válgannos, pues, para el desempeño más ó ménos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos velocíferos del siglo en que vivimos; hagamos, en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas; áun así, procediendo con tan rápidos auxiliares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejan-

te, ha de haber envejecido ántes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito, como acostumbran los modernos dramaturgos, en el cual alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atras, podrémos observar cuál era entónces el *pretendiente cortesano* y cuáles las condiciones á que habia de sujetarse en aquella *clásica* sociedad.—Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, siquiera no sea más que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad más juvenil; que tambien en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez ó doce navidades de *progreso* más.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristan del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabía de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito el *Quousque tandem*, CATILINA..... á todas las Catalinas del pueblo; cuando el padre Vicario ó el administrador del Duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su proteccion y amparo, inoculábanle los más recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la córte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil

profundas meditaciones sobre su porvenir; y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestia ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de los propios deseos, que, al decir de sus patronos, le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—« No hay hombre sin hombre »—repetíase á sí mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á extenderse en cálculos sobre cuál sería el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próvida fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponia su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ajeno y lo crítico de la edad propia, influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo más íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del « hombre con hombre », se ponia á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese, si era posible..... una mujer.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del Vicario al padre Guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalito del administrador, con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título expresivo de *gramática parda;* que los rígidos censores apellidaban *falsa mónita*, y que daba en fin al que sabía aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho.*

Un *mozo de provecho* era por entónces un diligente mancebo, que hacía buena letra y ayudaba á misa todos los dias; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradías, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol; si servia al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, ó ponia los alegatos y

respuestas, iba á comprar á la plaza y agenciaba aguinaldos por pascuas y ferias, y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de S. E., extendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pesar el carbon; si era, en fin, ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mocito para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre Guardian, ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribanía de cámara, ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E., ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era *mujer;* cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en ésta á la más bella mitad del género humano, entónces el avance en la carrera era por lo regular más rápido; entónces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor.—Verdad es que el tierno rapazuelo solia aparecérsele bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de Palacio ó viuda de un covachuelo; de una taimada doncella, protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre Guardian, ó de la más contrahecha y antipática de las hijas del mercader.—Pero... ¿quién dijo miedo? La ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados, y nuestro pretendiente de entónces rendia el más humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente di-

cho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara..... en las manos y enviarle de alcalde mayor á Móstoles ó á Griñon.—Pero esta variante del *pretendiente á varas* merece por sí solo un episodio que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos más característicos de la época en cuestion.

Figúrense, pues (si no lo han por enojo), un hombre grave, ventrudo y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entónces la capacidad y las togas no se concedian ántes sino á los que acertaban á casarse con la hija de un Camarista), que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la córte, en solicitud de la consulta de la Cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los Consejos ó las galerías bajas del Palacio, espiando el instante de que suene el coche del Presidente de Castilla ó del Ministro de Gracia y Justicia para colocarse al pié del estribo con papel en mano, cabeza al aire y encorvada espina dorsal.

Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos ántes ostentaba todo el aire de un *capitan á guerra*, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con puño de oro y su tricornio horizontal daban muestras visibles de hallarse pocos dias ántes colocado al frente de todo un

partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta súbita metamórfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era, en efecto, una de las más graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex;* calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro (porque conviene saber que entónces los ministros y los presidentes lo eran *de véras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbucir la voz del más aguerrido pretendiente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzábase á comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *veremos* del magistrado, deshacíase á cortesías que pudieran llamarse genuflexiones; quebraba el hilo de su discurso; paralizábanse sus miembros, y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena, repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una línea en la *Guía de Forasteros*, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Ávila ó en Alcaraz (1).

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era *D. Verecundo Cor-*

(1) «¿Qué es un Corregidor en sus tres años?
Es un Don Sancho el Bravo en el primero,
Es un Don Sancho Abarca en el segundo,
Y es un Don Sancho Panza en el tercero.»

Arroyal.

beta y Luenga-vista, cuya animada historia ocupó ya el clarin de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavía recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el término que desea no cuenta con más favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad.—Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar dia y noche, y á ver de léjos al ministro ó á su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á adivinar los pensamientos del poderoso; á calcular sus próximos deseos; á leer en sus ojos las más remotas esperanzas; nadie, en fin, llegó á olfatear de más léjos las próximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se extendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador; desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral.—Escribia 365 memoriales en cada año, y 366 los que eran bisiestos; pero tenía la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y acontecíale á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canonjía, á una direccion de rentas ó á una comandancia militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y mostraban el semblante risueño; y sin embargo, ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano, era sólo

para darle un empujon.—Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito; ántes bien, reproduciéndose fabulosamente, siempre se le veia de jefe de fila de toda audiencia, de estatua marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda antesala, y áun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un dia furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pié firme, y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel dia precisamente era el dia 29 de Setiembre de 1833, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados sería un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social.—Ahora los hombres y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con más propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del dia y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion.—¡Papel sellado, cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!..... Papeles mojados, viejos de figuron, resortes mohosos y gastados, habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasías, y oratoria de levadura y masas dispuestas á fermentar.

Ademas, ¿á quién pudiera satisfacer, como antiguamente, un miserable empleillo de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tísis para el otro, ó calcular, en fin, sobre la futura boda con una hija recien nacida del jefe? Y todo ¿para qué? para llegar al cabo de muchos años á

colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales más.

Ahora, bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógrados abuelos.—Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem* y *ad mulierem;* que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la más mínima aprension; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas enérgicas contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande; su mision sobre la tierra, ser ministro; los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en la córte, que para él no es más que un teatro donde hace su primera salida.—Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el tráfago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado, primero en los puestos inferiores, y armado de *una tijera* (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias várias*), ó envuelto humildemente entre las flores del *folletin.*—De allí á unos dias, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del

periódico; abrázase á sus columnas; trepa por ellas; tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados, que afilaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y extasian de aquel *exabrupto;* el público aplaude la demasía; los funcionarios atacados, que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, más tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, léjos de humillárseles y atender á sus bondades, les persigue, les acosa incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreido, con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador.—Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces conviccion : todos aquellos insultos no son odio ni enemistad : todas aquellas apóstrofes no son dañada intencion.—Pues ¿qué son entónces?.....—¿No lo han adivinado los lectores?.....—Súplicas impresas; rebozado memorial.

A los pocos dias de los más furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose más dúctil y suspicaz; calla luégo de repente, y en la semana próxima viene encabezado el *Boletin Oficial* de una provincia con esta alocucion :

«HABITANTES DE.....

»*El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirme el mando de esta provincia, etc.*»

Y firmado por el mismo *pretendiente publicista* en cuestion.—Pero alto ahí, pluma parlera; no hay que salirse

del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra más atrevida y versada en estas materias el delinear uno de los más risueños de la época, el tipo de *La Autoridad.*

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aún estrecho el uniforme de covachuelo ó de jefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas y comanditarias.—Por cuanto á la sazon la dicha patria suele hallarse ocupada en procurarse un *padre* que la defienda por tres años en el Congreso nacional *de esta córte,* como dicen los ciegos papeleros.—¡Qué mejor ocasion!—Hínchanse con el nombre del jóven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heroicos vecinos de Madrid; admiran y encomian su improvisado talento los mismos que há poco tiempo le negaban hasta el sentido comun; dispútansele y le proclaman los propios parientes y amigos que ántes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del Parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad.....—Al dia siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el banco azul; y en fuerza de su mágica influencia, cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras, y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el órden y robustecer *su* poder.—No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas *á grande espectáculo;*

no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones á *beneficio* de un autor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la córte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien *de la legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acabàn por conseguir, que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion. El pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad.—Este camino es acaso más lento, pero más seguro : los aduladores del poder reciben por premio un insignificante diploma ó una módica soldada : los que adulan al pueblo pueden aspirar á una corona cívica ó un sillon ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de órden superior en favor de una candidatura circular; ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad; ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio; ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial; ora, en fin, marchan al frente de los más ardientes agitadores, reunen la fuerza armada y *se pronuncian* por la anarquía; ora se colocan al lado de la autoridad cuando ésta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el órden y la justicia.

Otros, por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y más prosaicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un le-

jano pariente, de un condiscípulo, de un amigo,—¡y quién en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande!—No hay en la extension de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado que no haya producido un ministro al ménos; y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

Epílogo.—Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y explícito *memorial.*—La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el *club* ha sustituido á la *cofradía;* al estandarte la bandera; y á la imágen del santo la inveterada efigie de algun *santon.*

El *Pretendiente,* este tipo prodigiosamente móvil é impresionable, á quien comparábamos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste, como él, todos los matices que le rodean; trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que ántes bloqueaba; y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension.*

Despues de los dos tipos que anteceden, escritos por el autor, como queda dicho, para la obra titulada Los Españoles pintados por sí mismos, *publicada en* 1845, *y en que tomaron parte todas las plumas distinguidas de nuestra literatura contemporánea, cupo al* Curioso Parlante *la gloria de ser invitado á terminar, resumiendo, por decirlo así, tan importante publicacion, como lo hizo, en los términos siguientes:*

Ha sonado la hora de concluir nuestra tarea; y en el momento supremo de decir el último *adios á Los Españoles pintados por sí mismos*, no le parece al autor fuera del caso el evocar las sombras de los que fueron, al mismo tiempo que intente borrajear algunos rasgos de los que á ser empiezan;—dirigir una mirada retrospectiva hácia nuestra antigua España, con su original organizacion y sus tipos originales, para luégo tornarla dulcemente hácia la España actual con sus flamantes imitaciones;—considerar lo que fuimos en la antigüedad (la antigüedad, en el lenguaje corriente, no va más allá de dos lustros) para saborear luégo á nuestro placer lo que hoy somos;—poner frente á frente la civilizacion antigua con la moderna; la cortesanía con la popularidad; la aristocracia con la democracia; el siglo con la imprenta; la rutina con la manía de innovar; la hipocresía con el escepticismo, y la opinion privada con la pública opinion.

Esto supuesto, y por vía de codicilo final, intentarémos presentar á nuestros lectores algunos de los tipos rezagados de la vieja sociedad, que, por no existir ya, no han podido tener cabida en esta obra; y oponerlos luégo otros de los modernos, que, por no bien caracterizados todavía, no dieron motivo á especial retrato. — Baraja estrambótica y risueña, mezcla de figuras antiguas y modernas, de chocheces y niñerías, de pretéritos y futuros, en que salgan á relucir en su traje respectivo los abuelos y los nietos, los muertos y los vivos, las momias acartonadas y los fetos en embrion.

Alto allá; la hora llegó; la trompeta suena..... *Surgite omnes et venite ad juditium.*

CONTRASTES.

1825	1845
TIPOS PERDIDOS.	TIPOS HALLADOS.
El religioso.	El periodista.
El consejero de Castilla.	El contratista.
El lechuguino.	El juntero.
El cofrade.	Los artistas.
El alcalde de barrio.	El elector.
El poeta bucólico.	El autor de bucólica.

EL RELIGIOSO.

El representante más genuino de nuestra antigua sociedad era *el Fraile*. Salido de todas las clases del pueblo; elevado á una altura superior por la religion y por el estudio; constituido por los cuantiosos bienes de la Iglesia en una verdadera independencia; abiertas á su virtud, á su saber ó á su intriga todas las puertas de la grandeza humana; dominando, en fin, por su carácter religioso y por su experiencia, todos los corazones, todas las conciencias privadas, venía á ser el núcleo de nuestra vitalidad, el espejo donde corrian á reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos.

Un infeliz artesano, un mísero labrador á quien la Providencia habia regalado dilatada prole, destinaba al claustro una parte de ella, confiando en que desde allí el hijo ó hijos religiosos servirian de amparo á sus hermanos y parientes; un jóven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales, que les brindaban el reposo y la independencia necesarios para entregarse á sus profundos estudios ó á la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante ó un haragan aprovechaban ésta, como todas las instituciones humanas, para escalar á su sombra las distinciones sociales, para engañar con una falsa virtud ó para vegetar en la indolencia y el descuido.

De estas excepciones se aprovechó la malicia humana para socavar y combatir con sus armas el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa comun el siglo pasado y el presente para echar por tierra la sociedad monástica, y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España, ¿qué clase, por distinguida que sea, puede contar en sus filas un Jimenez de Cisnéros y un Mendoza? ¿Un Luis de Leon y un Domingo de Guzman? ¿Un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo?—¿Dónde, más que en los claustros, supo elevarse la virtud á la altura de los ángeles, la política y el consejo á la esfera del trono, el estudio y la ciencia á un término sobrehumano?—Piadosos anacoretas, separados del comercio social, habitaban muchos en yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente á la contemplacion y á la penitencia. Colocados otros en las ciudades y en el centro bullicioso de la sociedad, estudiaban y acogian sus necesidades, brillaban en el consejo por la pru-

dencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales, que son todavía nuestro más preciado blason.

Ademas de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representacion en la sociedad, y que llegaba á veces á elevar á un humilde franciscano á la grandeza de España, á la púrpura cardenalicia ó á la tiara pontifical, habian sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal.—Un pobre fraile, sin más atavíos que su hábito modesto y uniforme, sin más recomendaciones que su carácter, sin más riquezas que su independencia, entraba en los palacios de los príncipes, era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneracion por el pueblo infeliz.—Asistiendo á las glorias y á las desdichas íntimas de la familia, le veia desde su cuna el recien nacido, recibian su bendicion nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo á su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibia de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejo y oracion.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solia empañar el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones á ser causa de discordias entre las familias, de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un mísero interes. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, ¿no pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas ó dirigidas por la influencia monacal?

El Religioso, en fin, tiempo es de repetirlo, tiempo es de hacer justicia á una clase benemérita, que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad; no era, como se ha

repetido, un sér egoista é indolente, entregado á sus goces materiales y á su estúpida inaccion.—Para uno que se encontraba de este temple, habia por lo ménos otro dedicado al estudio, á la virtud y á la penitencia.—No todos pretendian los favores cortesanos; muchísimos, los más, se hallaban contentos en su independiente medianía, y prestaban desde el silencio del claustro el apoyo de sus luces á la sociedad.—No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino más generalmente para dirigirlas ó moderarlas.—Creer lo demas es dar asenso á los cuentos ridículos del siglo pasado ó á los dramas venenosos del actual.—Si pasaron los frailes, débese á la fatalidad anexa á todas las cosas humanas, á las nuevas ideas políticas ó á los cálculos económicos, más bien que á sus faltas y extravíos.

EL PERIODISTA.

La civilizacion moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponer por su influencia al trazado en las líneas anteriores.—El actual no presenta para su recomendacion títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data sólo, entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada.—Y sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter y con armas de tan dudoso temple, el periodista es una potencia, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos á su antojo, que varía en un punto la organizacion social.—¿Qué enigma es éste de la moderna sociedad, que se deja conducir por el primer advenedizo; que tiembla y se conmueve hasta los cimientos á la simple opinion de un hombre osado; que confia sus

poderes á un imberbe mancebo, para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla á levantar?

Surge en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y audaz que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras, y ninguna concluye; que critica todos los libros sin abrir uno jamas.—Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre; un genio no comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico.—Su padre, que no sabe á qué dedicarle, le dice que trata de ponerle á Ministro, y que luégo, luégo parta á la córte, donde no podrá ménos de hacer fortuna con su desenfado y su carácter marcial.—El muchacho, que así lo comprende, monta en la diligencia peninsular, arriba felizmente orillas del Manzanáres, se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo y en el Casino; lee cuatro coplas sombrías en el Liceo; comunica sus planes á los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un periódico.—A los pocos dias tiende el paño y explica, allá á su modo, la *teología política;* trata y decide las *cuestiones palpitantes;* anatomiza á *los hombres del poder;* conmueve *las masas;* forma *la opinion;* es representante del *pueblo;* hace su *profesion de fe,* y profesa, al fin, en una intendencia ó una embajada, en un gobierno político ó en un sillon ministerial.—Llegado á este último término, hace lo que todos : recibe la autorizacion de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la Secretaría; coloca en ella á sus parientes y paniaguados; expide circulares; firma destituciones; da audiencias; asiste á la ópera con aire preocupado; toma posiciones académicas, se hace retratar de grande uniforme por Lopez ó Madrazo, y se coloca, naturalmente, en la Galería pintoresca de los personajes célebres del siglo.—A los seis

meses ó ménos de representacion, cae entre los silbidos del patio, y queda reducido á su antigua luneta.—Vuelve á enristrar la pluma; vuelve á oponerse al poder; vuelve á hablar de la «atmósfera mefítica de los palacios, de la filantropía de sus sentimientos, de sus ideas humanitarias y seráficas»; hasta que otra oleada de la tempestad política torna á colocarle en las nubes.—Truena de nuevo allí; vuelven á silbarle, y tórnase á escribir..... «¡Oh almas grandes, para quienes los silbidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!»

EL CONSEJERO DE CASTILLA.

En los tiempos añejos y mal sonantes en que no se habia inventado el periodista magnate ni las reputaciones fosfóricas, necesitábanse largos años para sentarse un hombre en sillon aterciopelado, dilatada carrera para regir la vara de la justicia, y un pulso tembloroso para llegar á firmar con don.—El jóven estudiante que salia pertrechado de fórmulas y argumentos de las célebres aulas Complutenses ó Salmantinas, tomaba el camino de la córte, modestamente atravesado en un macho, y daba fondo en una de las posadas de la Gallega ó del Dragon—Desde allí flechaba su anteojo hácia la sociedad en que aspiraba á brillar; hacía uso de sus recomendaciones y de sus prendas personales; frecuentaba antesalas; asistia á conferencias; escuchaba sermones; hacía la partida del tresillo á la señora esposa del camarista, á la vieja azafata ó al vetusto covachuelo; y á dos por tres entablaba una controversia lógica sobre los *pases* de Pepe-Hillo ó las *entradas* del Mediator.

Por premio de todos estos servicios, y en galardon de sus reconocidos méritos (impresos por Sancha en ampu-

losa relacion), acertaba á pillar un primer lugar en la consulta para la vara de Móstoles ó de Alcorcon; y si por dicha habia acertado á captarse la benevolencia de alguna sobrina pasada del camarista ó de una hermana fiambre del covachuelo, entónces la vara que le ponian era mejor. —Servia sus seis años, y con otros dos ó tres de pretension, ascendia á segundas; luégo á terceras, de corregidor de Málaga ó alcalde mayor de Alcaraz.—Aquí ya tenía la edad competente para pasado por agua, y acababa de encanecer en la audiencia del Cuzco ó en el gobierno de Mechoacan.—Regresando luégo á la Península, entraba, por premio de sus dilatados servicios, en el Consejo de las Indias ó en el de las Ordenes, y de allí ascendia, por último, al Supremo de Castilla, á la Cámara y al favor Real.

Esto nunca llegaba hasta bien sonados los setenta; pero como la vida entónces era más bonancible, aunque no tan dramática, el Consejero conservaba aún en sus altos años su modesta capacidad, su semblante sonrosado, su prosopopeya y coram-vóbis.—Habitaba por lo regular un antiguo caseron de las calles del Sacramento ó de Segovia, en cuyos interminables salones yacian arrumbados los sitiales de terciopelo, los armarios chinescos, los cuadros de cacerías, los altares y relicarios de cristal.—Las señoras y las niñas hacian novenas y vestian imágenes en las monjas del Sacramento; los hijos andaban de colegiales en la Escuela Pía; los pajes y las criadas se hablaban á hurtadillas hasta llegar á matrimoniar.

El anciano magistrado madrugaba al alba, y hacía llamar al paje de bolsa para extender las consultas ó extractar los apuntamientos; á las ocho recibia las esquelas y visitas de los pretendientes y litigantes; tomaba su chocolate, subia en el coche verdinegro, y á placer de sus provectas mulas se llegaba á misa á Santa María.—Entraba luégo al Consejo, y escuchaba en *sala de Gobierno* los

privilegios de feria, los permisos de ca[illegible] mancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio, calidad y peso del pan.—Pasaba despues á la de *Justicia*, á escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias.—Asistia luégo *en pleno* á los arduos negocios en que se interesaba la tranquilidad del Estado; pasaba los viérnes á palacio á *consulta personal* con S. M., y regresaba, en fin, *á la Cámara* á proponer obispos y magistrados, expedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio Real.

De vuelta á su casa, comia á las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajon el ir á San Felipe ó á la Merced á buscar al R. Maestro Prudencio ó al Excmo. P. General, para llevarlos consigo á paseo la vuelta del Retiro ó á las alturas de Chamartin.—Allí se dejaba el coche, que les seguia á distancia respetuosa, y se hacía un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de exquisito sevillano. —Habláhase allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta ó la próxima promocion; se leian recomendaciones de pretendientes, y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del Camarista con el sobrino del Padre general.

Al anochecer era natural regresar al convento, donde en armonioso triunvirato se consumia el jicaron de rico chocolate de Torroba con sendos bollos de los Padres de Jesus; y vuelto á casa el Magistrado, despues de otra horita de audiencia ó de despacho, se rezaba el rosario en familia, y se entablaba un tresillo, á ochavo el tanto, con el secretario de la Cámara y la viuda del relator, hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombrero y dejaba á su Ilustrísima descansar.

EL CONTRATISTA.

—Háganse Vds. á un lado y dejen pasar á ese brillante cabriolé.—¿Quién viene dentro? ¿Es agente de cambios ó médico homeópata? ¿La bolsa ó la vida?—¡Eh!..... ¡A un lado, hombre!—¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un ardite de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construccion, el *jockey* se apea y va á dar el brazo, para descender, á un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoracion de brillantes en el pecho.—Sube apresuradamente la escalera, sin reparar en las várias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas, donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los numerosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el cajero, y se encierra en su gabinete á calcular á sus solas cuánto le producirá el último córte de cuentas ministerial.

El agente de bolsa entra á la sazon á proponerle la venta de algunos millones de créditos: el oficial del ministerio le viene á pedir á nombre de S. E. otros millones en metálico: contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el Gobierno no le cumplirá el trato; pero él ganará un millon.

El dependiente le trae á firmar una contrata; el habilitado viene á cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos; el escribano le lee una escritura de adquisicion de una propiedad, el comisario la hipoteca que hace de ella para la

contrata; el cajero le da cuenta del arqueo; y el *groom* le entrega un billete perfumado de la *prima donna*, ó el cartel de los toros que le remite el primer espada.

A todos contesta y en todo está.—Recibe con franqueza á los amigos que le pagaban el café ántes de ser contratista, con galantería á la cómica que le pide una recomendacion para el director, y con altivez al ministro que viene á proponerle otro negocio y á comer con él.—Pasa luégo á dirigir personalmente el arreglo del jardin ó las colgaduras del salon; sale al Prado á dar en ojos á la rancia nobleza con su magnífico landó; va luégo al teatro á decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas, y despues al Casino á trazar nuevas combinaciones ministeriales, en que suele figurar él.

Todavía no se ha decidido á abrir sus salones á la sociedad; pero ya se decidirá.—Y la sociedad, ansiosa, acudirá á festejar al dichoso del dia; y la *pluto-cracia* triunfará de la *aristo-cracia*, y de los rancios pergaminos los billetes de banco y los talegos de arpillera.—«Dineros son calidad.»

EL LECHUGUINO.

Este era un tipo *inocente* del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de *pisaverdes*, *currutacos*, *petimetres*, *elegantes* y *tónicos*.—Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda; su teatro, el Prado y la sociedad.—Su cuerpo estaba á las órdenes del sastre; su alma, en la forma del talle ó en el lazo del corbatin.—¡Qué le importaban á él las intrigas palaciegas, los lauros populares, la gloria literaria, cuando acertaba á poner la moda de los *carriks* á la inglesa ó de las botas á la *bombé!* ¡cuando se veia interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac ó sobre los pliegues del pantalon!

¡ Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, florida, primaveril! ¡Y no como ahora nuestros amargos é imberbes mancebos, abortos de ambicion y desnudos de ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda ó dominados por la dorada realidad! —¡Dichosos aquéllos, que, más filósofos ó más naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera; estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de una beldad, y seguian los pasos de una modista; danzaban al compas de los de Beluzi, y tomaban á pechos las glorias de la Cortessi ó los triunfos de Montresor!

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas, en que el Lechuguino bailaba la gabota de Vestris, y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del wals! —¡Qué tiempos aquellos en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba á ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!..... ¿Qué te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un dia nos diste que hacer), y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los escépticos, los amargos, los displicentes, á quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusion?

¡Oh *Lechuguino!* ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿Dónde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad á Dios que vuelva, con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus guantes de algodon. Rogad que vuelva, con sus floridas ilusiones y su escasa ilustracion, con sus idilios y sus ovillejos, y sin barbas, sin periódicos, sin escepticismo y sin *instinto gubernamental.*

EL JUNTERO.

Este tipo es provincial, moderno, popular y socorrido. —Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad provecta, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna.—Militares retirados, periodistas sin suscritores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas y cesantes del pronunciamiento anterior: hé aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café más desastrado de la ciudad, y allí irá á buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura: de allí los arrancará, cual á otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curul y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El Juntero, que así lo habia previsto, ó por decir mejor, que así lo habia preparado, luégo que llega á entrar con aquella investidura en la Casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica, en que habla de los *derechos del hombre* y del *carro del despotismo*, de la *espada de la ley* y de las *cadenas de la opresion;* á cuya eufónica algarabía responde el gutural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados *vivas* y el consabido entusiasmo *imposible de describir.*—Y nuestro Juntero, padre de la patria, lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnímoda, independiente, irresponsable, heroica y liberal.—Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma á los pobres, se encarcela á los ricos, se persigue á éstos, se despacha á aquéllos (todo con el mayor órden), se canta el *Te Deum*, y se pasea la Junta en coche simon.

A los cuatro dias empiezan á venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas; subsidios voluntarios de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones espontáneas bajo pena de la vida de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteósis del nuevo Gobierno en la capital.

El Juntero entónces, hombre de órden, cambia su plaza de vocal por la de intendente ó jefe político, y se resigna á ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

EL COFRADE.

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno.—Reuníanse en ellas los hombres bajo los auspicios de un santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santon;—discutian allí sobre las fiestas religiosas é indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablan los certámenes y se hace la oposicion; —y finalmente, hasta en muchas de ellas y con reglamentos sabios y filantrópicos se atendia al socorro de los cofrades necesitados, como en los mutuos auxilios trazados hoy por las Sociedades aseguradoras.—El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos no es, por lo tanto, una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron á la civilizacion no merecen por cierto el desden del filósofo; y si el tiempo y la relajacion de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica influencia para extender el espíritu de asociacion y el instinto de caridad.

Pero, dejando á un lado (por no ser hoy de nuestro propósito) la parte filosófica y sublime de estas asociacio-

nes, y limitados á trazar el tipo especial del individuo cofrade (que por ampliacion abusiva se apellida generalmente el *Sacramental*), hallarémosle en el cancel de la iglesia donde se celebra la funcion del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de ordenanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del Santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es hombre como de medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado : su traje es serio, ó como él dice, *de militar negro;* zapato de oreja, pantalon holgado y sin trabas, y en los dias de solemnidad calzon corto con charreteras, casaca de mòda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo de roseton.—Su profesion en el siglo es la de escribano ó alguacil, comadron ó menestral.—El celo que le anima por la hermandad le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse á la asistencia á juntas, preparativos de la fiesta, procesiones y sufragios.—En aquéllas el Cofrade autorizado lleva el pendon ó el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el ímpetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta tambien y encrespa los cuatro mechones de pelo traidos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta superior.—En las juntas su voz es decisiva para todos los negocios arduos, y muy luégo se ve condecorado con las sucesivas investiduras de vice-secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe ó magnate que no sabe que existe tal cofradía.)

No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos estos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas y adornar con flores el altar, se entrega con ardor á la propaganda, y trata de catequizar, para entrar

en la hermandad, á todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre.—Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el sacramental hace próvida cosecha.

Ni es (por desgracia) sólo el ardor espiritual el que suele andar en ello; tambien el pícaro interes mundano acierta á veces á salir al paso, que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradía, y el instinto provincial para auxiliarse mutuamente; porque conviene saber que muchas de aquéllas son formadas exclusivamente por Gallegos ó Castellanos, Aragoneses ó Navarros, los cuales, á la sombra de Santiago ó Santo Toribio, Nuestra Señora del Pilar ó San Fermin, tratan de buscar entre los cofrades litigios, si son abogados; enfermos, si son médicos, y obras de su oficio, si honrados menestrales.—Ademas de esto, la cofradía suele tener algunos fondillos de que disponer; algunos créditos que percibir; algunas casas que administrar; y sin perjuicio de entrar á la parte en las indulgencias, no hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por ciento de comision, ó vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del Cofrade es pensar que cuando fallezca asistirán á su entierro quince ó veinte estandartes; le vestirán diez ó doce mortajas, y rellenarán su caja con una resma de bulas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confia que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mística especulacion.

LOS ARTISTAS.

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual.—En lo antiguo habia pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados.—Hoy sólo hay *Artistas;* y en esta calificacion entran indiferentemente desde el pincel de Apéles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fídias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el coturno trágico hasta la cuerda del acróbata; desde el compas de Vitrubio hasta el cuezo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista;* el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista;* el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares;* el herrador de mi calle, *Artista veterinario;* el barbero de la esquina, *Artista didascálico;* el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo;* el que lee el Laberinto ó el Semanario, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de aficion;* el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza..... *Artistas*, *Artistas de escuela.*

Entre tanto, como todo el mundo es Artista, los Artistas no tienen que comer, ó se comen unos á otros.—El clero y la nobleza, que ántes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar dónde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos está por las artes de movimiento; protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quieren estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario;* sus conciertos, el ruido del aurífero metal.—Cuando más, y para satisfacer su

amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista, entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital, y se sube á una buhardilla con pretexto de buscar luces. Allí se encierra mano á mano con su independencia, y se declara hombre superior y genio elevado; descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares, y ostentando su excentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer.—Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estoica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el más altivo desden.—Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que ántes le sostenian, y sustituido las artes liberales por otras, tambien *artes* y *liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

Todavía humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de Ayuntamientos; todavía resuenan sus glorias en nuestros oidos; todavía aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aún estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabrémos decir de quién) con aquella autoridad local,

inmediata, tangible, que iba aneja al baston de caña con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes y no defraudar las esperanzas del país, que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar, respecto á los mancebos y oficiales, una actitud de estatua ecuestre, y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad.—Recogíase en seguida en un rincon de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luégo la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapiés recibidos y datados en cuenta corriente, á tal indiscreta incursion en el bolsillo del prójimo, ó á cual permuta del marido por el amante, de la mujer ajena por la propia mujer.

El alcalde, severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una séria reprimenda, recordando su deber á ellos, que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganes ó pimientos en vinagre.—Ultimamente les apercibia con otra amonestacion en caso de reincidencia, amén de dos ducados de multa impuestos á nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil, que hacía de ley.

No sólo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad.—Por las noches y ratos desocupados se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas; detenia el ratero en su rápida carrera; protegia al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su bas-

ton en la balanza del tocino; conducia á su manso la oveja perdidiza; y si era acabada la pendencia, la hacía volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de *Ocurrencias* amenizan la última página del *Diario de Madrid.*

Otro de los cuidados, y el más importante acaso, de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde habia que admirar la inteligencia y exactitud del Alcalde vidriero ó comadron, aplicados á la estadística.—Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una:—«¿Hay novedad desde el año pasado?»;—y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados.—Los apellidos recibian en su pluma terminaciones bárbaras, que harian sudar al etimologista más perspicaz: las profesiones siempre eran las mismas:—v. gr.—«Fulano, herrador; Zutana, su mujer, idem; Mengana, su abuela, idem», etc.—Preguntaba luégo en la parroquia (queriéndola echar de culto) si habia habido defunciones, y el sacristan le contestaba que de funciones sólo habia en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba, por muerto, de la matrícula.—En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y á sus educandas bajo el genérico nombre de *artistas;*—para él todos los vecinos de las buhardillas eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios los que tenian veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luégo las eleciones, y aparecian en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel.—Un año daba el padron del barrio tres

mil almas, y al año siguiente diez y seis mil; en aquél todos eran varones, y en éste llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocacion de los nombres, ocurria muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenía que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No era ménos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la expedicion de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados los anteojos, el gorro de algodon ó la gorrilla de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecia ocupado en atar y desatar (muchas veces del reves) padrones y registros, miéntras iban entrando los postulantes, desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salia á viajar.

—Buenos dias, señor Alcalde. (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado V. al señor don Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.)—Ya ve V., porque..... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de..... Tal; que deja al amo que servia, por..... razon de estado», etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato busca dónde sentarse; pero el Alcalde, previendo este desacato, ha suprimido las sillas.—Llégale en fin su turno, y el Alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero), ¡á mí, don Magnífico Pabon, conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas!.....

—Más que sea V. (replica el Alcalde) el mismísi-

mo Preste Juan. Aquí no hay más que la ley; la ley.....

Por fortuna acierta á entrar á la sazon el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa más abierta), y aquél, conociendo lo arduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero no sabe cómo él, que viene á responder de un duro tomado al fiado, puede.....

—No importa (replica el Alcalde); la ley es ley, y usted tiene casa abierta; conque puede V. ser fiador. Extienda V. el documento, secretario, yo dictaré.—«*Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte, etc.* (lo impreso) *á don Fulano de Tal, baron de Illescas, que pasa á las islas Filipinas en la Habana; va de intendente á negocios propios: sale en posta, vía recta, y con obligacion de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte..... Señas personales: Cara redonda, ojos idem, boca idem, pelo idem. Va sin enmienda. Valga por un mes.*»

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aún á todo honrado ciudadano una porcion de derechos imprescriptibles, con los cuales puede, en caso necesario, engalanarse y darse á luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, cultos y clero, puertas, alcabalas, etc., amén de las extraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir.—Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal, siempre que no se propase á decirlo, y mucho ménos á quererlo remediar.—Puede, si gusta, hacer uso

de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de órden superior.—Está en el lleno de sus prerogativas cuando hace centinela á la puerta de un ministerio ó acompaña á una procesion, uniformado á su costa con el traje nacional.—Da muestra de su aptitud legal y representa la opinion del país cuando, abandonando su taller ó su mostrador, va á escuchar como jurado la acusacion y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego.—Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, éste oficial de su compañía, aquél jefe de su escuadron.

Por último, el bello ideal del Elector es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue trocar un año la vara de Búrgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal.—Entónces es cuando reconoce lo bueno de un órden de cosas en donde uno es cosa; lo excelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galan.

Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo), trabaja dia y noche con asiduidad; asiste á comisiones; registra expedientes; presenta proyectos; sostiene polémicas; dirige obras públicas y comidas patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas.—Verdad es que llegado aquel caso se toma tambien la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores responde heroicamente, cual el otro ilustre ro-

mano: « Hoy hace un año que *me pronuncié* y salvé á la patria; vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses.» — Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCÓLICO.

Hé aquí otra raza antidiluviana, que los futuros geólogos hallarán en el estado fósil bajo las capas ó superposiciones de nuestra tierra vegetal.—Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del siglo ha hecho desaparecer de la escena, con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melampos y su cayado patriarcal.

Hoy dia, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, ó á un desafío á pistola entre dos filósofos, ó á una imprecacion al diablo hecha por una mujer fea y superior.—El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas por los responsos y nocturnos, y el amor cieguezuelo por el ojo anatómico del doctor Gall.—Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso

« de pacer olvidadas escuchando »;

hoy sólo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan á la muerte sobre su fatídico porvenir.—Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos, ni leche regalada : sólo se ven *en el campo del dolor* espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrías florestas en desiertos arenales.

Yo, si va á decir la verdad (y con el permiso del auditorio), no veo esto ni aquello por más que me echo á mirar; lo cual me convence más y más de mi prosaica, material y nimia inteligencia.—Y hé aquí sin duda la razon por que no he tropezado aún con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemorosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar más me ha parecido graznido de pato que música celestial;—así como tampoco veo la sociedad de maldicion que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor: ni en la mujer hermosa me echo á adivinar su mísero esqueleto; ántes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió.—Los arroyos y torrentes no me murmuran ni me lamentan, ántes bien me refrescan y me hacen dormir la siesta:—el cementerio me parece cosa muy santa y muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos, los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos extremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio), escogia, á no dudarlo, el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entónces renunciaba á los goces de la sanguinosa daga ó del buido puñal.—Porque aquéllos (los zamarros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia como improvisaban una *bomba* en un regalado festin.—Ni se tenian por hombres providenciales, enormes, ni pretendian, á lo que creo, ser la única expresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosada, sus honrados conceptos y su mantecosa moral.—Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intríngulis; y el que *tenía vena* (que

así se decia) ó *le soplaba la musa* (que así se pensaba) tenía carta blanca para salir por esas calles adelante disparando redondillas y ovillejos, epigramas y acertijos á todo trapo, viniesen ó no á pelo; los cuales, corriendo luégo de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia, cuando más, derechito al hospital de Toledo; pero miéntras andaba suelto era el hombre más feliz de la tierra, viendo impresas en el *Diario* sus improvisaciones y ensueños, oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina, y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España. —Una plaza en la contaduría de éste, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café, bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia: el término de aquéllos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que, ya en edad avanzada, se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotanilla del hermano Obregon.

EL AUTOR DE BUCÓLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa; Apolo y las musas se rigen por un arancel.—No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de *genios* improvisados, desde la edad de diez á la de veinte abriles; amén de algunos genios *de pecho* que hacen concebir las más lisonjeras esperanzas.—En los principios de su carrera el ingenio espontáneo derrama á manos llenas y sin el

más mínimo interes los torrentes de su sabiduría; pero andando más los tiempos y luégo que reconoce la necesidad práctica de ganar su vida, la razon corta los vuelos al albedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiracion.

Nuestro autor entónces abre tienda de talento ó pone bufete de ingenio, y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas, y el abogado la de las malas.—Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que más le conviene ó de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica á vender á la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas al sol, á la luna, á las estrellas y demas novedades; ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales; ora se emplea en trazar la historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios, cuentos y traducciones para los periódicos; los otros (y son los más) disparan al teatro su erizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy léjos de aquellos tiempos en que se decia que

« sólo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesion no ha llegado en España al alto grado que

alcanza en los mercados extranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle.—Hé aquí la causa por que abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas:—la solucion del enigma está en que para las comedias hay empresarios y para los libros no; que aquéllas se cotizan al contado como papel de nueva creacion, y éstos entran en la categoría de deuda diferida y sin interes.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: para la gloria, porque nadie lo lee: para el bolsillo, porque nadie lo compra.—El autor dramático recibe á lo ménos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad.—Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó sólo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demas, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; porque conviene saber que para ser hoy dia escritor dramático no se necesita gran dósis de invencion ni de filosofía, de observacion ni de estilo.—Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crímen al más pintado, y que chille el muerto;—se dialoga un folletin ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos;—se cuentan en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo, y hágote comedia de costumbres;—se pilla un carácter á Moreto, una situacion á Rojas y un enredo á Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá va un drama filosófico ó caballeresco. —Ultimamente (y es lo más socorrido) se traduce un drama de Buchardi ó una piececita de Scribe, se la esquila,

trastrueca y muda el nombre, como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote acomodo y arreglo á la escena española.—Por lo demas, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé.—¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro.)—Yo le diré á V. (me contestó), ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *tutti* dramático descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles, que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPÍLOGO.

No concluiriamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo.—El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma;—*El cortesano*, que ántes adulaba á los reyes, sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno;*—el *devoto* se ha convertido en *humanitario;*—el *vago* y *calavera* en *faccioso* y *patriota;*—el *historiador* en *hombre de historia;*—el *mayorazgo* en *pretendiente,*—y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano.*—Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán, como los otros, á ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos..... ¿Quién reirá el último?

El Curioso Parlante.

TENGO LO QUE ME BASTA.

«Le peu qu'on travaille c'est pour parvenir à ne rien faire; ne rien faire est ici le bonheur.»

DUPATI.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el carácter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca aficion al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros, á la falta de estímulo y galardon; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me inclino á creer que las que llamamos tales no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion, sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los es-

pañoles, cualidad excepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? —¿Será acaso nacida de virtud ascética, que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazon? ¿Será por filosofía práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion, que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echarémos de ver que hay algo de todo; algo de virtud, de filosofía y de bienestar. — Me explicaré.

Hay algo de virtud; porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independencia, y nos traba la lengua si intentamos dirigir expresiones de lisonja y sumision á otro sér que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creemos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía; porque filosofía es la moderacion de los deseos y la tranquilidad del ánimo; la reduccion de nuestras necesidades al menor término posible; el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y áun á la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades más avanzadas ó más codiciosas, los hombres se agitan contínuamente para llegar á aumentar

la serie de sus goces, que muy luégo convierten en otras tantas necesidades.—Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga más regalada su existencia;—cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso;—hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigilias, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad;—hay, en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del país, dominar sus destinos é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á más grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten aguijonear por una necesidad dominadora, por un instinto irresistible hácia un *más allá* que extienda el círculo de sus satisfacciones, que les haga dejar atras á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofía, vienen á resultar, sin embargo, grandes adelantamientos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion.—A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulsos del vapor; la vanidad, que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transformar en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio y el orgullo, que presidieron á las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las más exiguas necesidades; veréisla convertirse muy luégo en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo, en que sólo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de San Bruno: «*¡Que morir tenemos!*»

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que más, trate de exagerar hasta este punto su indiferente apatía, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos;—pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aún bastante generalizada para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continúen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí.—A ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas, que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad;—responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador;—responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada dia la puerta á un nuevo artículo de los que ántes nos abastecia el extranjero;—responderán, en fin, algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en un solo dia, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las

nuestras aquella apatía ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquéllas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras fuerzas esta exagerada moderacion de deseos, este «*Tengo lo que me basta*», que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir más halagüeño.

¡*Tengo lo que me basta!* esto dice el mísero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podria doblar su precio; podria habitar una casa más cómoda; podria abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podria entregarse el dia festivo á un halagüeño recreo; podria resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ú otra cualquiera desgracia.

¡*Tengo lo que me basta!* exclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer más; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

¡*Tengo lo que me basta!* prorumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon, que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

¡*Tengo lo que me basta!* replica el mezquino mercader no bien ha dado á su comercio alguna clientela, que

le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos, por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso, en fin, no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del país.

¡*Tengo lo que me basta!* repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleillo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

¡*Tengo lo que me basta!* claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

¡*Tengo lo que me basta!* prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

¡*Tengo lo que me basta!* decia, en fin, *don Modesto Sobrado*, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia del hidalgo castellano.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Búrgos, hubiera trascurrido el resto de sus dias tan unido á su país natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se extendia ó no más allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores; unas viñas y tierras de pan llevar, un ca-

ballejo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compas á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar.—Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto más, cuanto ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habíanle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya de edad proporcionada y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte que, no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesiæ* aquella pacífica union;—quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos y á sembrar la consternacion en aquellos corazones, que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor Alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viaje á la ciudad para consultar con el abogado don Pedancio, é interponer ante la Comision de agravios la correspondiente excepcion;—no hubo remedio;—el abogado cobró sus derechos; la Comision hizo su agravio, y su merced el Alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien, como era consiguiente, y por ser el que más falta hacía en su casa, sacó la bola negra; aunque malas lenguas contaron entón-

ces que más que á su sino lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro jóven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para hacerse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la majestad reinante; ya, en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fe al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla.—En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luégo tan buen lugar en la opinion de sus jefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores, llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitan.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse más y más patentes su valor é inteligencia, y ya todos los jefes veian un digno sucesor en el capitan Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe granjearse, aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la extremada moderacion de su carácter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tedio invencible por la agitacion de la carrera militar, despertando sus ideas de reposo y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su país natal.

—«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitan; ya conozco lo que valen los agi-

tados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares..... ¿A qué engolfarme más y más en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviese el pecho, ó de una injusticia que me envenene el corazon? —Alto allá, osados deseos; dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soy jóven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y..... *Tengo lo que me basta;* dejemos el resto á los que vienen detras.»

Y con asombro de sus jefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid, en quien reposaba más de una esperanza, solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia.—Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de otro hidalguete de las cercanías, y de su escasa fortuna, en fin, apénas quedaba sombra ya.

Reflexionó entónces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio, donde tan prósperamente le sonreia la fortuna.—Consideró, sin embargo, que á los veinte y seis años, con buena salud, talento y experiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquélla, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la córte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino, su entendimiento despejado y su exquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo.—Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia á los que hablaban de futuros adelantamientos:—«¿Y por qué los he de procurar? Soy feliz; *tengo lo que me basta;* dejemos á los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son, por consecuencia, harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya.—El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion; y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo equivale á quedarse atras.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema; y parapetado (parecíale á él) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete; ni leia las declamaciones periodísticas; ni daba alguna vuelta por las antesalas de la córte; ni tenía esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vese por lo dicho que nuestro hombre era más propio para los tiempos añejos y poco ilustrados, en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social;* y déjase inferir que, á pesar de sus merecimientos, muy pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante*, y trasladado, como otros miles, al inmenso *panteon.*

Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse más enérgica, como para desmentir la parálisis á que se quiso sujetarla.

Así ni más ni ménos sucedió á nuestro jóven ex-administrador; por lo que, en vez de trabajar de nuevo con sus jefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretexto de ella para darse á luz como la víctima de un partido y órgano natural de otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para extender sus especulaciones, y llegó á conseguir, por fin, al cabo de algunos años, una posicion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreir á un genio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es, sin duda, un extremo vituperable;—nuestro protagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto.—Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus correspensales, se despidió cortésmente de ellos para entregarse de buena fe á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increible á mis lectores; pero este hom-

bre, cuya existencia parecen várias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo—libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él;—y luégo que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luégo entre los primeros escritores del país.—Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar más y más su brillante aparicion en el orbe literario;—el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado y dijo: « *Tengo lo que me basta;* no quiero ni debo trabajar más.»

Llegó, sin embargo, un dia en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoismo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazon.—¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel sér aislado é indiferente?—Pues fué nada más que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin, de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Ademas, habíale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ajeno.—Sin embargo, yo no sé qué aguijon que se le habia clavado en el alma, no sé qué hastío

producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo más que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña, sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y ajena de los caprichos y de la exigencia del mundo.—No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luégo satisfacerlos, compró una casa en Madrid y se trasladó á vivir en ella.—Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad ajena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad.—No paró aquí, sino que el amor, que habia traido á la mujer, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otras dos al tercero; y con ellas vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luégo los ayos y preceptores; más adelante, los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenía,* ó que sólo tenía lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre, que con un poco más de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. —Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el

porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle.—Por último, de su misma desgracia y de su triste y miserable fin dedujo él entónces y reproduzco yo aquí la consecuencia de lo imprudente que suele ser este «*Tengo lo que me basta*», que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándoles á una voluntaria parálisis, y acaso, acaso, á su cierta é inevitable ruina.

(*Junio de* 1838.)

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningun rapaz que digamos, sino ántes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cincuenta navidades debajo del peluquin;—pero él, siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud, á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir: *Esto me está bien.*

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviesos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luégo al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fábula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien, al verle quimerista y pendenciero, profetizó de él gigantescas empresas y asombrosas hazañas, y luégo vimos que todo era puro ruido y nada más. —Así que más grandecito le miramos recitar coplas y

manotear fuerte, le apellidamos el siglo *de las luces* y de la filosofía.—Aficionóse despues á las cosas sólidas, como los caminos de hierro y las monedas de oro, y luégo le bautizamos de siglo material y amigo de la *positividad.* —Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y héteme aquí á mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesía craneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo proteo, indefinible, incomparable; tronera de niño, pausado de jóven, y más entrado en años saltarin y brincador?—Muchas y muy buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él á lo mejor hase tornado de espaldas al retratante, ó ha dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle VV. con estos ejemplitos al márgen á tomar la medida al tal nene; quiero decir, á ponerle apellido que bien le cuadre, y hacer colar por exclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan á este autor de *remedion,* á este cómico de la legua.—No, sino llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veréisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hay siempre en toda época alguna ó algunas cualidades más especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de creerlas exclusivas, ni echarlas, como quien dice, á reñir con las demas. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una ó más señales que le distinguen de otros; como por ejemplo, una verruga en la nariz, lo cual es suficiente para poder apellidar á su dueño *el hombre de la verruga;* sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo verruga, sino es ya que la verruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la verruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado ántes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, ó por hablar en términos más cultos, *el espíritu de asociacion.*

Con efecto, por poco que observemos, verémos luégo que ésta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y así como en otras se han refundido y representado, digámoslo así, en un solo hombre, ésta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los séres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos é incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo ó una verdadera y sólida voluntad.

De aquí tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aquí tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mutuos; tanta gloria por acciones; tanto matrimonio á partir gastos.

«Cuatro ojos ven más que dos», dice un refran.—Refranes hay para todo, y tambien hay otro que dice:—A ménos bultos más claridad.»—Si lo que han de ver los cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo:—Reunan ustedes muchos sabios en una junta, y sumen luégo las cantidades de sabiduría..... ¿Cuánto me dan ustedes si sacan ménos que la que solia tener un sabio solo?

«—Dispare V. una bala á ese buque, señor sargento.

»—El buque no está á tiro, mi general.

»—Pues dispare V. toda la batería.»

No es esto decir que el espíritu de asociacion no tenga, y mucho, de bueno; no, señores: esto lo que quiere decir es que la asociacion suele á veces estar reñida con el espí-

ritu; por lo demas, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones á cual más importante?—Por ejemplo:

Llega en estos afortunados tiempos á cumplir catorce abriles un mancebo..... ¿A qué se ha de aplicar? ¿Ha de ir á llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia.....? ¿Atestará su caletre de *infolios* para adquirir una profesion honrosa....? ¿O viajará, y revolverá mares y tierra en busca é investigacion de la verdad?

Nada ménos que eso.—Reúnese con otros compañeros, todos de su edad, y declárase, como ellos, sabio y literato. (Esto es ya de cajon, y literato en el lenguaje moderno quiere decir que conoce las letras, ó sea el alfabeto; la poesía es una planta natural de suyo, que crece con las barbas.)

Reunidos en *comandita*, traducen entre seis ó siete una comedia en un acto, ó disuelven sus ideas en un periódico por *tomas* semanales, ó bien cortan trozos y páginas enteras de acá y acullá, y lo zurcen y planchan de nuevo en su laboratorio, y hágote original.—Y los que no están de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado ménos en sospechar que tenía un genio más á quien adorar; y le mira y remira, y abre tanta boca, y dice como sorprendido:—«¡Vean ustedes, quién lo habia de decir! ¡y le teniamos por un fatuo!»—Hé aquí el espíritu de asociacion útilmente aplicado al ingenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido en la de Moises, que hacía saltar torrentes de gracia de las duras peñas; mira á su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales y dando la cara á formidables empresas. Hay, sin embargo, una diferencia, y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, miéntras que

nuestro hombre no tiene más capital que su activa imaginacion..... No importa..... ¿Quién dijo miedo?—Asóciase para explotar aquélla con un tonto (que nunca faltan para bien de la humanidad), y á dos por tres da con él en tierra, y luégo con otros y otros, y salta por encima de todos, y se va elevando, elevando, hasta que de asociacion en asociacion, pára en asociarse con un banquero, y luégo con un ejército, y despues con un gobierno, y alza y baja los fondos del Estado, y hace y deshace paces y guerras, y forma oposiciones, y levanta ministerios, y..... vayan ustedes á decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobre viuda! tú contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesorería, y la tesorería te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes más remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante, ó traerte á tu celda al exclaustrado, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes, y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion.*

Otra de las más ingeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada y usufructuarios *in integrum* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de la calle del Cármen, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquéllos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla se asocian á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, miéntras que por la contraria se ofrecen los

palcos abonados, las doradas carretelas y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento más positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociacion de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio; á este doble contrato de nuestra santa madre Iglesia, ya convertido en triple por la moderna filosofía.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hay drama posible;—desde que los poetas modernos han renegado de la mitología, huyeron de su imaginacion todas las deidades imaginarias, y en la mujer no miran más que un mueble de uso comun, y en el amor nada más que un sentimiento de orgullo ó de comodidad. —En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con piés de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catalejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusiéronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan ustedes con anacreónticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia;* que no hallan posible el amor sin el ribetito del crímen, ó por lo ménos sin peligro de muerte; que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar muy bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle á dos por tres.

Váyanles ustedes, digo, señoras doncellas, con las indirectas que ántes eran de uso comun entre vosotras de..... *¡Qué malo es V.....! ¿Quién le creyera.....? ¿Lo dice V. de véras.....? Dígalo V. á mamá.....* A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles, ni categorías ni fórmulas; que empiezan por apear el tratamiento á la persona á quien se dignan dirigirse, y por llamarla *mujer* á secas, como en otro tiempo decian los pa-

triarcas de la ley antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto: «*Mujer, vénte conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho*», y ellas cogian el cántaro bajo del brazo, y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigais, cuenta que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os les presentais á todas horas y bajo las formas más fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguís sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedais sus acciones y apostura;—y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejais colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguís en la vuestra la misma geométrica proporcion; —en vano palideceis como ellos; en vano sonreís amargamente; en vano cantais llorando, y bostezais en el baile, y en vano quisierais morir para parecerles mejor.—Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazon..... ¡oh! su corazon está *lanzado en las etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro traje sentimental.

Pero al fin son hombres, y al traves de esta fantástica existencia tienen sus horas de *positivismo;* horas en que la materia se rebela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos dias (ó sean noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa es ésta?—*La mujer.*—Y échase por esos salones á buscar las mujeres del pró-

jimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo excusado; y las razones son claras;—1.ª, porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazon, y el suyo ya queda expresado que es inenajenable; 2.ª, porque ellas (las muchachas), si se las da un pié, luégo piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.ª, porque una soltera es una mujer completa, y á ellos para su objeto les basta con un *fragmento;* porque aquéllas, en fin, aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote:—¿Mujer?—La del prójimo.—Uno..... dos..... tres..... trinidad perfecta.—¡Ah del espíritu del siglo!—Y apareciósele el *espíritu de asociacion.*

Y el *marido* desde entónces tuvo un esclavo más á quien mandar, y la mujer un dueño más á quien servir.

Aquél dijo:—«Quiero ser ministro», y su siervo se constituyó en adulador.—«Quiero ser diputado», y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista», y el amigo colaboró con él la pública opinion.—«Quiero ser poeta», y el amante se obligó á entusiasmar al patio.—«Quiero ser tonto», y el tercero en concordia fué tonto como él.—«Quiero ser pobre», y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores, el vice-marido pudo contar..... ¡ahí que no es nada!..... *¡con media mujer!*.....—¡Y qué mujer!..... ¿Y habrá todavía quien se ria de los maridos?

No hay, pues, que extrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vínculo que en tiempos atrasados confundia en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homogéneos el marido y el amante.—Ambos tienen á la mujer, ambos la engañan, ambos la desprecian.—El ídolo dorado se derritió, y quedó el barro tosco y material: lo que ántes exigia justa adoracion, es ya, por su culpa, objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos maridos, y tal era tambien el que formaba respecto á su esposa el jóven don.....

Pero respetemos la memoria de un desgraciado, y hagamos gracia á nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoy haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion.*

(*Diciembre de* 1839.)

EL FASTIDIOSO.

La pluma tiembla en la mano del escritor al ir á trazar en imperfectas líneas el bosquejo de uno de los caractéres más indefinibles, más extraños, y sin embargo, más comunes de nuestra mísera humanidad.—Con efecto, ¿cuál de mis lectores al escuchar aquel epíteto no siente ver delante de sí aquella fantástica procesion de seres enojosos y antipáticos que pueblan el mundo, y que parecen expresamente concebidos para no dejarnos aficionar demasiado á sus glorias perecederas?—La pluma, vuelvo á decir, tiembla en la mano del escritor al ir á atacar de frente aquellos seres terribles y numerosos, aquella fantástica pesadilla del sueño que llamamos vida, y aprovechando un corto instante que le dejan en paz, cierra su puerta con dobles guardas, y todavía dominado por el recuerdo de su vision, esgrime su péñola, prepara su paleta, y en desahogo de su tormento, ensaya á trazar así el espíritu y la forma de sus verdugos.

El fastidioso es un sér casi humano, mitad hombre y mitad piedra berroqueña, con la pesadez del dromerario, la actividad de la pulga y la perseverancia del mosquito: se alimenta, como la sanguijuela, de la sangre humana que consume : se adhiere, como la ostra á la roca, al infeliz sobre quien pesa su fatalidad : tiene la locuacidad monótona é irreflexiva del papagayo, la impasibilidad del jumento y el importuno halago de un perro casero.

Su vida generalmente es larga, y goza de sus facultades

hasta sus últimos momentos; rara vez pierde el uso de sus miembros y sentidos, aunque suele á veces quedarse algun tanto sordo, lo cual, léjos de contrariarle, le sirve más bien para no aguardar respuesta y hablar constantemente.

La salud del fastidioso es excelente, y como diriamos en el lenguaje moderno, *providencial;* porque si enfermase, podrian sus desgraciados amigos disfrutar algunos instantes de desahogo, y no cumpliria así su mision sobre la tierra, que es apurar la paciencia del prójimo.

Por esta razon el fastidioso es gran madrugador, y emplea pocas horas en el adorno de su persona, para ocuparlas en seguir constantemente á sus víctimas.—Es amigo de visitas extemporáneas, y no hay hora en el dia ni en la noche asegurada contra su aparicion. Pasea mucho, y viaja tambien en persecucion de aquellos á quienes no puede hallar en casa; y si alguno, huyendo de su irresistible dominacion, tuviera la ocurrencia de irse á esconder en las arenas del Desierto ó en las heladas islas del Polo, esté seguro de que por el correo anterior habia salido el fastidioso con el objeto de esperarle á su llegada.

Los caractéres amables y bondadosos son aquellos en que más frecuentemente hace presa, sin que esto sea decir que un genio regañon é indómito pueda bastar tampoco á alejarle, porque no hay ira posible ante un hombre que á todo da la razon; que si sonreís, rie á carcajadas; llora si suspirais; si os quejais de frio, corre á escarbar el brasero; os quita las motas del vestido; os deja la acera en la calle y os cubre con el paraguas cuando llueve; todo con el objeto de que sufrais su monótona y cansada relacion.—El que pretenda conjurarle con su frialdad y despego, se equivoca; el fastidioso no entiende de indirectas; al desden responde con cortesía; á la distraccion, con perseverancia: si os pilla con el sombrero en la mano para salir de casa, dice que os acompañará, porque va casual-

mente por el mismo camino; si estais en la cama, se sienta á la cabecera, y os asegura que él experimenta los mismos síntomas, aunque seais mujer y esteis con los dolores de parto;—si le cerrais, en fin, vuestra puerta, vuelve por la ventana á deciros que dejó olvidado el baston.

En la calle es inútil el caminar deprisa, porque él hallará medios de saliros al paso para deteneros en una encrucijada combatida de los vientos contrarios; allí os bloqueará entre el guardacanton de la esquina y un coche parado; os cogerá los botones del chaleco ú os arreglará el lazo de la corbata, miéntras que se informa cuidadosamente de la salud de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros amigos y del obispo que murió en la mar:—todo esto intermediado con sendos polvos de tabaco, que os ofrecerá, y que os hará tomar áun cuando no lo gasteis.

Otras veces, y en una concurrencia ó diversion en que os halleis complacidos, sentados, tal vez, al lado de una mujer hermosa, os preguntará por la vuestra, si sois casado, ú os llevará aparte con mucho misterio á un extremo de la sala para deciros en confianza que se ha publicado la Bula ó que se murió Cárlos III.—En política os recitará palabra por palabra el discurso que habeis leido en el *Eco* por la mañana.—En literatura hará en plena tertulia el análisis, ó más bien diseccion, de la comedia que todos han visto, escena por escena; y si tal vez permite á los demas tomar la palabra, á cada una que pronuncien aplicará un cuento vulgar y sabido de todo el mundo, diciendo á cada paso:—«Se van ustedes á reir mucho»,—sin reparar en que él es el único que se rie.

Hombres son éstos dotados de una gran memoria, que retiene todos los sucesos públicos y privados de que han sido testigos, desde el motin de Squilace hasta la coalicion de los aguadores, complaciéndose en repetirlos con desastrosa prolijidad.—Su vista es perspicaz como la del

lince, y jamas olvida las facciones de aquel á quien una vez ha fastidiado. Distínguele desde una legua, corre á él, le agarra del brazo, y á trueque de que le escuche una hora, le lleva á su casa ó le convida á tomar café.

Pero el fastidioso que á más de fastidioso es desgraciado es el último término, el *non plus ultra* del fastidio.—Aunque os encuentre cuatro veces al dia, todas cuatro os ha de encajar la historia lamentable de su desgracia desde que nacieron sus bisabuelos y los bisabuelos de su mujer.—Y ¡cuidado con que os oiga suspirar de impaciencia ó de desesperacion!—porque interpretando vuestros suspiros por signos de lástima ó de interes, y creyendo que ha logrado enterneceros, redoblará sus esfuerzos y exclamaciones, sin considerar que vosotros, probablemente, hallaréis muy natural el que á hombre semejante le engañe su mujer, se le subleven los hijos y le abandonen los criados por no aguantarle.

El fastidioso feliz suele repetir con énfasis que «él no se fastidia nunca»; y es muy natural que así suceda, por la misma razon que la muerte no muere jamas.

Por lo demas—¡míseros mortales destinados á evitar el fastidio del fastidioso!—si una vez ha llegado á marcaros como sus víctimas, no hay poder en la tierra bastante á libertaros de su dominacion—porque su omnipresencia es la de Dios, y su fatalidad la del destino.—Con la vista del águila os distinguirá entre mil, y con las alas del buitre os alcanzará en la carrera. Unicamente su muerte pondrá fin á vuestro tormento, y si él es tal que os haga llegársela á desear, pedidle á Dios que sea repentina, pues de lo contrario, estais expuestos á experimentar su larga agonía, y morir de fastidio ántes que él.

Pero colguemos, en fin, aquí la péñola, no sea que el lector venga á advertirme de que he trocado los frenos, y que el pintor se ha convertido en el modelo que intentó bosquejar.

UNA MUJER RISUEÑA.

Supongan ustedes, señores lectores, unos ojos vivarachos, una dentadura blanca y tirada á cordel, una fisonomía abierta y expresiva, narices de respingo, dos manzanitas sonrosadas por mejillas, y un permanente hoyuelo formado por ellas á cada lado de la boca; un cuerpo naturalmente esbelto y bien cortado, aunque libre de corsé y ligaduras; una garganta blanca, y un si es ó no es demasiado enemiga de lazos y cachemiras; un peinado, en fin, sencillo y clásicamente griego, recogido por exhuberante en sendos bucles al traves de las orejas.—Tal es la mujer que yo me figuro en esta ocasion, y si ustedes no lo han por enojo, podrán, señores lectores, tener la bondad de figurársela conmigo.

El Señor al enviarla al mundo la dijo con tono reposado:—«Tú reirás»,—y no lo habia pronunciado, cuando ella le contestó con una carcajada.—Lo mismo, ni más ni ménos que los poetas del dia, que cuando el númen se les aparece á los quince años y les anuncia que gemirán, ellos le responden ya con una docena de dramas *á mil cuadros*, como percal escoces, que habian compuesto áun ántes de saber que serian poetas.

Pero volvamos á la niña en bosquejo, que, á no poderlo dudar, es el bello ideal de la humana felicidad.—Porque ustedes convendrán conmigo en que la perfectamente hermosa se vuelve con los años perfectamente fea; la coqueta parece entónces un diablo; la sensible, una codor-

niz; la elegante, una tarasca; sólo la mujer risueña parecerá entónces una mujer amable.—Por esto tiene entre las demas de su sexo pocas amigas, y no nace esto sólo de envidia, sino de temor; porque saben que las observa, se rie de ellas y las hiere con las poderosas armas del ridículo. Esto seguramente no es nada recomendable; pero ¿qué quieren ustedes? Hay almas de este temple, y afortunadamente para ellas sólo pueden mirar las cosas por su aspecto risible y figuron.

La mujer que pinto es una de estas almas privilegiadas.—Si escucha, por ejemplo, la relacion de una desafío por amores, se rie del muerto y de quien le mató por tan poco motivo; para ella una de las situaciones más cómicas del mundo es la de un hombre que se pasa un bala entre oreja y oreja, ó se quita la casaca para arrojarse de buena fe en las cenagosas aguas del Canal.—En el teatro no puede contener la carcajada cuando ve salir la copa de carton ó el puñal de hojalata; en los tribunales rie que se las pela de los manoteos del abogado ó de las narices torcidas del juez; en los debates políticos, de la impolítica de los oradores; y en la sociedad privada, rie de la fama de muchos sabios, de la felicidad de muchos matrimonios, de la riqueza de muchos comerciantes, del valor y arrogancia de muchos héroes.—Todos á encomiarlos y ponerlos en los cuernos de la luna, y ella rie que te reirás.

Muchos creen que tiene talento, porque habla de todo y mete mucho ruido con su alegría; pero, á decir verdad, no hace prueba de su ingenio sino para evitar las discusiones sérias; y así cuando las ve venir desde una legua, empieza á conjurarlas con su sonrisa, y cuando llegan á encresparse y la piden su parecer, suelta la carcajada, y deja á sus contrincantes con tanta boca abierta, creyendo que han dicho un disparate.

Tiénenla las demas mujeres por coqueta y un poco

más; pero es no conocerla; es no saber que su corazon es tan bailarin como sus ojos, y que sería imposible, por lo tanto, fijarle un solo momento con seriedad.—En vano su belleza y gracia picaresca trae á su retortero cien galanes más ó ménos sublimes, más ó ménos traducidos del frances; no bien los mira arquear las cejas, flechar los ojos lánguidos, doblar la rodilla y prepararse á hacer una declaracion calderoniana, complácese la maldita en interrumpirles con una salida tan exótica como ésta:—«Dígame usted, Carlitos, ¿le gustan á V. los pimientos en vinagre?»—Y deja al pobre galan en una situacion equívoca, y se pone de dos saltos en el balcon tarareando la mazurca de *Oriente* ó el terceto del *Elixir.*—Lo he dicho ya: es demasiado tonta para hacer una tontería formal.

Verdad es que este carácter mofador la impidió encontrar lo que en el lenguaje comun se llama una *posicion social;* es decir, un marido á quien entregar su libertad.—Y no puede ser ménos; porque todos los halla tan risibles, que acaban por ponerse serios y tocar retirada. Cual la parece demasiado formal para jóven, cual demasiado calavera para señor mayor; danla en ojos las descuidadas barbas del romántico, y se rie del clásico con su peinado *bisogné;* ridiculiza al uno porque se pone mal la corbata; al otro, porque se la pone demasiado bien, y al tercero, en fin, porque no se la pone de ninguna manera.—Desdeña á un médico porque lleva sortijas; á un militar, porque se pone pendientes; á un literato, porque gasta anteojos; á un abogado, porque le nombró á Ciceron.—No hubo forma de reducirla á aceptar á un progresista, porque era pretendiente, ni á un retrógado, porque era cesante, ni á un estacionario, porque era oidor; y hasta desechó á un hombre honrado porque se llamaba D. Lúcas, diciendo que era imposible que quien tenía tal nombre pudiese entender de amores.

Pues, á pesar de estos caprichos, es una mujer necesa-

ria en la sociedad, porque ella anima la conversacion; es secretária de todos los enredos amorosos; presidenta de todas las *galops*, y forma con las mamás y las tias la comision extraordinaria de comidas á la Alameda y viajes á Carabanchel.—Los años pasan por ella, ó por mejor decir, ella pasa por los años, sin que ni una ni otros se den por entendidos de ello; y con la misma gracia y buena fe con que se rió en distintas ocasiones de las funciones cívicas y de las procesiones del año santo, se rie ahora de los sabios improvisados y de los héroes de ciento en boca.

Ya os veo venir, señores moralistas, ya os veo venir; sin duda que vais á decirme que es cosa reprensible una mujer que convierte un salon en una galería de caricaturas; que renuncia á aquella reserva que el decoro y la buena educacion imponen á una jóven; que se expone con esta indiscrecion á las hablillas y á las sospechas..... Alto ahí, señores mios; ya he dicho que nuestra heroína es buena; sólo que la ha dado por reir; y díganme ustedes de buena fe : ¿merece otra cosa este siglo del fósforo, de los programas y de la limonada de gas?

Ella, en fin, conjura con su sonrisa sempiterna, no sólo los años, sino los trastornos y miserias que con ellos vienen; conjura con su fria carcajada los ardientes juegos del amor; con su labio desdeñoso, las petulantes demasías del orgullo; con sus lindos hoyuelos, las envenenadoras armas de la envidia; con su amable locuacidad, la compaseada etiqueta del salon; con su ingeniosa sencillez, los proyectos más dobles para rendirla.—En todas partes está, y en ninguna se está cierto de encontrarla; á todos contesta, y con nadie sigue correspondencia; mira, en fin, á la sociedad como un objeto de diversion; á los hombres y mujeres como los muñecos que la divertian en su niñez; al amor como un juguete, y la tertulia y el Prado como una tienda de tiroleses.

BOCETOS

DE

CUADROS DE COSTUMBRES.

(1840 Á 1860.)

EL GABAN.

« El traje es el sobrescrito del alma y el fiador de la persona» — decia un sastre extranjero por encabezamiento de sus minutas de forros y entretelas; y esta expresion, que no pasa de ser una necedad en la boca ó en la pluma de un sastre, llegaria á ser sentencia y apotegma en la de un filósofo griego ó en la de un orador parlamentario.

En efecto, y por poco que se reflexione, no podrá negarse la influencia del hábito en la exterioridad de la persona, que es la primera parte de aquella máxima. Llenas están las leyendas de estas relaciones vesti-fisiológicas; — desde Diógenes, que se vestia con una tinaja, hasta Mad. Sand, que gasta levita y espuelas; — desde la acerada cota de Pelayo hasta el fino paño de Sedan de nuestros héroes modernos.

La segunda calificacion hecha del traje, esto es, la de «fiador de la persona», es todavía más fácil de probar; y si no, hagan ustedes una prueba, señores lectores: abandonen por unos dias guantes y levitas; vistan chaquetas y zaragüelles, calcen abarcas y sandalias, y échense luégo de este modo á visitar damas y magnates, espectáculos y paseos; verán entónces claramente lo que valen por sí solos, sin el sobrescrito del traje.

Pero, en fin, resumiendo en una ambas calificaciones,

no podrá negarse que el adorno de la persona, cuando no otra cosa, puede tomarse generalmente como la expresion de la sociedad, y que bajo este aspecto el estudio de los figurines de modas es uno de los más profundos á que puede entregarse el hombre meditador.

Prescindiendo por ahora de la simple, airosa y artística camiseta griega, de la noble y grandiosa toga romana, de las severas armaduras godas, de los vistosos yelmos y capacetes de la Media Edad; dejando á un lado los monótonos colorines chinos, los pintorescos ropajes musulmanes, la primorosa simplicidad india ó la ostentosa variedad pérsica, plantémonos de un salto en medio de nuestra sociedad española de los siglos XVI al XVII, cuando, terminadas ya las guerras interiores, y depuestos por la generalidad de los habitantes el escudo y arnes, formaron por primera vez una masa comun, una misma familia, regida por una misma mano y gobernada por la propia religion y leyes.

Prescindiendo de los matices locales, propios de las diversas provincias y reinos recien incorporados, ¿qué hallamos en los trajes de aquella sociedad, que no nos revele su índole, carácter y pretensiones? ¿No advertirémos en sus variados córtes y coloridos, sus plumajes y cimeras, el reflejo áun reciente de la ostentacion oriental?—El capotillo en los hombres, ¿no era una consecuencia del albornoz árabe?—La mantilla de las mujeres, ¿no venía directamente del velo musulman?—Emblemas ambos de amor misterioso, de cortés galantería, ¿quién no reconoce en ellos aquella sociedad arrogante y amiga de aventuras? ¿quién no ve en el primor de las plumas y bordados la altivez y encumbradas pretensiones de los dominadores de Europa, de los descubridores del Nuevo-Mundo?

El íntimo contacto con los demas pueblos prestó por entónces al traje español una extremada variedad y rique-

za, tomando de todos ellos aquella presea que más halagaba al entónces justo orgullo nacional.—El sombrerillo de terciopelo aleman, el gregüesco cortado á la veneciana, el justillo florentino, la levitilla francesa, la gorguera flamenca, campeaban en vistosa mezcla con la capita corta, la larga tizona toledana y el oro, plumas y pedrerías de Méjico y el Perú.

Insensiblemente, y al paso que nuestra influencia y originalidad, fuimos perdiendo tambien nuestro traje y cambiándolo por la casaca francesa y los enormes pelucones de la córte de Versálles.—No parece sino que á la zaga de Felipe V vino una legion de sastres encargados de borrar en las personas de los españoles el reflejo de su nacionalidad y calzarles la librea parisiense.

Por desgracia, hallaron una sociedad dispuesta á vestirla.—Los elegantes de entónces, que ya no recordaban la arrogancia de sus abuelos, admiraron y recibieron con entusiasmo las rizadas cabelleras postizas, los enormes casacones bordados, las pomposas botas y guantes, los galonados sombreros de la comitiva de Felipe de Borbon; y luégo de concluida la guerra de Sucesion, trocaron tizonas por espadines, petos por chupas de seda, barbas por bucles artificiales, brazaletes por encajes, y espuelas por hebillas.—Las damas, por su parte, siguieron el movimiento, y olvidaron sus sayas, mantos y dengues, por los tontillos, arracadas y empolvados artificios del cabello á la Montespan ó á la Pompadour.

Este reflejo de la córte de Luis XIV fué desapareciendo igualmente con su memoria, y ya en el reinado del segundo hijo de Felipe, el gran Cárlos III, quiso de nuevo la sociedad española reflejarse en el traje, y surgió de improviso la capa andaluza ó árabe, aunque ya con un carácter ménos risueño, sin tanto adorno ni colorin, pero manejada siempre con igual desembarazo y gentileza;

acompañábala entónces el sombrero chambergo, que recordaba las antiguas glorias españolas; y en las damas la basquiña y mantilla elegante, airosa, y peculiar emblema de nuestro suelo, se elevaron por entónces al más alto punto de esplendor.

Todavía, es verdad, andaba alternado todo esto con resabios de la moda extranjera; todavía se dejaba ver aquella indecision propia de sociedades á medio traducir; y al paso que los *currutacos* y la masa del pueblo vestian chupetin y redecilla, calzaban zapato y cubrian su cabeza con sombrerones, los *petimetres* y grandes señores guardaban todavía respeto hácia la casaca bordada de sederías, la honrada chupa y el clásico espadin.

Pero vino Napoleon (que era un buen sastre), y á toda Europa la uniformó.—Nuestros soldados perdieron coleta y botines, sombreros tricornios y arcabuces, y recibieron *dolmanes* y chaquetas francesas, *schakos* polacos y fusiles ingleses.—El paisano, siguiendo aquel movimiento de uniformidad militar, adoptó generalmente el pantalon y el *frack*, y la elegante dama ostentó sus atractivos á favor de los pliegues de la *dulleta* y el *citoyen*.

Los *petimetres* habian sustituido á los *currutacos;* los *elegantes* acabaron con los *petimetres*.

Desde entónces, y luégo que pasó la época marcial de Napoleon, se empezó á reflejar en el traje la incertidumbre de las ideas, la inconstancia del siglo nuevo, la ausencia de pensamiento dominante en las instituciones, en los libros, en la tijera.

Miéntras llegaba el caso de inventar algo de nuestra propia cosecha, continuamos recibiendo todos los correos la moda parisiense, envuelta con las leyes políticas, con los gustos literarios y con las aplicaciones científicas.—Pero esta obligacion envolvia una trasformacion tan continuada, que más pareciamos arlequines qué gente for-

mal;—por ejemplo, cuando los *lechuguinos* (que así nos llamamos los sucesores de los petimetres) nos hallábamos muy orondos con nuestros pantalones ajustados y botas *á la bombé*, con nuestros talles altos y peinados *à la girafa*, de pronto venía de París la órden de ensanchar las bragas y aplastar las botas, de bajar el talle ó arruinar el moño; —al siguiente dia nos intimaban los ingleses sus enormes batas con cartera, y al otro los poloneses sus elegantes levitines de cordonadura, sus pieles los rusos, y los italianos sus gros.—Y no habia más remedio que seguirlos á la carrera, porque ¡desgraciado el hombre ó la mujer (entónces no se decia la mujer, sino *la señora*) que al dia siguiente de promulgada la moda de los frakes *pistachos*, ó de los *spencers* junquillos, se dejaba ver en el Prado infringiendo la órden, que no necesitaba más para perder su reputacion, y ahogar, como ahora se dice, *su porvenir!*

De este modo, y como movidos al impulso de mágico talisman, vimos desaparecer en una sola tarde todas las altas peinetas de concha, todas las botas de campana, todas las levitas de cúbica, todas las basquiñas de alepin morado. Así como impusimos á nuestros caprichos los nombres de las cosas y de las personas de la época, diciendo *carrikes* á la Wellingthon, barbas á la Bergami, peinados á la Quiroga, gorros á la Navarino y levitas á la Montresor.

Esta época de la moda era, si se quiere, ridícula; pero en fin, era variada; carecia de idea, pero andaba á caza de todas; era traducida, pero de todas las lenguas, y no de una sola.

Al traves de todas estas circunstancias descubríase en los rigoristas un pensamiento, que revelaba tambien el de la sociedad; y este pensamiento, de acuerdo con el sentimiento natural, era el deseo de parecer mejor, de embellecer la persona con afeites y atavíos.—Fué, pues, ésta la épo-

ca del similor y del abalorio, así como la anterior lo habia sido de los diamantes y el oro macizo.

Hasta que vinieron los Hugolatras, y de una plumada suprimieron los peluqueros y rapistas, dejando crecer barbas y greñas á placer; por otro decreto anularon la camisa ó la eclipsaron con la corbata; hicieron inverosímil el chaleco; desdeñaron cadenas y oropeles, y sólo transigieron por la decencia con un modesto y abrochado levitin.—Ya desde entónces todo hombre tuvo á gala parecer de siniestra y fea catadura; y la palidez mortecina, los largos bucles y los anchos pliegues de las damas fueron sustituidos al ajustado corpiño andaluz, al rodete chinesco ó á la rosita simbólica de la sien.

Por último, de supresion en supresion, los hombres hemos ido suprimiendo hasta llegar al *gaban*, que no es más que un pretexto para ir en camisa; siendo de suponer que, siguiendo esta progresion, lleguemos muy pronto á los mandiles indianos ó á la hoja de parra de nuestro padre Adan, que es más fresco: únicamente conservamos seriamente los guantes amarillos, que es lo suficiente para lo que entre nosotros se llama *ir vestido.*—Las damas (ahora se dice *las mujeres*) han seguido un sistema contrario, y en lugar de suprimir, han ido adicionando á sus personas, en términos que, si ántes necesitaban seis varas de tela para su vestido, ahora gastan diez y ocho, y otras tantas de *crinolina* (léase *miriñaque*) para el armazon, con lo cual hay que andarlas adivinando como por entre tela de cedazo, y todas tienen el aire de campanas ambulantes ó de hormigas en dos piés.

Resumiendo.—Hemos visto á nuestro siglo de oro representado por las gallardas armaduras y los preciados jaeces, tomando éstos sus diversos matices de todos los pueblos en que España dominaba;—la bordada casaca y los empolvados bucles representaron despues fielmente á

un siglo de prestada bambolla, y de postizo y extranjero artificio;—la capa y la mantilla revelaron luégo la verdadera índole de la sociedad puramente española;—el frack uniforme despues, la influencia militar;— la variedad interminable de los trajes, la inconstancia posterior de las ideas;—por último, hemos llegado á una época en que no hay creencia en la moda, como no la hay en política, ni en literatura, ni en nada: reina en ella la anarquía, como en la sociedad; se afecta la grosería y el feo ideal, como en las acciones; se encubre la variedad á fuerza de tela, como la falta de razon á fuerza de palabras; por último, se ha destruido toda jerarquía, se han nivelado y confundido todas las clases, como en el mecanismo social.—La sociedad del dia está, pues, simbolizada en el *gaban*.

1840.

CUATRO PARA UN HUESO.

Hasta los tiempos que corren se ha venido repitiendo, y no sin razon, que una de las grandes calamidades que han influido en el decaimiento de nuestra España era el furor que á todos aquejaba de lanzarse á los empleos públicos; y para explicarnos con una palabra técnica y popular, la *empleomanía*.—Que ella alejaba de los estudios útiles, de los campos y talleres á una inmensa masa de ciudadanos, los cuales hallaban más cómodo asegurar su subsistencia y adquirir honores á trueque de un trabajo material ó limitado, que romperse la cabeza en sólidos estudios ó en mecánicas faenas, para abrirse paso á una de las pocas carreras llamadas independientes.—Y que, en fin, el halago de los oropeles cortesanos, la ambicion de las altas posiciones en la escala social, sacaba de su quicio á la imaginacion más modesta, y la hacian desdeñar otros caminos por éste, que se apellidaba el camino real de la fortuna.

Ahora, bendito Dios, sucede todavía lo mismo; pero acontece con esto como con todas las costumbres inveteradas, que duran aún largo tiempo despues de haber desaparecido el objeto: como en aquellas romerías que el pueblo sigue por rutina, áun despues de haber dejado de existir el santuario; como aquellos paseos de viejo celibato ante los cerrados balcones de su difunta beldad.

Con efecto, la manía sigue, pero ha desaparecido el empleo; la romería progresa, pero quedó allanado el santuario; la adoracion existe, pero ha huido del templo la deidad.

Y véase de qué modo indirecto, providencial y digno de todo encomio hemos llegado, ó vamos á llegar, al punto término tan ansiado de economistas y filósofos, al punto en que los empleos sean tan poco ansiados, que haya que imponerles bajo multas y apercibimientos.

Todo esto se ha conseguido por medio de un ingenioso mecanismo, que no se sabe qué admirar en él más; si la sencillez del procedimiento, ó el poco discurso de nuestros mayores, á quienes les fué desconocido.—Este descubrimiento mágico y sublime está dicho en dos palabras: —descubrimiento contra la avaricia.—Anular el valor de la moneda.

En primer lugar, ha desaparecido á fuerza de manosearle el barniz aristocrático de los cargos públicos, con la simple operacion de levantar su estanco, quiero decir, con ampliar á todo el mundo el innato derecho antiguo de ciertos nombres, de ciertas familias, de ciertas condiciones.—Esto es muy justo, y hoy dia, sin necesidad de pruebas de nobleza, de saber, ni áun de probidad, puede cualquier hombre, siquiera sea un vendedor de fósforos ó un sastre remendon, echar el ojo á aquella plaza que más le cuadre, y embestirla de frente; que por poco que acometa, de seguro la ha de rendir.

Luégo las hemos declarado todas *al quitar*, y no perpétuas como ántes; con lo cual cada quisque puede tener el gusto de saborear por cuatro ó seis meses una excelencia ó señoría, y dejar luégo el puesto al segundo galan.—Con este ingenioso procedimiento ha desaparecido tambien la golosina del uniforme; porque necio será el que gaste en hechuras y bordados para tres ó cuatro re-

presentaciones que le tocan en esta farsa; pudiendo alquilarlos por dias en la plazuela de Santa Ana ó en las roperías de la calle Mayor.

Seguidamente, hanse reducido los emolumentos á tablas de proporcion; por ejemplo:—Tiempo de servicio, seis meses. Item de abono, dos.—Los cuatro restantes se inscriben en el gran libro del destino, y el destino los guarda allí.

Por último, y para complemento de este mecánico sistema, se ha subdividido cada empleo en cuatro lotes, ó sea más bien en un premio y tres *accésit*, á saber:—empleo de presente,—empleo de pasado,—empleo de futuro,—sobresaliente á empleos;—ó sea dicho de otro modo: el poseedor, el pretendiente, el jubilado y el cesante.—Los últimos viven de memorias; el segundo, de esperanzas, y el primero, de caridad.—*Cuatro para un hueso.*

No sé yo cómo se atreven á decir nuestros dramaturgos que no encuentran en nuestra sociedad tipos originales que ofrecer en el teatro.—Si ellos la estudiáran con la conciencia de filósofos; si ellos no desdeñáran sus naturales caractéres por las inverosímiles creaciones é insustanciales peripecias de sus novelas dialogadas, á fe mia que habian de encontrar tantos y tan variados cuadros, tantos y tan nuevos colores en esta España que se deshace, como en la ya hecha supieron hallar Cervántes y Calderon, sin necesidad de acudir para ello á las consejas convencionales de Scribe ni á los fantásticos abortos de Dumas.

Y sin salir de nuestro argumento de hoy, ¿de qué sociedad, sino de la nuestra, podrian copiar un pretendiente sin más méritos que el de serlo, y un cesante con ellos, un jubilado de por vida, y un poseedor sin posesion?

Y ¿no es tipo único el de un hombre trepando cuestas y arrostrando tempestades para llegar á una altura adonde sabe que no existe más que un árido arenal?

¿No es grupo interesante el del colegial que envidia al funcionario, y el funcionario que echa miradas ávidas á la modesta hortera del colegial?

¿No hay algo de cómico en el retirado que estira los años de su servicio, y el poseedor que tiene que acortarlos para equilibrarlos con el presupuesto de ingresos?

¿No son del género sentimental la viuda y el huérfano que elevaron un monte de esperanzas, y á dos por tres le vieron convertido en un valle de lágrimas y desengaños?

En todos los países hay—se nos dirá—pretendientes y empleados;—sí, responderémos; pero en aquéllos, para serlo han de preceder estudios, méritos ó servicios; y aquí de nada de esto se necesita.—Allí, una vez conseguido el empleo, basta cumplir con su obligacion para conservarle, y aquí es lo suficiente para quedarse sin él.—Allí los años tienen doce meses, y los meses una mesada, y aquí hay al cabo del año cinco mesadas ó seis.—Allí hay una tajada más ó ménos grata para uno solo, y aquí hay por lo ménos cuatro para un hueso á medio roer.

Ahora bien, señores dramáticos: ¿no hallan VV. en estos tipos aquella originalidad, aquella *vis cómica* que tanto pregonan?—Pues entónces reniego de su ojo dramático; compren un Taboada y métanse á traducir.

1841.

LAS TRADUCCIONES.

La manía de la traduccion ha llegado á su colmo.—Nuestro país, en otro tiempo tan *original*, no es en el dia otra cosa que una nacion *traducida*.—Los usos antiguos se olvidan y son reemplazados por los de otras naciones; nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes, y hasta nuestras opiniones, todo es ahora *traducido*.—Los literatos, en vez de escribir de su propio caudal, se contentan con traducir novelas y dramas extranjeros; los sastres nos visten á la francesa; los cocineros nos dan de comer á la parisiense; pensamos en inglés, cantamos en italiano, y nos enamoramos en griego; los médicos nos matan por el sistema de *Broussais* ó de Hahnemann; los legisladores nos hacen felices con *bills de indemnité*, y hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los más cantábiles de *Arturos* y *Carolinas*.

Todo ciudadano español traducido del frances que esté *al corriente* de este *modo de ser*, de estas *maneras sociales*, debe sentir allá en sus adentros ciertos impulsos traducomanos que han de darle en qué pensar.—Y yo, que para servir á VV. pienso ahorcar mi originalidad en las aras de la moda vigente, púseme á discurrir dias atras, en uno de estos *apartes* que suele tener todo escritor, sobre

qué lengua escogeria como blanco de mis iras, diciendo poco más ó ménos :—«Señor, el traducir del frances es bastante socorrido; pero son tantos ya los que lo hacen, que apénas salen á lector por barba; el italiano tan sólo sirve, segun parece, para la música, y entónces la gracia consiste en entenderlo mal y pronunciarlo peor; el inglés..... ¡es tan peliagudo esto del inglés!..... ademas, que los ingleses apénas escriben comedias, que es lo que importa; el aleman, el ruso..... ¡vaya V. á entender estas lenguas de perros! el portugues..... pero ¿qué se ha de traducir del portugues? Pues luégo, ¿qué traduciré yo?.....

¿Traduciré del tonto algunas traducciones de Barcelona y no pocas de Madrid que han quedado más gabachas que ántes de pasar los Pirineos?—No; porque para traducir del tonto es preciso entenderlo.

¿Traduciré al sentido comun las crispaciones políticas ó los ensueños fatídicos de los vates no comprendidos?—Tampoco: porque entonces nadie los querria comprender.

¿Traduciré de la germanía política los discursos de fondo de los periódicos?—Ménos; porque entónces acaso vendrian á decir lo contrario que sus autores quisieron.

Pues entónces, ¿qué traduciré? ¿El galimatías de aquel abogado, la jerga de este médico, ó las hipérboles del otro orador?

Pero, en fin, en medio de este soliloquio, ocurrióme una idea, y fué que la más útil traduccion, y la ménos usada, es la del lenguaje figurado al sentido genuino, porque si, como decia álguien :—«El dón de la palabra ha sido dado al hombre para disfrazar la verdad», era hacerle un no pequeño servicio ocuparse en un cómodo diccionario fraseológico para el uso de la sociedad.—Ejemplos:

Cuando oigo á D. Pánfilo hablar mal de Gobiernos y sistemas; fruncir el labio al oir nombres ó discursos, y

lastimarse del estado mísero del país, *traduzco* que don Pánfilo es cesante ó pretendiente á empleos.

Cuando veo á D. Próspero echarla de rancio españolismo, y ostentar los adelantamientos y el magnífico porvenir de nuestra patria, pienso *traducir* que D. Próspero está traduciéndola en provecho suyo.

Muchas veces *traduzco* la opinion de los hombres por su traje y porte, porque es imposible no pertenecer á la oposicion el que no tiene coche, y áun escasamente para zapatos.

Si un amigote de estos que uno tiene y que no sabe cómo se llaman, viene un dia haciéndome cortesías, alabando mis escritos, sonriendo á mis palabras y dándome á todas la razon: — «Este hombre (*traduzco*) va á pedirme dinero.»

«Usted me confunde con elogios que no merezco» (me dice D. Hermógenes cuando me estoy riendo de él).— *Quiere decir:* «V. me tributa los elogios que yo le exijo.»

Un sujeto me hablaba el otro dia de que habia visto tantas tierras y cuantas ciudades; que habia andado cincuenta y más leguas diarias, en Francia, Inglaterra y Alemania, de noche, de dia, y sin descansar.—Le pregunté de costumbres, me habló de postillones; le hablé de ciencias, me contestó de posadas; le pregunté la historia del país, y me describió sus trajes..... «Este hombre, *traduje*, ha viajado como un baul.»

¿Cuántas varas necesito para una levita? — Hay opiniones: tantas, segun el señor Tal; cuantas, segun el señor Cual.—*Traduccion libre.*—El señor Tal es ménos traducido que el señor Cual.

—«¡Qué tonta estuvo anoche la Paquita!» — (dice doña Mencía con intencion). Y yo *traduzco:* — La Paquita estuvo ayer más hermosa y obsequiada que otras noches.

— «Desengáñese V., se ha perdido el gusto; el público

es ignorante», dice D. Eleuterio.—*Traduccion literal:*—El público cree que el ignorante es el autor.

—«Disimule V., no tengo suelto», *quiere decir:* «No quiero soltarlo.»—¿Por qué se marcha V. tan temprano?, *puede traducirse:* Váyase V. cuanto ántes.»—El hablar del tiempo frio suele ser temporal frialdad de la conversacion.—A veces las convulsiones de Narcisa pueden traducirse por *antojos;*—las cortesías de D. Silfido, por *memoriales;*—las ocupaciones de D. Cornelio, por *condescendencias para con su esposa;*—la amistad de D. *Cenon*, por *impulsos de su estómago;*—y á veces escribir un artículo como el presente lo traduzco: *emborronar papel.*

1840.

EL INCENSARIO.

MÚSICA CELESTIAL.

«Hemos dado en la flor de alabarnos
los unos á los otros.»

MORATIN.

La perfeccion social va creciendo entre nosotros, en términos que no es fácil averiguar adónde vamos.

Cuando hayamos acabado de fijar (que ya nos falta muy poco) cuál es la mejor forma de Gobierno posible; cuál es la sociedad más adelantada, más feliz, más justa, más inteligente; — cuando todo hombre se resuelva en derechos y no le aqueje ningun pícaro deber; — cuando, en fin, esté probado como dos y dos son cinco que no nos equivocamos, ni en materias religiosas, ni en achaques políticos, ni en cosas de ciencias, literatura y artes; —entónces ¡oh! entónces (digo yo para mi capote) ¿qué es lo que va á pasar aquí? —¿Y qué les dejamos que saber ó que gozar á los que vendrán despues, si tanta prisa nos damos los presentes á gozar y sabérnoslo todo?

Por fortuna, este término no está léjos, y casi casi da gana de pensar que estamos, como quien dice, tocándolo

con la mano; y que no ha de mediar el feliz siglo décimonono sin que hayamos resuelto el problema de reducir al país á un estado de beatitud diáfano, transparente, vaporoso y fantástico, en que todos seamos sabios, ricos, justos y benéficos, y la España entera un paraíso de Adanes, ménos las serpientes y los camuesos.

Por de pronto hemos descubierto que todos somos sabios ya.—Que nuestras obras prosáicas y poéticas, periódicas y fijas, sólidas y líquidas, son todas admirables, inimitables, inverosímiles, enormes y patagónicas.

Y no hay que tomarlo á pulla, señores lectores; que somos nosotros los que se lo decimos, y cuidado con lo que nosotros digamos, porque ya se sabe que somos los órganos de este coro.

No, sino acérquense á cualquiera de las honradas librerías de esta heroica capital, y á trueque de algunas monedas de vellon y de tales cuales malas razones del librero, tómense la pena de repasar las columnas de los periódicos diarios, tercianarios, hebdomadarios, quincenos, mensuales ó trimestrinos.

Verán en todos ellos consignada nuestra opinion sobre nuestras propias opiniones.—Miraránnos extasiados de inefable placer al recomendar al lector pagano nuestros propios escritos.—Observarán (si no lo han por enojo) que mirados bien, todos somos hombres grandes, genios *no comprendidos*, colosales, piramidales y chimboráceos. —Que en comparanza nuestra, Homero y Cervántes eran dos monaguillos.—Que aquí, donde nos ven, todos somos *distinguidos*, y ninguno soldado raso.—Como si dijéramos, licenciados, arciprestes, doctores en letras, en artes, en invencion.

Sabrán de oficio que todos tenemos nuestra *mision*. —Cuál de revelar á España los sucesos que han pasado por ella, en los términos que nosotros queremos que debieron

pasar. — Cuál de pintarla pindáricamente el grado de felicidad que alcanza, para distraerla de sus dolores y ahogar sus gemidos con nuestra *música celestial.* — El uno, de adormecerla con el suave narcótico de sus fragmentos poéticos, que si no tienen principio, tampoco se les ve el fin. — El otro, la de hacerla el *bú* con sus peripecias dramáticas, sus monstruos coronados, sus amantes sombríos y sus hidráulicas víctimas.

La crítica, que en tiempos fatales, ominosos, ignorantes y nimios, andaba armada con toda una espetera de crisoles, compases, anteojos y escalpelos, ha debido tomar el portante y marchar á otros países, v. gr., Alemania, Prusia ó Inglaterra, donde todos son pobres petates, y dejarnos á nosotros que nos midamos y pesemos á nuestro antojo y segun nuestro leal saber y entender.

Nosotros, entónces, nos hemos declarado *en junta;* hemos abreviado el ceremonial y convertido el crisol en *incensario,* pasándolo mutua y cordialmente de mano en mano, con un ejemplar de nuestros escritos, para quemar, no éstos, sino en obsequio de ellos, ya el arabesco incienso ó peruana vainilla, ya la rústica juncia ó el honrado espliego.

Pero todo esto con cierta solemnidad y prosopopeya, entonando al compas del oscilatorio pebetero cánticos de *hosanna,* estrambotes y áun estrambóticos de..... «*Ecce homo.*» «Mirad al hombre grande, fantástico, rutilante, providencial; escuchad su voz; admiradle, profanos, glorificadle, encarecedle, y sobre todo, comprad su obrilla, que no hay más que pedir. Véndese en la librería de..... Cuesta 14 reales.»

El público, el pobre público, aturdido, atortolado, asfixiado con aquel humo, con aquel incienso, con aquel ruido, corre de aquí para allí, y se empina de puntillas, y enristra los anteojos para descubrir al gigante — y acierta

á distinguirle allá arriba, muy arribota, en hombros de los demas, tamaño como un cañamon.—Con lo cual da al diablo su miopía y catalejos; y luégo corre á buscar el camino de la librería para adorar á aquel dios en su templo.—Peró..... ¡oh veleidad!—No bien ha dado tres pasos, cuando ya va diciendo para sus adentros:—«¡Eh, qué diablos! lo mismo decian de mi vecino, y es un porro.»

Con estô, y con ver cruzar á la sazon á una pícara rapaza de diez y ocho abriles, con dos ojuelos brillantes como luceros, ó sentir al pasar por la plaza el olorcillo de los jamones de Caldelas ó de las truchas del Barco de Avila, luégo al punto pone en olvido al pregonado autor, y corre á colocar sus monedas en manos de la niña retozona ó del honrado mercader.

Sin embargo, despues de regalarse con la carne ó el pescado en cuestion, quédale todavía un ruido sordo, un cierto rum-rum de la pasada pesadilla, y va repitiendo *gratis et amore* á todo el que quiere oirle que «Fulano es un grande hombre», «que sus obras son muchas obras» y.....—¿Las ha leido V.?—No, señor, pero.....—Yo tampoco.

Entre tanto, el *incensario* quema que te quemarás; y no bastándole ya los aromas pérsicos ni los tomillos de la Alcarria, quema ajos y cebollas fritos en aceite, con que promueve en el concurso una tosecilla seca, que déjelo usted estar.

Y luégo coge uno de los acólitos incensadores cualquiera trozo de la obra incensada, y se lo encaja al público, echándole en el incensario, que es lo mismo que dar con él en las narices al autor.—Por cierto que el olorcillo que suelen dejar los tales papeles no es de lo más grato, que digamos, con que se arma allá arriba una nube de vapores de hombre grande, que el diablo que aguarde su resolucion.

Y sigue la rueda, y continúa el bamboleo; y entre cánticos y silbidos, castañetas y repiquetes, queda dormido y narcotizado sobre rosas el embalsamado autor, al tierno arrullo del *rondó* final:

Hoy por tí,
Mañana por mí:
Solos nosotros valemos aquí.

CORO.

Incensémonos,
Incensémonos,
Porque es bien que nos incensémonos.

LA VIDA SOCIAL EN MADRID [1].

CARACTER DE LOS HABITANTES.

Los hijos de Madrid son en general vivos, penetrantes, satíricos, dotados de una fina amabilidad y entusiastas por las modas. Afectan las costumbres extranjeras, desdeñan las patrias, hablan de todas materias con cierta superficialidad engañadora que aprendieron en la sociedad, y si bien el ingenio precoz que les distingue hace concebir de ellos las más lisonjeras esperanzas en su edad primera, la educacion demasiado regalada, las seducciones de la córte, y otras causas á este tenor, cortan el vuelo de aquellas facultades naturales y les hacen quedar en tal estado. Así que, brillando por su elegancia, sus finos modales y su divertida locuacidad, se les ve permanecer alejados de los grandes puestos y relaciones, dejando el pri-

(1) Para dar fin á esta variada galería de *Tipos y caractéres*, y contrayéndome, por una inclinacion irresistible, á los de la localidad, reproduciré aquí esos bosquejos de la vida madrileña, escritos desde 1851 á 1860, y que vienen á formar un cuadro especial.

mer lugar en su mismo pueblo á los forasteros, que con más paciencia y ménos arrogancia, vienen á vencerlos sin encontrar apénas resistencia de su parte. Su físico es agradable, aunque se resiente de las mismas causas que el moral, y no pudiendo desenvolverse completamente, les hace permanecer pequeños, en general, delgados y enfermizos. Sólo saliendo de su pueblo varian de aspecto y áun de ideas, y entónces se ve de lo que serian capaces con otro método en sus primeros años.

Los provincianos, que forman la mayoría de los habitantes de Madrid, dejando su país, tal vez por las mismas causas, vienen á la córte, y léjos de sus familias, entregados á sí mismos, y sin las consideraciones orgullosas que inspira la presencia de sus compatriotas, adquieren más solidez en sus ideas, van derechos al fin, y no repugnan las privaciones y la paciencia necesarias para ello. Colocados en el puesto que anhelaron, se identifican con el pueblo que los ha visto elevarse, se confunden con sus naturales, adquieren los modales de la córte, y todos juntos forman la sociedad culta de Madrid, sociedad en que reina el buen tono, la amabilidad y una franqueza delicada.

Esta mezcla de costumbres, estas distintas condiciones de magnates distinguidos, empleados en favor, opulentos capitalistas, pretendientes, caballeros de industria y paseantes en córte, dan á este pueblo un carácter de originalidad no muy fácil de describir. El trato es superficial, como debe serlo en un pueblo grande, donde no se conoce con quién se habla, ni quién es el vecino. La confusion de las clases es general por esta causa; las conversaciones, tambien generales por los diversos objetos públicos que cada dia las ocasionan; las diversiones, frias y sin aquel aire de alegría y franqueza que da á las de nuestras provincias la circunstancia de conocerse todos los que las componen; pero de esta misma causa nace tambien la con-

veniencia de poder vivir cada uno á su modo, sin el temor de la censura y de los obstáculos que presenta un pueblo pequeño.

¿Y las mujeres? se dirá: ¡qué! ¿no merecen ser nombradas en estas observaciones? ¡Y tanto como lo merecen! Ellas regulan nuestra sociedad; ellas incitan al hombre á todas sus empresas; ellas nos hacen pretendientes, comerciantes, empleados, literatos, héroes; sus caprichos dirigen nuestros cálculos; sus necesidades fingidas nos crean las verdaderas. Si esta regla es general en todas partes, ¡con cuánta mayor extension no deberá aplicarse á un pueblo donde el deseo de lucir, el lujo extravagante, las contínuas ocasiones de arruinarse, y en fin, la adoracion tributada únicamente al fausto exterior, disculpan en cierta manera y autorizan los caprichos mujeriles! Con efecto, es general el deseo de cada uno de sobrepujar á sus facultades. La mujer del artesano se esfuerza á parecer señora; el empleado consume su corto sueldo porque su esposa brille al lado de la marquesa; ésta gasta las enormes rentas de su esposo por igualar su tren al de los príncipes, y todos se arruinan ante el ídolo funesto de la moda..... ¿Pero ¿adónde vamos á parar con estas tétricas ideas? ¿Y qué? ¿habrá de olvidarse la finura, la elegancia que esta misma moda de las madrileñas presta á su trato? Si su educacion se ve descuidada en los puntos económicos, ¿quién las iguala en las artes de recreo y en los talentos de sociedad? ¿Quién sabe trasladar mejor los armoniosos cantos de Verdi ó de Meyerbeer? ¿Quién baila, rie, juega, burla, reprende y seduce con más gracia á sus numerosos adoradores? ¿Quién sabe unir el sentimentalismo de las novelas con la más amable coquetería? ¿Quién en modales, en vestido, y áun en lenguaje, sabe hermanar la gracia nacional á la extranjera, formando una peculiar, que podrémos llamar *gracia matritense?*

¿Quién..... Pero basta lo dicho para formarse una idea de su carácter. El físico es interesante: pequeñas, bien formadas, facciones lindas, talle airoso, color quebrado y aire distinguido: tal es el verdadero retrato de las madrileñas.

Las costumbres del pueblo bajo han mejorado algun tanto, y áun llegarian á ser más templadas sin las contínuas ocasiones de disipacion y bullicio que ofrece á cada paso nuestra capital con la multitud de fiestas, toros, romerías y el prodigioso número de tabernas.

No nos meterémos en eruditas y empalagosas investigaciones para buscar en tales ó cuales razas el orígen de esta parte del pueblo de Madrid, apellidada la *Manolería*, que tiene su asiento principal en el famoso cuartel de Lavapiés, aunque rebosando tambien á los inmediatos de Embajadores, el Rastro y las Vistillas (1). Para nosotros es evidente que el tipo del *Manolo* se fué formando espontáneamente con la poblacion propia de nuestra villa y la agregacion de los infinitos advenedizos que de todos los puntos del reino acudieron desde el principio á la córte á buscar fortuna. Entre los que vinieron guiados de próspera estrella y cambiaron sus humildes trajes y groseros modales por los brillantes uniformes y el estudiado idioma de la córte, vinieron tambien, aunque con más modestas ó menguadas pretensiones, los alegres habitadores de *Triana*, *Macarena* y el *Compas* de Sevilla; los de las *Huertas* de Murcia y de Valencia; de la *Mantería* de Valladolid; de los *Percheles* y las *islas de Riaran*, de Málaga; del *Azoguejo* de Segovia; de la *Olivera* de Valencia; de la *Rondilla* de Granada; del *Potro* de Córdoba, y las *Venti-*

(1) Estos son los *barrios bajos* propiamente tales, aunque los de la parte alta denominados *Maravillas* y el *Barquillo* se hallan tambien comprendidos en gran parte en la misma categoría.

llas de Toledo, y demas sitios célebres del *mapa picaresco de España,* trazado por la pluma del inmortal autor del *Quijote;* todos los cuales, mezclándose naturalmente con las clases más humildes de nuestra poblacion matritense, adoctrinándola con su ingenio y travesura, despertando su natural sagacidad, su desenfado y arrogancia, fueron parte á formar en los Manolos madrileños un carácter marcado, un tipo original y especialísimo, aunque compuesto de la gracia y de la jactancia andaluzas, de la travesura y viveza valencianas, y de la seriedad y entonamiento castellanos.

Este tipo del *Manolo de Madrid*, segun hoy le conocemos y segun nos lo dejó *Goya* pintado en sus caprichos, y en sus deliciosos sainetes el picaresco *D. Ramon de la Cruz*, y yo mismo (que áun le alcancé) he procurado *fotografiar* en varios de mis *Cuadros de Costumbres* (1), ha venido sufriendo constantes y sucesivas modificaciones en sus costumbres, modales y traje; sus oficios más favoritos continúan siendo, como en el siglo pasado, los de herrero, zapatero, tabernero, carnicero, calesero y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, que constituian hasta hace pocos años los gremios de *chisperos*, *traperos* y otros; abandonada ya la coleta y redecilla, el calzon y chupetin, el capote de mangas y el sombrero apuntado, con que nos le pintan á principios de este siglo, su traje actual, modi- imitacion de los de Andalucía y de clases más elevadas, consiste generalmente en chaquetita estrecha y corta conficado con la multitud de botoncitos; chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar más que el primero; camisa bordada, doblado el cuello y recogido con un pañolito de

(1) Véanse entre otros los titulados : *El Paseo de Juana*, *La Capa vieja* y *El Baile de Candil*, *El Dia de Toros*, *Requiebros de Lavapiés*, *El Entierro de la Sardina*, etc.

color saliente, asido con una sortija al pecho; faja encarnada ó amarilla, pantalon ancho por abajo, media blanca y zapato corto y ajustado. El sombrero redondo y alto, terso y reluciente, ha sido generalmente trocado por el sombrerito calañés; pero la varita en la mano, y la terrible navaja á la cintura, son prendas de que no se ha desprendido todavía ningun *Manolo.*

Este nombre (á nuestro entender) no tiene otra antigüedad ni orígen que el propio con que quiso denominar al famoso personaje de su burlesca *tragedia para reir y sainete para llorar* el ya dicho D. Ramon de la Cruz, pues en ninguna obra anterior de los escritores de costumbres y novelas, tales como Quevedo, Castillo, Zabaleta y otros, hallamos designados con este nombre á los habitantes de aquellos barrios de Madrid.

En cuanto á la *Manola*, precioso y clásico tipo que va desapareciendo á nuestra vista, y cuyo donaire, gracia y desenfado son proverbiales en toda España, ¿quién no conoce el campanudo y guarnecido guardapiés, la nacarada media, el breve zapato, la desprendida mantilla de tira y la artificiosa trenza del peinado de Paca *la Salada,* Jeroma *la Castañera,* Marica *la Ribeteadora*, Pepa *la Naranjera,* y Colasa, Damiana ó Ruperta, las floreras, fruteras, rabaneras ú oficialas de la fábrica de cigarros? ¿Quién no sabe de memoria sus dichos gráficos, sus epigramas naturales, su proverbial fiereza y arrogancia? ¿Quién no ve con sentimiento confundirse este gracioso tipo en el otro repugnante de la mujer mundana, que en su deseo de parecer bien, ha querido parodiar, sin conseguirlo, la gracia, traje y modales peculiares de la Manola?

El carácter altivo é independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero ó sus remedos, su indómita arrogancia y su escasa instruccion, unido todo á los vicios y disipacion propios de las

grandes poblaciones, ha hecho que hasta hace pocos años esta parte del vecindario de nuestra villa fuese como una poblacion aparte, aislada, hostil y temible para el resto de ella; pero las vicisitudes políticas por que hemos pasado en lo que va de siglo, y en que tanta y tan apasionada parte ha tomado en todas ocasiones el pueblo bajo de Madrid, le fueron adversas en general, y castigando duramente sus pasiones, sus excesos, sus demasías y exageraciones de 1814, 1820, 1823, 1834 y 1843, le dieron á conocer bien á su costa que habia en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza material, y que habian pasado los tiempos de los *ignos* y *lairones*, de los *trágalas* y las *pititas.* — Desde entónces, mejorándose simultáneamente la instruccion, y aumentada la vigilancia del Gobierno, creciendo en ellos el amor al trabajo y á los goces más halagüeños de una sociedad culta, y extendiéndose tambien en aquellos barrios extremos, con el aumento y mejora del caserío, una parte de la poblacion más acomodada, la entrada en ellos ha dejado de ofrecer un valladar impenetrable á las personas decentes. Ya no choca el ruido de los coches, ni son perseguidas las señoras con *gorro* ni los hombres con *futraque* ó *levosa;* los chicos de tierna edad no aparecen ya en cueros ó en camisa jugando al toro ó apedreándose á cada esquina; ántes bien se recogen en las benéficas *Escuelas Pías* y de *Párvulos* de las calles del Meson de Paredes, Espino, de Atocha ó de Belen. Las Manolas no serpentean ya todo el dia con sus trajes ondulantes y campanudos (excepto aquella parte proporcional dedicada al vicio y á la prostitucion); asisten á trabajar modesta y *silenciosamente* en la fábrica de cigarros ó en los particulares obradores de zapatería, sastrería y otros; los Manolos son tambien artesanos ó mercaderes ambulantes, y han tomado el gusto á una ganancia legítima y segura, si bien no curados enteramente de

la excesiva aficion á los toros y á la taberna; y preciso es confesarlo (á despecho de los encomiadores de todo lo antiguo), el pueblo bajo de Madrid, entrando actualmente sin replicar en el sorteo para la quinta (de que ántes estaba exceptuado), pagando su contribucion industrial y su habitacion al casero, trocando para ir á los toros el antiguo y estrepitoso *calesin* por el *ómnibus* comunista, las *seguidillas* por la *polka*, la *bandurria* y el *pandero* por la orquesta militar ó el organillo aleman, y asistiendo frecuentemente á la Ópera, al Circo ó al ferro-carril de Aranjuez; si ha perdido la fisonomía local, excepcional y tal vez poética que daguerreotipó D. Ramon de la Cruz en sus admirables farsas de *La Casa de Tócame-Roque*, *El Manolo*, *Las Castañeras picadas*, *La Venganza del Zurdillo*, etc., ha ganado, y mucho, en moralidad, en instruccion y en bienestar, y bajo todos estos aspectos el distrito de Lavapiés puede sostener actualmente el parangon con los demas de Madrid.

EL FORASTERO EN LA CORTE.

Al reseñar la índole y carácter general de un pueblo numeroso, que, por su extension, por su vecindario y por la residencia en él del supremo Gobierno, es hace tres siglos el primero de la monarquía, parece del caso acompañar á aquellas ideas generales (muy propias para ser consultadas separadamente en los casos respectivos) un ligero bosquejo que dé á conocer al forastero el movimiento de este mismo pueblo en su vida animada; materia muy importante de estudio para el espíritu observador, y á que ya consagramos algunos años de nuestra juventud en una obra especial destinada á este objeto (1).

No es ni puede ser nuestro intento entrar, como en aquélla, en todos los pormenores íntimos de la vida privada; trazar dramáticamente los cuadros ó escenas á que dan lugar la educacion, las costumbres y las leyes que gobiernan nuestra sociedad, ni repetir tampoco festivamente los tipos ideales que entónces nos sirvieron para desenvolver y materializar aquella idea. Nuestra tarea es por hoy más reducida, tratando sólo de indicar al forastero que por interes ó por capricho venga á visitarnos, aquellos usos más generalmente recibidos que en las di-

(1) *Escenas Matritenses*, por El Curioso Parlante.

versas épocas del año prestan vário colorido á nuestra sociedad matritense, y la hacen, á juicio de los mismos extranjeros, una de las más gratas, animadas y cultas de Europa.

Debemos suponer que el forastero al presentarse en ella cuenta afortunadamente con aquellas dotes naturales y adquiridas que constituyen un cumplido caballero, y que por sus relaciones y posicion social puede prometerse hallar acceso fácil y halagüeño en lo íntimo de nuestra sociedad. Ante todas cosas, preciso es que se persuada de que en un pueblo tan numeroso y compuesto de tan distintos elementos ha de ofrecerse aquélla á su vista bajo todas las fases; pero como lo suponemos dotado de buena educacion, regular criterio y filosofía, desde luégo nos inclinamos á aconsejarle que estudie y observe bien ántes de juzgar en todas las ocasiones que la necesidad ó el capricho le brinden. A ayudarle, pues, en esta concienzuda tarea es á lo que tienden hoy nuestras ligeras observaciones.

En las páginas anteriores indicamos algunos rasgos característicos de los naturales de Madrid, y dijimos allí (sin que creamos que por ello se nos acuse de apasionados) el ingenio natural, los elegantes modales y la benévola franqueza que distinguen á la juventud madrileña, y que la hacen acoger al forastero con cordialidad, dispensarle sus favores y hasta cederle el puesto en el teatro cortesano. Esta justicia, por lo ménos, debe hacerse á los hijos de Madrid, que repugnan la intriga y la ambicion, desconocen la envidia, y tal vez por estar acostumbrados á mirar lo efímero del poder, le tienen en poco, sonrien desdeñosamente á los esfuerzos que miran hacer por alcanzarle, ó combaten con satírica ironía la ofuscacion y deslumbramiento de los que le alcanzaron. Esto, ciertamente, no es ni puede ser lo más provechoso para ellos, pero sí para el forastero, que acogido desde el primer

momento en su intimidad, abiertas para él las puertas de las sociedades públicas y privadas, facilitadas las relaciones, y aseguradas en boca de los naturales otras tantas trompetas de su fama, puede aprovechar los momentos, ir derecho al fin que anheló, elevarse sobre tan próvido pedestal, é incorporarse naturalmente en una sociedad que así le tiende los brazos y le humilla todas las barreras.

Ni son sólo los naturales de la córte los que así conspiran para atraer á su centro á las notabilidades provinciales. En el extenso recinto de ella, y formada como las capas de la tierra por superposicion sucesiva, existe siempre una grande hijuela, acaso compuesta de la parte más importante y vital de la poblacion de cada provincia, de cada ciudad, de cada aldea, adonde el forastero encuentra naturalmente desde sus primeros pasos el más decidido apoyo en su carrera. Los destinos públicos de la Administracion, la magistratura, la milicia y la Iglesia; las sociedades científicas y literarias, la industria y el comercio, cuentan respectivamente una parte proporcional de andaluces y catalanes, montañeses y vascongados, asturianos y gallegos, aragoneses y castellanos, extremeños, valencianos y manchegos. Allí naturalmente, en su respectiva seccion de compatriotas, encuentra el recien venido el núcleo de su sociedad futura, el gérmen de su fama ulterior. Ellos le tenderán cordialmente la mano, ellos le pondrán en evidencia, ellos le ayudarán en su tarea, y ya sea pretendiente ú orador, ya comerciante, literato ú hombre de mundo, puede contar con que los primeros aplausos que escuche en la capital del reino ha de oirlos seguramente en el dialecto provincial que le arrulló en la cuna.

Pero tambien no se persuada de que tan lisonjero triunfo, que tan próvida ovacion, hijos sin duda de su talento ó de su fortuna, han de llegar tan pronto y sin mezcla de sinsabores. Reconozca filosóficamente la diferencia que

la distinta posicion, el diverso teatro, suele causar en los hombres, y más si son actores cortesanos y saben la importancia de su papel. No pocas veces hallará desdenes donde esperaba favores, extrañeza donde recordaba intimidad, celos donde buscaba ternura, y hasta en los lazos de la sangre desconocimiento ó aversion. En este punto, su estrella, su ingenio y su tacto exquisito para no herir susceptibilidades, son las únicas salvaguardias que han de preceder al recien venido; sobre todo le recomendamos el sufrimiento, la constancia y el trabajo, seguro de que como él valga realmente alguna cosa, como él insista y consiga al fin hacerse útil ó necesario, tiempo tendrá de recoger ámplia cosecha en el campo del favor.

La introduccion privada del forastero en la sociedad madrileña es fácil y sencilla hasta el extremo. Una simple carta de recomendacion, una relacion de vecindad, tal cual modesta tertulia, un encuentro casual en una visita, en un sarao, en un viaje, son causas suficientes para ofrecerle con franqueza una casa, son pretextos plausibles para volver á ella á visitar á sus dueños. Suponemos á nuestro forastero de bastante discrecion y escogidos modales para pretender aconsejarle en este caso; la escala del ceremonial entre nosotros es muy corta, y tal vez se resienta de demasiada franqueza y buena fe. Sin embargo, el hombre para quien la galantería no es una serie de fórmulas fingidas, y sí una obligacion de deferencia y de bondad, debe conocer sin necesidad de pedagogo hasta dónde su presencia es grata ó importuna, á qué punto concluye la satisfaccion de la persona visitada para dar lugar á la obligacion de la etiqueta, cuáles son palabras de cortesía y cuáles expresiones del corazon; y procediendo con arreglo á ello, no prodigar sus gracias, ni disimularlas hasta oscurecerlas; no confiarse del todo, ni recelar tampoco demasiado; no aparentar tibieza por los objetos

nuevos que la córte le ofrece, ni tampoco exagerar su admiracion hasta un ridículo extremo de candidez.

En un pueblo como la córte, grande y agitado, el tiempo adquiere naturalmente más valor que en las provincias; las relaciones y visitas no pueden ser, por lo tanto, tan íntimas y frecuentes, ni llevar el rigor al extremo de exigir que todas le sean devueltas inmediatamente; conviene, pues, al forastero calcular las horas convenientes á cada casa, á cada persona, á cada edad, y para ello le será muy oportuno informarse anticipadamente de sus usos, pues en la época de transicion en nuestras costumbres que atravesamos, aquéllas varian hasta lo infinito, de suerte que la hora de comer, por ejemplo, comprende en Madrid desde las doce del dia, en que empiezan los jornaleros, hasta las ocho de la noche, en que concluyen los magnates y embajadores. El uso general en la sociedad decente es comer entre cuatro y cinco de la tarde, y por lo tanto, las visitas familiares ó de ceremonia pueden convenientemente hacerse entre dos y cuatro. Para ser recibido por la noche en *tertulia* de confianza es preciso ser invitado expresamente á ello, pues de lo contrario, puede exponerse el forastero á causar molestia con su presencia, y de ningun modo parece regular, áun en otro caso, presentarse ántes de las nueve ni retirarse despues de las once ó las doce.

El traje, los modales y ceremonias apénas se diferencian en la córte de los generalmente adoptados en la culta sociedad de las principales capitales de provincia; sin embargo, el recien venido es una carta cerrada, y hará muy bien en cuidar esmeradamente de aquel sobrescrito de su persona, y estudiar en los modales cortesanos ciertos matices delicados, ciertas indescriptibles pequeñeces, que forman el colorido del trato de Madrid y marcan con un sello especial su amable sociedad. En este punto, si el forastero es jóven, bien pronto le inocularán en estos misterios dos

bellos ojos ó una grata sonrisa, y si fuese viejo y observador, ¿á quién le remitirémos?..... á los libros de Séneca ó á los *Caractéres* de La Bruyère.

Nuestra sociedad, afortunadamente, no alcanza aquel grado de magnífica perversidad ó refinada *civilizacion*, al decir de nuestros vecinos transpirenáicos, de que ofrecen espejo fiel sus memorias contemporáneas. Sabemos por ventura poco, y no sentimos la necesidad de envolver nuestros extravíos en esa elegante gasa recamada de oro, en ese perfume oriental, que revelan en la más alta escala de la sociedad parisiense las ingeniosas novelas de Balzac, Dumas, Sand, y Soulié. Tampoco la desigualdad de las fortunas es tan extrema, la grosería y el libertinaje tan atroces como los pinta Eugenio Sué en su célebre obra de *Los Misterios de París*. Nuestros deslices, hijos del corazon más que de la cabeza, no están tan bien calculados para producir efecto dramático. Tenemos unidad de creencia, y creemos todos; el disimulo y la hipocresía entran por poco en nuestras costumbres; los deseos no son tan violentos ni ilimitados; la ilustracion no es mucha en las clases elevadas, ni tampoco demasiada en las ínfimas; hay en unas y otras, sin duda alguna, delitos, pero en todas domina el instinto religioso y cierto buen juicio y rectitud natural.

Dejando, en fin, estas observaciones generales, de que no hemos podido prescindir, entremos ya en aquella rápida reseña que hemos prometido, de los usos establecidos en la vida animada de este pueblo, que al paso que suministren nuevos datos para juzgar por ellos de su índole distintiva, sirvan tambien de pauta para arreglar el empleo del tiempo y la oportunidad de alargar más ó ménos su permanencia; para ello nada nos parece más conveniente que recorrer rápidamente las várias estaciones y meses del año, dando una ligera ojeada sobre las ocupaciones y placeres que le brinda Madrid en este período.

UN AÑO EN MADRID.

DE SANTIAGO A SAN JUAN

(1851—1852) (1).

JULIO.

GACETILLA DE LA CAPITAL.

A las páginas tercera ó cuarta de los diarios mayúsculos y políticos, apoyando su izquierda en los decretos y actos oficiales del Gobierno, y su derecha en las observaciones del termómetro atmosférico ó del bursátil;—osten-

(1) Esta serie de artículos, que forman una crónica humorística de nuestra capital, fueron escritos para el periódico titulado La Ilustracion, desde Julio de 1851 á Junio de 1852, y son los únicos en que el autor se permitió contraerse á hechos materiales ó históricos, á nombres propios y determinados.—Pero como por la manera especial con que hubo de reseñarlos, y por la índole general y permanente que procuró dar á sus breves artículos, pudieran acaso ofrecer aún interes en su lectura, ha creido deber conservarlos, reproduciéndolos en este *rebusco* de sus obrillas festivas.

tando á su frente el nombre del Santo del dia y las festividades religiosas que la Iglesia celebra;—dejando á retaguardia las lujosas discusiones del Parlamento; los comentarios y paráfrasis de la situacion política palpitante; los discursos *del fondo* de la redaccion; los piropos mutuos por todos los tonos de la lira; las novedades políticas tan *nuevas* como un nuevo protocolo aleman, una nueva constitucion francesa ó un nuevo pronunciamiento del fidelísimo reino de Portugal;—y escoltado, en fin, por los interminables catálogos-ómnibus de la Empresa mercantil de Saavedra y de Riberolles, aparece diariamente bajo el epígrafe que arriba cuelga una estimulante y sustanciosa seccion, destinada á poner en conocimiento del piadoso lector todos aquellos episodios, incidentes, lances, percances, chascarrillos y alevosías de que fueron teatro harto plebeyo en veinte y cuatro horas anteriores las calles y encrucijadas de la noble y heroica capital.

Si será interesante al público paladear esta variada y espléndida menestra, salpimentada ademas por festiva pluma, y servida con cierta coquetería de adminículos, ribetes y farfalares, á guisa de *entremets* en el opíparo banquete de la prensa política, no hay para qué estamparlo aquí.—Baste decir que á beneficio de este periódico mecanismo, entran, como hoy suele decirse, en el *dominio público* y en el *terreno de la discusion* instantánea y simpática todos aquellos amables episodios, todas aquellas inocentes fechorías que tal vez no alcanzaron en el momento de su realizacion otros testigos que la víctima muerta ó el asesino fugado; que el perro que rabió, ó que el párvulo perdidizo; que la mujer apaleada, ó que el marido envarado; que el caballo atropellador, ó que el sereno dormido; que el robado indefenso, ó que el *póstumo* salva-guardia de seguridad (S. P. Q. M.).

Y dicho se está el sabroso estímulo, la sal aperitiva,

que para todo pío ó impío lector ha de llevar consigo aquella dramática crónica; ya se atienda á la *vis cómica* de su interes intrínseco, ya al ribete gustoso que suele prestarla el nombrecillo propio, el conocimiento de la localidad, lo variado y fecundo de las peripecias, y hasta el estilo de remoquete en que, con la más sana intencion, suele estar hecha la narracion del caso por el benévolo redactor gacetillero.

Este, en nuestra actual organizacion social, en los adelantamientos de nuestra moderna cultura, ha venido para el caso á reemplazar ó sustituir en aquella parte de sus funciones al barbero ó al peluquero que nuestros padres gastaban para rasurarse la cara ó para empolvarse el tupé, instruyéndose al paso de boca de aquellos amables y populares Fígaros en todas las *ocurrencias* ocurridas en plazas y callejuelas el dia anterior.—El *cuarto poder del estado*, ó sea la prensa periódica, á beneficio de la ilustracion y progreso de la época, ha venido á tomar á su cargo aquella augusta mision, poco decorosamente cometida en tiempos añejos á los dichos peluqueros y rapistas.

Ademas de la curiosidad satisfecha, se interesan vivamente en la diaria publicacion por medio de la imprenta de estos *proverbios dramáticos* la moralidad pública, y la privada reputacion, como que sería un grave mal para el país ignorar—que en la casa tal fué sorprendido un juego;—que el zapatero cual apalea á su mujer;—que la del tendero de la esquina se escapó con el sastre del portal;—que á Fulano le mordió un perro;—que á Zutano le parió la gata;—que mañana se casa Fulanito con su novia;—ó que Zutanito bailando la polka se torció un pié; y si para cerciorarnos de esta verdad, y para convencernos de aquella conveniencia, escogemos aquí algunos de estos lances ó episodios dramáticos, imitados de nuestras publicaciones más ó ménos *graves*, formarán nuestros lec-

tores una idea aproximada de la moraleja y suave leccion que destilan; hélos aquí:

—*Don F. de T.* (aquí el nombre con todas sus letras), habitante en la calle de..... y empleado en..... por más señas, sorprendió anoche, de vuelta del teatro, á un galan anónimo cenando mano á mano con su mujer. Esta, para ponerse á cubierto de las iras de su esposo, se salió al balcon con ánimo de arrojarse á la calle; pero no lo hizo por fortuna, si bien dió lugar con su estratégico movimiento á que el galan encerrase con llave al marido y se escapase luégo con aquélla. En medio del tumulto que estas ocurrencias ocasionaron en la casa, apareció el celador del barrio y los municipales, y no habiendo habido á la mujer fugitiva ni al galan raptor, echaron mano del marido y le pusieron á disposicion de la autoridad.

Vaya otro.—*Por el celador del distrito de..... han sido* recogidas Asuncion Tal y Asuncion Cual (alias Las Unciones), mujeres de mala vida, prostitutas, licenciosas y públicas rameras, que recibian á todas horas del dia y de la noche á los aficionados, en la calle de..... número..... cuarto bajo, casa de doña Claudia la Corredora, que continúa mereciendo la confianza del público sensato.

—*El de la demarcacion de..... sorprendió en la noche de* ayer una tertulia licenciosa en que se ejercitaban los concurrentes en toda clase de supercherías, rifas, y juegos de azar. Hé aquí la lista de los sujetos comprendidos en aquella escandalosa reunion, con sus nombres y apellidos, y delitos que han cometido.

—*Fulana de Tal, de estado honesto, que vivia amancebada* con D. F. de N., vecino de esta córte, ha sido presa

y mandada de justicia en justicia á su pueblo, con las notas convenientes para que ponga á cubierto su reputacion.

—*Igualmente ha sido entregado á disposicion de la autoridad* el maestro zapatero Crispin Correa, por haber amenazado con muy malos modos á su mujer Dionisia Mandiles, de que resultó, entre otras cosas, romperla la cabeza, á consecuencia de lo cual falleció á las pocas horas en el hospital.

—*Ayer á las cinco de la mañana se verificó en público*, en el paseo de las Delicias, el lance de honor que tenian pendiente los señores Tal y Tal; siendo padrinos respectivos los señores..... y no habiendo por fortuna resultado desgracia alguna, ántes bien satisfechos ambos combatientes de su mutua destreza, concluyeron el *encuentro* en un magnífico almuerzo en la fonda de Prósper, etc.

(Esto en cuanto á la moraleja de las *chispas:* en cuanto al interes, ó á la curiosidad, ó á la conveniencia pública, véanse las siguientes):

—*En la tarde de ayer fué atropellado inhumanamente* por un coche de plaza un perrito inocente, de la casta habanera, que se hallaba durmiendo tranquilamente en medio del arroyo. No cesarémos de clamar uno y otro dia contra estas contínuas catástrofes, ocasionadas por el deplorable abandono en que las autoridades tienen el cumplimiento de sus deberes.

—*Ayer juéves se promovió en la fuente de Cabestreros* una disputa acalorada entre los criados de las casas inmediatas y los aguadores, sobre llenar los botijos de aqué-

llos: éstos (los aguadores) los llenaron de improperios, y los otros apelaron á la defensa natural, quebrándolos en sus cabezas y reclamando despues daños y perjuicios.

—*Por el celador de las afueras ha sido conducido á la* cárcel de Villa un hombre anónimo, por hallarle tendido en una loma durmiendo sin documento que le acredite.

—*Avisado el del barrio de..... por el habitante de la* buhardilla de la plaza núm..... D. F. de T. de haber sido robado completamente de alhajas y enseres, éste dispuso inmediatamente proceder á la captura del ladron, que hasta la hora presente no ha podido ser habido, ni el menor indicio de su paradero.

—*Ayer tarde á las cinco y cuarenta y dos minutos se* cayó del tejado del piso sétimo de la casa núm..... calle de Cuchilleros, un gato negro rabon, quedando en el acto cadáver difunto.

—*En la mañana de hoy hemos sido testigos de un* suceso lamentable, que ha dado ocasion á terribles desgracias. Hallándonos de madrugada tomando el fresco en nuestro balcon, vimos cruzar sobre nuestras cabezas un extraño meteoro, una vision luminosa á manera de culebrina, que cayendo rápidamente sobre el almacen de madera de la calle de..... le incendió en el instante, sin que bastáran á contener sus estragos los esfuerzos de los vecinos y de la multitud de gentes que se agolpó al momento en el sitio de la catástrofe. Entre otros episodios lamentables que presenciamos, fué uno el de una criada que se estrelló en la calle, arrojándose por un balcon, y el esfuerzo heróico del sereno del barrio, que salvó á una jóven por el tejado.

(Al dia siguiente todos los demas periódicos copian al pié de la letra el párrafo en cuestion : «*En la mañana de hoy hemos sido testigos*, etc.» Todos lo presenciaron, todos estaban al balcon tomando el fresco, todos vieron la vision, el fuego y los episodios. Pues es el caso, que ni tal fuego, ni tales episodios hubo, y que todo fué un rato de broma que se permitió el gacetillero inventor.)

Otras veces la *gacetilla*, prescindiendo de estas licencias poéticas, y no contenta tampoco con el modesto papel de coronista de hechos más ó ménos consumados, entona el canto por otro estilo;—y con ciertas ínfulas de edil tribuno del pueblo, denuncia á las autoridades los abusos lastimosos que observa en la administracion de la villa, exhalando sus sentidas quejas y parodiando el «*Quousque tandem*» porque la vecinita del cuarto 2.° anda en telégrafos eléctricos con el pollo del principal;—porque el sereno del barrio, algo turbado por el mosto, se sentó en un poyo á descabezar el sueño;—porque la carretela del título A..... no llevaba anoche encendido el farol;—porque la yegua del banquero B..... se encabritó ayer tarde orillas del Canal;—porque la codorniz de la dueña ó el loro del indiano no le dejaron dormir la siesta á la gacetilla;—porque los tenderos de enfrente se salen á la puerta á tomar el sol,—ó porque los mozos de la esquina se tienden á la sombra;—porque el organillo del italiano toca la tirolesa de *Guillermo Tell*, ó los arpistas franceses destrozaban cordialmente el *Bell alma innamorata;*—porque ladraban los perros, ó los chicos de la escuela jugaban al toro en la plazuela de Santa Cruz.

Y tomando ocasion de todos estos *abusos*, la celosa gacetilla se pronuncia enérgicamente contra las vecinas y los pollos; los serenos y las tabernas; los títulos y las carretelas; los banqueros y las yeguas; las codornices y los

loros; los tenderos y los mozos de cordel; el sol y la sombra; el organillo y las arpas; los perros y los muchachos; —contra todo el mundo en fin: — y por consecuencia, exhorta y *reclama* de la autoridad que prohiba señoritas; que suprima galanes; que anule serenos; que mate perros; que deje cesantes á los caballos; que haga desaparecer las yeguas; que ahogue los loros, codornices y demas avechuchos parleros y cantantes; que amortice títulos y consolide banqueros; que cierre las tiendas, y haga marchar á Astúrias á los mozos de cordel, á la Inclusa los chicos, y al infierno los bardos de las arpas ó los Orfeos del organillo.—Con lo cual quedarian regularmente amenas las calles y plazas de la populosa córte, y dotadas del aseo, silencio y compostura de un falansterio ó de un claustro conventual.

Pero entónces, señores gacetilleros, ¿de qué habia de hablar la *gacetilla?* Y sin *gacetilla* ¿quién habia de leer un periódico?

¿El Corrector de pruebas?

AGOSTO.

MADRID SE SECA.

¡Qué calor! — Cumple á nuestro deber de coronistas hebdomadarios el consignar á la cabeza de esta revista ú ojeada retrospectiva la exclamacion que dejamos estampada, y que viene á ser la expresion genuina, la idea dominante de la semana que acaba de trascurrir. — *¡Qué calor!* — Señores contemporáneos, siquiera fuesen ustedes procedentes del año del motin contra el ministro Squilache (1776), ó contáran ya entónces *veintidos* abriles, como la anciana benemérita que vende yesca y fósforos á espalda de la fuente de Cibéles — ¿han visto ustedes ni recuerdan en aquella dilatada serie de agostos un Agosto más incendiario que el del año de gracia de 1851? — Prueba al canto. — Saquen ustedes esos diarios infalibles de Uribe y de Tewin, de Jimenez Haro y de Jordan, de Boix y de Alonso, á ver si en todos ellos y en la parte de las observaciones atmosféricas pueden presentar una semana como la que acaba, y que para perpétua memoria y para descargo de nuestra conciencia vamos á estampar aquí :

	Termómetro Reaumur.	Termómetro centigrado.
Juéves 14. . .	34 3/4	43 1/2
Viérnes 15.. .	35 3/4	44 3/4
Sábado 16. . .	33 3/4	42 1/2
Domingo 17. .	35	43 3/4
Lúnes 18. . .	35 1/2	44 1/4
Mártes 19. . .	32 1/2	38 1/4
Miércoles 20. .	31 1/4	36 1/4

Y cuenta que no han sido solos esos siete dias los favorecidos con tan subida temperatura, sino todos los anteriores igualmente desde los primeros del mes, y es de esperar que para los que quedan tengamos el consuelo de permanecer durante todo él á la altura del Senegal.

Por fortuna, para templar nuestro ardor, para mitigar nuestra sed ardiente, traemos entre manos (si no entre los labios) un gran proyecto:—tenemos ante nuestras mentes la risueña perspectiva de un caudaloso rio que no dista ya de nosotros más que unas diez y siete leguas, y como obra de ochenta millones—¡cosa corta!—pero que esperamos en Dios podrémos ver realizada si alcanzamos á vivir siquiera las calendas de la vieja ántes citada (1). Entre tanto, nuestro pobre Manzanáres, á medida que nosotros nos hemos ido liquidando, ha ido él poquito á poquito quedándose en seco; tomó punto, y realizó cumplidamente el célebre dicho de Tirso:

«Como Alcalá y Salamanca,
Teneis, y no sois colegio,
Vacaciones en verano
Y *curso* sólo en invierno.»

(1) Por fortuna me equivoqué en el pronóstico. Siete años despues, el 24 de Junio de 1858, llegaba á Madrid el raudal del Lozoya, desplegándose en magnífico surtidor en lo alto de la calle Ancha de San Bernardo.

Con lo cual ha habido que disponer que las cubas del riego acudan todas las tardes á humedecer algun tanto su álveo y proveer de líquido los cauchiles adonde solian darse un jabon ropas y cuerpos de los heroicos habitantes;—pero es lo malo que cuando las susodichas cubas acudian á llenarse á los pilones de las fuentes, se hallaban con que éstos se los habian ya sorbido las de los aguadores asturianos, para *aguar* un poco el agua de las norias y pozos, que por base general están encargados de refrescar nuestras fauces sitibundas.—Y entre tanto que esto sucedia, los *órganos de la opinion* se descolgaban quejándose del polvo y de la falta de riego en calles y paseos, y pedian cotufas en el golfo, cuando el que más y el que ménos si tiene un sorbito en su charco, le dedica *in continenti* á poner el puchero ó á lavarse la cara, todo sin perjuicio de guardarle despues para iguales usos al siguiente dia.—En las casas de baños, por ejemplo, se brinda á los parroquianos con el mismo líquido que sirvió en el año anterior, y que se conserva embotellado para estos casos; y en los de incendios (que no son pocos) acuden los operarios de la villa á matarlos á soplos, á falta de otra cosa de humedad.—Por fortuna en esta semana no han ocurrido, bendito Dios, más que tres ó cuatro, y ésos no del calibre y consecuencias del dia 8 de Julio en los barrios del cuartel de Guardias, y por el cual se llama actualmente á los propietarios de casas *aseguradas* para que *suden* un par de millones á fin de indemnizar á los que perdieron las suyas.—Precisamente en esta semana en que hemos arreglado la deuda pública y pagado tambien el plazo anticipado de las contribuciones. ¡Todo es sudar!

Afortunadamente todos estos y otros percances del mes de Agosto los repartimos y conllevamos en mayores dósis entre los pocos impertérritos habitantes que con un

valor heroico, digno de la villa del Dos de Mayo, hemos quedado representando intramuros al oso y el madroño consabidos.

Los padres de la patria, que olieron el poste, cerraron las fábricas de las leyes y echaron á correr.—Los magistrados y funcionarios entregaron las llaves al portero, y «ahí te quedas.»—Los escolares y sus maestros colgaron los manteos y mucetas, y «hasta más ver.»—Las academias y sociedades literarias apagaron las luces y se largaron donde no las dé el sol.—Los autores dramáticos, líricos y coreográficos corrieron el telon;—y las tertulias ó *soirées*, los bailes y festines particulares, marcharon á formarse á las frescas playas del Océano, á las risueñas márgenes del Urumea ó á los floridos pensiles de la Granja.—Madrid, pues, está en todas partes ménos en Madrid, y en el momento en que escribimos es menester buscarle en San Sebastian ó en Cestona, en Valencia y Santander, en Sacedon ó en Trillo, en Pozuelo ó Carabanchel, en el frondoso bosque de *Boulogne* ó en el palacio encantado de Hyde-Park.—Hablamos del Madrid cortesano, del Madrid vital, bullicioso y animado, de aquel círculo que en el lenguaje periodístico estamos convenidos en llamar *todo Madrid*, y que en el especial de las revistas semanales se halla condecorado con el lisonjero epíteto de *la buena sociedad*.

Hénos, pues, aquí, en el caso de prescindir absolutamente de tan socorrido argumento, y de consignar las actas de aquel Madrid *comm'il faut* en la pasada semana, como ausentes y lejanos que somos de él y sin poseer el dón de segunda vista;—hénos aquí privados de reproducir por la milésima vez los triunfos parlamentarios del orador A...; los laureles poéticos del autor B...; las ovaciones escénicas del artista C...; la discrecion y donaire de la marquesita D...; las gracias divinales de las lindas

señoritas E..., y la amable coquetería de la vizcondesa F...; todo el alfabeto, en fin, que forma el mobiliario de las gratas revistas que tan á gusto de sus lectoras sabe trazar la discreta y elegante pluma de nuestro amigo *Navarrete.*

Pero la ausencia de éste y de su brillante teatro encantado no ha de ser parte para que privemos absolutamente á nuestros lectores de la reseña mensual, y siquiera sea pálida y escasa de interes dramático, parécenos del caso continuarla aquí.

Los únicos salones que no han cerrado sus puertas á sus numerosos apasionados son el del *Prado* y el de *Oriente*, bajo cuyas extendidas y estrelladas bóvedas, alumbradas cuando por la luna llena, cuando por algunos cuantos mecheros vacíos de gas (que suplen mal ó bien á las lámparas solares y bujías de la Estrella que se ahorran en casa), se ha apresurado á acudir cada noche todo lo que resta de Madrid, formando, si no *círculos* aristocráticos, líneas horizontales y en correcta formacion, de apreciables sillas de á dos cuartos, á falta de cómodas butacas de muelles ó de otomanas de pluma y edredon. —Allí, protegidas por aquellas misteriosas sombras, acariciadas por aquellas templadas brisas, han pasado sin duda muchas cosas de aquellas que encierran un interes palpitante (*aliquid latentem*) para los respectivos protagonistas, pero cuyo discreto velo no nos parece prudente descorrer; contentándonos con asegurar únicamente que el todo de la reunion ofrecia cada noche el aspecto más *confortable;*—que la orquesta de bardos y arpas franceses nada dejaron que desear;—que numerosos servidores circulando con profusion repartian sorbetes de la diosa Cibeles con sendos panales por la módica cantidad de ocho maravedises;—y que, en fin, los dueños de la casa (ó sean los señores Apolo y Felipe IV) hicieron los

honores de sus salones respectivos con su amabilidad exquisita y proverbial.

Si, cansados del monótono espectáculo de tan grata reunion, quisiésemos echar una tarde á perros ó gatos, á leones y panteras, á caballos ó monos, los señores Paul y Tourniaire, Cárlos Price y Carrasco nos ofrecian en sus círculos respectivos variadas colecciones y singulares ejercicios de aquellos *artistas;* con que no tuvimos en este punto que sentir más que *l'embarras du choix.*—Tambien en la puerta de Alcalá ha habido indios pegadores y portugueses de pega; y en los teatros de verano, dos ó tres compañías de ópera italiana con su Bellini y su Verdi y su Donizetti corrientes, entre tanto que se preparan para en adelante otras tres ó cuatro más.

Por último, si quisiéramos todavía explayarnos en revistar y comentar las *ocurrencias* de la Gacetilla de la semana anterior, todavía podriamos hacer mencion de algun duelo; dos ó tres raptos ó evasiones de doncellas trashumantes; hasta media docena de suicidios; otra y media de robos y heridas, y como doble cantidad de atropellos, disputas y vapuleos.—Por último, si quisiéramos dejar contristado el ánimo de nuestros lectores con el recuerdo de las muertes naturales ocurridas en esta semana, citariamos la del conocido capitalista señor don José Irunciaga, y la del célebre actor jubilado Pedro Cubas, último que quedaba del famoso trío (Antera Baus y Juan Carretero) que con más acierto llegó á interpretar en nuestros teatros las preciosas producciones de Tirso y de Moreto, de Lope y Calderon.

Y ya que ántes hemos indicado los frecuentes suicidios ocurridos en estos dias, queremos participar á nuestros lectores una especie que hemos oido, y de cuya exactitud, sin embargo, no salimos garantes.—Parece que habiendo observado algunos industriales la tendencia ó el favor del

público hácia esta especie de distraccion inocente, han pensado regularizar este servicio y convertirle en propia especulacion; á cuyo fin tratan de fundar un establecimiento donde á todas horas del dia y de la noche podrá el que quiera entrar en la moda de este fantástico desahogo (mediante una módica retribucion) y con la facultad de despacharse á su gusto y escoger aquel género de *finis* más conforme á sus inclinaciones y manías; para lo cual hallará siempre prevenidos toda suerte de procedimientos más ó ménos cómodos y populares; —v. gr.—para los que quieran concluir con la posible brevedad, habrá armas y pertrechos de todas clases;—cuerdas y garfios, altas torres y azoteas para aquellos que estimen el aire libre, y quieran columpiarse ó describir parábolas ó buscar su centro de gravedad;—venenos y fósforos para los que quieran liar el petate con acompañamiento de dolores y convulsiones;—braseros encendidos para los que prefieran la asfixia;—pozos bien surtidos y canales artificiales para los suicidas hidráulicos,—y fosos profundos para los que estimen más el sólido elemento.—Por último, para los que busquen una muerte dulce, apacible y narcótica, hay prevenidas colecciones completas de la *Gaceta;*—los que intenten saber cómo se muere de fastidio, hallarán abundantes polémicas y discursos de fondo, entresacados de los periódicos políticos ó de las discusiones parlamentarias; y si hay alguno que quiera morir de risa, tendrá á su disposicion los graves folletines del *Diario de Madrid.*

SETIEMBRE.

MADRID EN FERIA.

Mañana, veinte y uno de Setiembre, dia clásico en los anales matritenses, da principio (permítalo ó no el tiempo) á aquella célebre y anual Exposicion Universal de nuestra industria y productos más ó ménos naturales, inertes ó animados, que llamamos *las ferias de San Mateo y San Miguel*,—mercedes ambas que debemos los madrileños á la bondad y deferencia del Sr. D. Juan el II de Castilla, por privilegio expedido en la villa de Valladolid á diez y ocho dias del mes de Abril de 1447, y en remuneracion y recompensa de haber tomado á Madrid las villas de Cubas y Griñon (que eran suyas) para dárselas á un su criado.—¡Qué magnanimidad!

El *palacio de cristal* preparado este año como los anteriores para aquella magnífica Exposicion, es la hermosa y extendida calle de Alcalá, la principal y más aristocrática de la villa; que ha sustituido en este prosáico destino á la antigua y famosa plazuela de la Cebada, donde se holgaban, ó más bien donde se sofocaban nuestros mayores en iguales dias, y lucian sus bordados casacones, sus pelucas empolvadas, sus guarda-infantes y cotillas, todo con el correspondiente acompañamiento de trastos y mu-

ñecos, melocotones y avellanas, méritos y *servicios.*—Allí, en aquel irregular aunque extendido recinto, sobre aquellas angulosas piedras, y al traves de aquellos barrios apartados y bulliciosos, corrian á reunirse todas las tardes las notabilidades de la época, la juventud brillante, la hermosura, la grandeza y el lujo de las ostentosas córtes de los Cárlos III y IV; y merced á las expresivas pinturas de Goya, todavía podemos formarnos una idea del interesante espectáculo que ofrecia tan inmensa, animada y clásica solemnidad.

Hoy las luces del siglo la han desviado de su antiguo teatro, la han desnaturalizado algun tanto de su propio carácter; la han modificado, reglamentado, constituido, y hecho vestir el gaban nivelador.—Todavía, sin embargo, conserva algo de su originalidad primitiva, y presta digno asunto á los modernos Goyas para ejercer la magia de sus pinceles.

Por de pronto, á la indisciplina é irregularidad del antiguo mercado ha sustituido cierto método lógico ó matemático en su disposicion material;—los puestos ambulantes, los tinglados intercadentes, los cajones, tiendas y baratillos improvisados, desde los de melocotones aragoneses hasta los muñecos y cachivaches del Tirol; desde las mantas de Palencia hasta los platos de Talavera, todos en el dia tienen su sitio señalado, conveniente, especial, sujetos á la línea y en correcta formacion.—El teatro mismo de la feria ha ganado sin duda en magnificencia, y lleva tanta ventaja á la plazuela de la Cebada como distancia media desde los antiguos Corrales de comedias al novísimo y suntuoso teatro Real.—Los progresos del buen gusto y las exigencias del lujo han crecido asombrosamente, y dado lugar á productos más refinados de la industria, á multiplicacion infinita del concurso mercantil.—Por otro lado, la atmósfera pura y transparente de Madrid, el viví-

simo sol de Setiembre, la azulada bóveda que nos cubre, continúa siendo el fondo obligado de aquel cuadro, y presta su espléndido colorido á la fisonomía especial de su conjunto.

Y sin embargo de todas estas ventajas, y al traves de todas aquellas perfecciones, las famosas ferias matritenses, las ferias francas de D. Juan II, las que pintó Goya, describió Cruz y satirizaron Iriarte, Salas y nuestra misma festiva pluma (1), han desaparecido ó están como quien dice amenazadas de muerte natural.—En vano se las señala más elegante y áun magnífico teatro; en vano se las pretende regularizar con reglamentos; se las dota con pintadas tiendas, con lucida escolta, con bello arbolado, con anchas aceras, con alumbrado de gas;—en vano la poblacion madrileña, desde el más encumbrado personaje de la córte hasta el antiguo manolo de Lavapiés, concurre periódicamente todos los dias á cruzar delante de aquella inmensa tienda, á llenar aquellos paseos, aquellas aceras, aquellas sillas; á lucir sus atavíos á la brillante luz del sol madrileño ó de los mecheros del gas.—Todo esto quiere decir que lo accesorio ha sustituido á lo principal; que la feria es el pretexto, y el paseo el objeto verdadero.

Pregúntese, si no, á los honrados mercaderes de la Plaza y calles de Postas y de Toledo; á los antiguos covachuelos de San Felipe el Real; á los prenderos y chamarileros del Rastro; á los cuchilleros de Puerta Cerrada; á los libreros de la Trinidad y á los alfareros de Alcorcon, si están más conformes con esta brillante *mise en scène* que con el antiguo y modesto *sans façon;*—ó si prefieren las improvisadas almonedas de las calles de la Magdalena

(1) Escenas Matritenses, artículo *Las Ferias.*

y de Toledo, el desbarajuste de la plazuela de la Cebada, al brillante concurso de la calle de Alcalá.—Si les ha convenido cambiar su papel de actores de la feria por el de simples espectadores de los feriantes;—si las escasas luces del siglo anterior producian, en fin, mayor esplendor en sus bolsillos que todos los mecheros de la Compañía madrileña.

Pero admitida ya la ausencia del objeto primordial de la feria, que era en los siglos atrasados el trueque ó venta de efectos de mobiliario, todavía á los ojos *financieros* encierra bastante de su carácter primitivo para pesar suficientemente en la balanza mercantil.—Porque si de los objetos mudos pasamos á los vitales y animados; si de los muebles parados nos trasladamos á los ambulantes; si de los mercaderes de efectos á los efectos mercadantes, todavía hallarémos que la feria matritense, áun bajo su carácter actual, tiene suficiente importancia y utilidad mercantil, si bien ha cambiado de artículos de consumo y ha dado otro giro á su razon comercial.

Porque ¿qué otra cosa que objetos de feria, *materia imponible* (como diria el Diccionario estadístico del Sr. Madoz), son, por ejemplo, los expuestos por la ternura maternal, y consistentes en multitud de pimpollos femeniles, entre los quince á los veinte de su edad, fruta de casa y artículos de fondo de su almacen?

¿Qué buscan en la feria de San Miguel tantas ataviadas bellezas como ostentan sus primores, lucen su gracejo ó balancean su garabato, diestramente ensayadas al espejo y con el *visto bueno* marital?

¿Qué tantos gallardos mancebos sentados á la sombra de los árboles, ó contoneando sus personas desde el Café Suizo á la esquina de la Casa-Riera?

¿Qué tantos hombres públicos y mujeres idem, ostentando en la Exposicion ferial su alta importancia ó su có-

moda mercancía; tantas beldades, prospectos ambulantes de *Monet* y *Armstrong* ó de *madame Perard;* tantos futuros héroes de glorias posibles, tantos ministros presuntos ú oposiciones en agraz?

Las más tiernas en edad, y cuyos deseos infantiles se contentaban en los años anteriores con una muñeca de pasta, salen hoy dia con el pensamiento de feriarse por lo ménos un muñeco *de verdad.*—Estos, que por su parte abundan en aquel mercado, no se contentan si no adquieren uno ó más de aquellos muebles de resorte y gracioso movimiento;—las altas notabilidades van á buscar aura popular;—los elevados personajes, á vender proteccion; la beldad, sus favores; el talento, sus laureles, y la miseria, sus servicios y adulacion.—Todos concurren á empeñar mutuamente en aquel gran mercado sus recursos respectivos; cuáles sus galas; cuáles sus personas; el uno su ingenio; el otro su industria; aquél su categoría, y aquél otro su favor é influencia.—Todos acuden á aquel teatro cortesano, ganosos de buscar lo que les falta por medio de trueque, trastrueque, compra, venta, empeño, demanda, sólido arrimo ó generosa proteccion.

Y al lado de este elevadísimo comercio, al traves de aquellas sublimes combinaciones, ¿qué papel queda reservado á los mercaderes materiales de muebles y cachivaches, de libros y telas, de frutas y alfarería?—El de tristes espectadores de un drama que no comprenden; el de únicos paganos de un mercado en que no despachan; el de adorno obligado de un teatro en que no figuran; el de exponentes, en fin, expuestos al viento levantino, al sol de los tabardillos, á los chubascos del equinoccio, y á la indiferencia y desden universal.

¡Oh desdichados mercachifles! ¡Rogad á Dios que haga retroceder las mentes á los tiempos de vuestro protector don Juan el II, y que borre del siglo XIX este espíritu de

positividad que hasta los más nobles instintos y acciones humanas ha convertido en feria! ¡Pedid, pues, que torne aquella edad dichosa en que sólo vosotros traficabais en vuestros ingeniosos artefactos, sin temer la concurrencia peligrosa de los que trafican en gracias femeniles, en favores cortesanos, en laureles y palmas, en reputaciones fosfóricas y aura popular!—Acaso entónces (y si esto sucediera en tiempos de ferias) no os hallariais tan brillantemente colocados, y tornariais tal vez á la modesta *plaza del Arrabal* (hoy de la Constitucion);—no ostentariais elegantes vuestros primores en la calle principal de la córte, ni recibiriais diariamente la visita de sus clases más elevadas;—no escuchariais el ruido de sus carrozas, la animacion de sus diálogos, ni los interesantes episodios de su vida íntima;—pero en cambio venderiais más muebles y muñecos, mantas y pucheros, y llenariais prosaicamente vuestros bolsillos, si no de brillantes monedas de relieve, por lo ménos de modestas blancas, de tarjas y maravedís.

Nota. Las Ferias de San Mateo, expulsadas posteriormente, al solitario paseo de Atocha, han llegado á una situacion indefinida ó insignificante, y si á esto se añade la concurrencia que las ha salido últimamente en la novísima Feria de Mayo, en el Salon del Prado, puede considerárselas hoy como una reminiscencia y nada más.

OCTUBRE.

MADRID SE ILUSTRA.

La suma importancia del acontecimiento del año, ó más bien del siglo actual; la grande *Exposicion Universal* terminada en Lóndres el dia 15 de este mes, y la descripcion detallada é *ilustrada* que de aquel inmenso espectáculo ha dado *La Ilustracion* á sus lectores, nos ha robado el espacio para atender y reseñar en debido tiempo los otros sucesos del dia, que si no pueden compararse á aquél en importancia, tienen para nosotros el interes de las cosas propias, el grato saborete indígena *ó de casa.*

Por aquella perentoria razon hubimos de pasar en silencio en la primer semana del mes que termina la solemne ceremonia de la apertura de los Estudios universitarios, celebrada el dia 1.º en el nuevo edificio de la calle Ancha de San Bernardo;—acto imponente y majestuoso, que todos los años excita el mayor interes, especialmente en las antiguas y celebradas aulas de Salamanca, Valencia, Sevilla y Granada; pero que pasa como uno de tantos en la capital del Reino, que apénas sabe que encierra entre sus recientes adquisiciones la celebrada Universidad Complutense, gloria del gran cardenal *Cisnéros.*

Nuestra moderna *central*, aunque la más concurrida del reino por reunirse en ella estudios de todas las facultades y hallarse situada en la córte y pueblo de mayor vecindario; y á pesar de poder ostentar un edificio construido nuevamente, vasto y decoroso, y ver acompañados todos sus actos del mayor aparato y ostentacion, con asistencia del supremo Gobierno, numeroso y lucido claustro y brillante concurrencia de espectadores, todavía, sin embargo, carece de fisonomía propia, y de aquella severidad clásica que distingue á las antiguas fundaciones de Salamanca y Valladolid, y que á nuestros ojos hacía tambien respetables é interesantes las bóvedas y claustros de San Ildefonso de Alcalá.—Esta respetable investidura, aquel suntuoso y sagrado carácter, no lo reciben generalmente los establecimientos, como los hombres, con títulos y honores improvisados, con gracias y mercedes como llovidas del cielo;—lo imprimen los siglos, las numerosas páginas de una historia esclarecida, y el orígen excelso, enlazado las más veces con los grandes acontecimientos nacionales ó con los personajes heroicos del país.

Y como nada de esto puede aún ostentar nuestra prosaica Universidad Matritense; como su existencia en nuestros muros no prueba más que un capricho ó un cálculo más ó ménos fundado de los Gobiernos, su edificio incompleto no recuerda más que la innecesidad de haber destruido el bello del Noviciado, que siquiera tenía carácter y tradiciones propias, y que ampliado como pudo haber sido, habria bastado á su nuevo destino, á nuestro modo de ver, con ventajas sobre el actual;—y el aparatoso claustro, en fin, y la mucha concurrencia estudiantil no suscita en la mente otra idea que la duda, por lo ménos, de la utilidad de haber aumentado de este modo con el refuerzo de toda la juventud de la capital el contingen-

te de futuros letrados, teólogos y médicos;—de haber destruido *ab irato* la vitalidad de un pueblo célebre á las puertas de Madrid;—de haber gastado sumas inmensas en la construccion del edificio; sumas que hubieran bastado ámpliamente para hacer un ferro-carril de Madrid á Alcalá, si se querian tener las aulas á media hora de distancia:—por todas estas razones, y algunas otras que omitimos, la Universidad Central, que imprime su nombre á un distrito de la villa, carece aún de importancia propia; excita escasas simpatías, y está muy léjos de dar á aquel mismo distrito la fisonomía escolar que presta al *Cuartel latino* de París la antiquísima *Sorbona.*

Pero basta de estudios, y pasemos á recordar otros sucesos del mes de Octubre; de este mes de grata transicion entre el estío y el invierno, entre los placeres del campo y los no ménos sabrosos de la córte y la ciudad.

Restituida á sus hogares la parte más vital y más brillante de nuestra sociedad matritense, que á falta de *châteaux* y de *villas* en nuestra árida campiña, corrió á principios del verano á buscar sensaciones diversas á las playas del Océano Cántabro, á los jardines de San Ildefonso, á los baños termales ó á los pajizos techos del Cabañal;—y reforzada adeñas con la emigracion extranjera (este año mucho mayor que los anteriores con motivo de la Exposicion de Lóndres), vuelven en este dichoso mes á reanudarse las relaciones amorosas interrumpidas; á tomar cuerpo las combinaciones políticas aplazadas; á cultivarse los placeres de las artes y la sociedad.—Se preparan salones donde ostentar las bellas sus encantos; se inauguran teatros donde ganen los artistas coronas sin ducados, y ducados sin coronas; se inventan modas, y se aprestan, segun las diversas condiciones, nuevas fuerzas

para la nueva campaña política, amorosa ó industrial.—Por resultado de ella habrémos presenciado desde el uno al otro equinoccio algunas reputaciones improvisadas;—algunas fortunas hundidas;—tal cual astro nuevo de vivo esplendor en el cielo de la hermosura;—tal cual vuelta rápida en la rueda de la fortuna;—media docena de leyes nuevas elaboradas á grande orquesta;—dos ó tres ministerios salidos del cáos ó hundidos por escotillon.

De todo esto hemos empezado á tener un poco en el mes de Octubre.—Ya nuestros teatros, desde el más elevado y aristocrático hasta el más humilde y vergonzante, abrieron sus puertas á la numerosa concurrencia.—Tenemos, pues, teatro español, teatro italiano, teatro andaluz, y en la próxima semana tendrémos teatro frances.—No se puede pedir más.—Ópera séria, ópera cómica, comedia de rostro feo, de risa, de magia, de susto y de pañuelo en mano,—bailes campestres y de campaña, monos sabios, perros inteligentes, ratas maravillosas, caballos, toros, y demas artistas *de escuela.*—Los espectáculos se multiplican hasta el extremo de que, no bastando el número de concejales para presidirlos, ha dispuesto el Gobierno (á nuestro ver con mucho acierto) que los presida el sentido comun.—Las sociedades de bailes á escote y de amor á cielo raso crecen asombrosamente;—las taurómacas de aficionados progresan;—los panoramas, cosmoramas, neoramas, dioramas, europonamas é industrioramas caen como llovidos del cielo;—y hasta por calles y paseos, por plazas y cafés se ve el pueblo madrileño acariciado por ambulantes prodigios de arpas y teclados; voces inverosímiles de artistas *di cartello;* fenómenos prodigiosos de fuerza y destreza, y en las altas horas de la noche, *parejas luminosas* de *vigilantes* de farol en cinto, que tambien tienen que ver.

La alta sociedad, sin embargo, no ha abierto todavía

sus salones, que generalmente se inauguran otros años con los suntuosos bailes de Palacio en los dias de Sus Majestades, 4 y 10 de este mes.—El estado interesante de nuestra Reina, y el cuidado que reclama una salud y una esperanza tan grata para todos los españoles, han hecho suspender por este año aquellas magníficas solemnidades, que en semejantes dias eran la señal de la apertura de la nueva estacion.—Tambien en el pasado reinado se celebraba por los mismos dias y con la propia solemnidad el natalicio del Monarca (dia 14), y el dia 1.º del mes, el aniversario de su salida de Cádiz, con gran regocijo del cuerpo de Voluntarios realistas, que asistia en semejante dia á dar la guardia al palacio del Escorial, donde solia estar la córte á la sazon.

En aquella *ominosa década* y en uno de aquellos *llamados* años, hubo tambien (en 1826, si no estamos trascordados) un *jubileo* solemne de *año santo*, semejante al concedido cada 25 años por su Santidad, y que ha dado principio en el arzobispado de Toledo en 5 del actual por treinta dias consecutivos.—Pero entónces, como la ostentacion de religiosidad era lo que ahora la ostentacion de patriotismo—un medio de medrar—fué mucho más suntuosa la representacion de aquel santo jubileo, y apénas hubo persona alguna, desde el Monarca hasta el último mendigo, que no tomase parte en él.—Las congregaciones y cofradías religiosas (que eran entónces las únicas asociaciones posibles y pasaban de doscientas); los consejos y tribunales supremos é inferiores; las oficinas públicas; los colegios y enseñanzas; y todos los demas establecimientos, el clero, la guarnicion y el vecindario, asistieron en numerosas y lucidas procesiones á visitar las iglesias marcadas, á presenciar las funciones solemnes celebradas en ellas á sus expensas.—Todo esto era muy vistoso y socorrido para cereros y sacristanes; pero ahora,

en estos tiempos *no ominosos*, de atrasos de pagas y descuentos proporcionales, de contribuciones de cuota fija y de subsidio piramidal, hubiera sido arriesgado el ensayar en tan grande escala aquellas preces solemnes; y por eso han estado limitadas á la procesion del clero, ayuntamiento y cofradías, verificada el domingo 19 bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo; y á las parciales de algunas congregaciones religiosas, que han hecho privadamente despues la santa visita.

Ya que el giro de nuestro presente artículo nos ha conducido como por la mano á consideraciones religiosas, no podemos concluirle sin traer á la memoria la muerte de dos personas notables en diversos tiempos y por diversos conceptos, ocurrida en este mes que reseñamos.—La primera, acaecida el dia 8 en París, es la del decano de nuestra historia política contemporánea, *el Príncipe de la Paz D. Manuel de Godoy;*—la segunda, el dia 11, en Madrid, la del primer actor de nuestro teatro nacional, *don Cárlos Latorre.*—Elevado personaje el primero en la escena política, aunque jubilado y retirado de ella hacía ya cuarenta y tres años, apénas ha excitado su muerte la curiosidad de la generacion actual, que sólo le ha conocido en los libros; el segundo, justamente encumbrado á un alto puesto artístico, deja en nuestra escena un vacío por ahora irreparable y una triste sensacion en nuestra memoria.

¿Quién hubiera predicho al serenísimo Príncipe de la Paz, al Gran Almirante, Generalísimo y Ministro universal de España é Indias; al Duque de la Alcudia y de Evora-Monte, Señor del Soto de Roma y de la Albufera de Valencia; á aquel que podia llenar de sus títulos cien pergaminos y veia pendiente de su cuello la régia insignia del Toison de oro y todas las grandes condecoraciones de Europa;—al poderoso valido, ó más bien dueño de sus

reyes;—quién le hubiera dicho que desde sus palacios de Buenavista ó de doña María de Aragon, donde regía á su antojo los destinos de veinticinco millones de hombres en ambos mundos; donde guardias especiales custodiaban su persona ó abrian paso á su carroza régia; donde los primeros magnates del reino asistian todos los *miércoles* á su córte y se disputaban una mirada ó una sonrisa de su augusta faz; donde hasta los mismos monarcas venian á visitarle como pariente ó amigo; quién le hubiera dicho, repetimos, que á casi medio siglo de distancia habia de acabar su abandonada y triste vejez en una reducida habitacion de la *rue Michaudière, núm.* 20, *cuarto tercero*, y en un *miércoles* tambien, y servido únicamente de una cocinera y un ayuda de cámara?

Nosotros le hemos visto, á aquel coloso que vieron nuestro padres regir omnímodamente durante quince años los destinos de la monarquía y ostentar los tesoros del Nuevo Mundo, reducido á la triste pension de *seis mil francos* que le señaló Luis XVIII, viviendo pobremente en un piso cuarto, y tan resignado, al parecer, con su suerte y las asombrosas peripecias de su vida, que no era difícil hallarle sentado en una silla de los jardines del Palacio Real ó de las Tullerías, entretenido con los niños que jugaban, recogerles los aros ó las peonzas, prestarles su baston para cabalgar, ó sentarles sobre sus rodillas para recibir sus caricias infantiles.—Otros de sus comensales en dicho jardin solian ser los cómicos de provincia qué se reunen allí, como en Madrid en la plazuela de Santa Ana, los cuales solian tomarle por un actor jubilado ó un aficionado veterano; y le conocian únicamente por *Monsieur Manuel*, no figurándose jamas que sobre aquella hermosa cabeza habia descansado una corona efectiva de príncipe; que aquellos hombros, hoy encorvados, habian llevado suspendido un manto verdaderamente regio; que aquel

anillo que áun brillaba en su mano era el anillo nupcial que colocára en ella una nieta de Felipe V y de Luis XIV! —Viendo su sonrisa placentera, su benevolencia é interes, ¡cuántas veces llegaron á proponerle una plaza de *regiseur* ó una covachuela de *apunte* al mismo á quien habian obedecido ejércitos y armadas, que habia hecho la guerra á la gran República, y que habia celebrado tratados de potencia á potencia con el grande Emperador!

Ciertamente que la suerte singular de este hombre, tanto en su rápida y asombrosa elevacion, como en su profunda caida y dilatada agonía, es notabilísima en los anales de la Historia.—La nuestra especialmente, tan próvida en azares de esta especie, no presenta, sin embargo, uno idéntico en ambos casos.—Don Alvaro de Luna y don Rodrigo Calderon, muriendo en un cadalso en las plazas de Valladolid y de Madrid, concluyeron lógicamente su trágica historia;—Antonio Perez, sublevando el reino, é intrigando en los extranjeros contra su perseguidor, sólo se le parece en haber dejado sus huesos en la vecina capital francesa;—el Conde-Duque de Oliváres y el de Lerma, refugiados en sus Estados ó bajo la sagrada púrpura romana, apénas sobrevivieron á su desgracia;—el P. Nithard, D. Fernando Valenzuela, Alberoni, Riperdá, la Princesa de los Ursinos y el Marqués de Esquilache, todos murieron alejados, sí, del teatro de sus triunfos, pero no olvidados, ni anulados completamente en grandeza política.—Godoy solo ha arrastrado durante casi medio siglo una existencia incógnita y miserable, en presencia de los grandes acontecimientos europeos, y sin figurar en ninguno de ellos, ha sobrevivido á su propia historia; ha oido los juicios de la posteridad; ha asistido á sus propias exequias, y ha visto indiferente el olvido de tres generaciones.—Sólo su muerte á los 84 años de su edad, y 43 de su caida, volvió á hacer resonar su nombre por un mo-

mento y á revelar á la capital vecina su existencia en ella :—¡solos algunos españoles, testigos de aquella respetable ruina, acompañaron su cadáver á la bóveda de San Roque, donde fué depositado miéntras se traslada á su patria!—¡Sólo las presentes líneas ha merecido á la prensa española la memoria del *Príncipe de la Paz!*..... (1).

Algo más justa y deferente ha andado con la del grande actor que sucedió á *Isidoro Mayquez* en el coturno escénico, *D. Cárlos Latorre*, que falleció el dia 11.—Su cadáver fué conducido á la última mansion con un numeroso acompañamiento de poetas y actores, que en artículos necrológicos y en discursos y composiciones improvisadas sobre su tumba consignaron la simpatía popular hácia el eminente artista que tan dignamente supo interpretar las altas creaciones de Melpomene y de Talía.—No lo extrañamos.—La pérdida del grande actor es irreparable por ahora, miéntras que la del gran personaje político no ofrece vacío alguno.—Con efecto, desde la caida de Godoy, ¡cuántos y cuántos ídolos no hemos visto encumbrados por la fortuna, cuántos ministros y favoritos del poder!—Todos mal ó bien representaron su papel respectivo; todos, como Godoy, brillaron más ó ménos en el gran teatro político cortesano; pero muerto Latorre (que heredó de Mayquez el cetro y el puñal de Melpomene), ¿quién suplirá su ausencia en la escena patria?—¿Quién se encargará de interpretar dignamente las grandes creaciones de la musa trágica, *Edipo, Pelayo, Marino Falliero, Angelo, Otelo, Oscar, Alfonso el Casto, el Rey loco, y el Justiciero?*

(1) Estos párrafos, que dediqué en 1851 á la muerte de Godoy, los he reproducido en las *Memorias de un Setenton*, al reseñar el alzamiento de 19 de Marzo de 1808.

NOVIEMBRE.

MADRID SE ABRE.

«Dichoso mes, que entras con Todos Santos, medias »con San Eugenio y acabas con San Andres.»—Así decian nuestros abuelos en aquellos tiempos felices en que no se conocia otro calendario que el religioso, y en que las festividades de la Iglesia eran los únicos puntos que marcaban las diversas épocas del año en tal era de apacible tranquilidad y beatitud.—Ahora, bendito Dios, es otra cosa.—La vida pública y los derechos imprescriptibles, que hemos adivinado y ganado á fuerza de pulmones y de tinta, nos marcan en cada mes, en cada semana, en cada dia, nuevas ocasiones en que lucirnos, nuevas solemnidades en que regocijarnos, fuera de aquellas en que, como todo fiel cristiano, estamos obligados á tener devocion.

El mes que termina, por ejemplo, ha sido una buena prueba de estas conquistas de nuestra moderna cultura, y nos ha presentado á manos llenas ocasiones brillantes en que hacer suntuoso alarde de aquellos soberanos derechos civiles, amén de los religiosos deberes á que la santa Iglesia nos invita, en más de una solemne ceremonia.

Abriéronse en 1.° del mes las urnas electorales para recibir los votos simpáticos de los electores hácia aquellos

de sus convecinos que juzgaban dignos de representar á la heroica villa en las procesiones y fiestas públicas, en la plaza de toros y en la casa consistorial;—y no hay que decir el placer inefable, el entusiasmo y orgullo con que todos acudiriamos á ejercer el acto sublime de depositar en *la urna de la opinion* aquella papeletita que nos circularon las comisiones del barrio con los nombres de los ciudadanos que la dicha *opinion* designaba de oficio, y que obtenian las mayores simpatías hasta de los electores que jamas los habian oido nombrar.—Primera *apertura* del mes; primer *derecho* cumplido.

Aquel mismo dia, víspera del otro en que la santa madre Iglesia hace la conmemoracion de los fieles difuntos, abrieron tambien sus fúnebres salones para recibir las visitas de deudos y amigos; y los sagrados templos para escuchar las plegarias por su eterno descanso.—Unos y otros estuvieron concurridísimos, y en unos y otros brillaron por su modestia la fe y la devocion de una parte del pueblo, sobre el fingido aparato y las demostraciones de la vanidad arregladas al último figurin.—Aquéllos, animados de una verdadera ternura, de una sincera piedad, regaron con sus lágrimas la modesta huesa donde yacen en comun las prendas de su cariño;—éstos, movidos más bien por el orgullo mundanal, adornaron con festones y coronas las marmóreas tumbas de sus parientes, hicieron quemar delante de ellas fúnebres antorchas, y enviaron á sus lacayos y dependientes á llorar de ceremonia y vestidos de gran gala.—Todos, sin embargo, y cada cual á su manera, usamos de este derecho, del derecho de contemplar nuestra última mansion, y visitamos con preferencia aquellos de estos *establecimientos*, que por su mayor lujo ó por su moderna construccion están más *en moda;* que hasta en ellos la fútil deidad ha llegado á extender su poderío.

Tras de esta segunda *apertura* del mes, vino á los dos dias siguientes la de la representacion nacional, exornada con el aparato correspondiente, y ha seguido desde entónces ofreciendo sus funciones diarias y á grande orquesta, con entradas llenas, y salidas..... vacías hasta ahora de cosa de provecho, á no ser la de haber permitido á nuestros padres ejercer el derecho imprescriptible de cansar sus pulmones y mostrar que estaban *en voz.*

La *apertura* del teatro frances, verificada en los mismos dias, llamó al antiguo coliseo de la Cruz á toda la concurrencia *comm'il faut*, y merced á cuatro pesetas por la luneta—(léase *stalle*),—y otras tres por un par de guantes pajizos, todos pudimos hacernos la ilusion de creernos transportados por algunas horas á la *rue Richelieu* ó al *boulevard des Italiens;* ilusion por cierto de que volviamos rápidamente al hallarnos á la salida del teatro en el antiguo callejon del Gato ó en el estrecho albañal de Majaderitos.—Pero de esta apertura, y de las demas funciones públicas no queremos ocuparnos, por haberlo ya hecho en su tiempo todos los periódicos de Madrid, incluso el nuestro, y no ser tampoco ésta la especialidad del artículo actual.

Tambien la sociedad literaria tuvo su *apertura* por aquellas calendas en la solemne inauguracion de las cátedras del Ateneo, que tienen el privilegio de atraer á sus salones, desde la instalacion del mismo en 1835, la parte más escogida de la sociedad política y literaria de la córte; y á la verdad que este año debió quedar altamente satisfecha con el admirable discurso inaugural pronunciado por el Sr. D. José Joaquin de Mora, uno de los pocos restos venerables que ya quedan de los tiempos en que el saber no se improvisaba, sino que era fruto de profundos estudios, vigilias y tareas.

Por último, hasta la plebe infeliz, hasta el pueblo sen-

sual y descuidado ha tenido ó celebrado en este bendito mes sus aperturas, y ejecutado sus *derechos* más *caros*.—Se ha abierto á los intrépidos aficionados (excepto los ancianos y muchachos) el circo nacional, con valientes novillos embolados, que les han proporcionado la ocasion de describir parábolas en los aires ó buscar en la tierra su centro de gravedad;—se han abierto á sus piés salones de picadero, donde pueden trotar y hacer cabriolas á su sabor;—se han abierto á sus bocas los montes del Pardo, brindándoles el sabroso y primitivo manjar del Siglo de Oro;—y por último, en el mismo dia en que se abrian todas estas cosas, se abria tambien, por disposicion de la autoridad, la *San Barthélemy* del sustancioso mamífero proscrito en la ley de Moises, ó en términos prosaicos, la matanza *oficial* del ganado de cerda, que proporciona á todo cristiano viejo sus suculentos lomos, sus sabrosas salchichas, embuchados y morcillas;—todo esto amén de que, por costumbre inmemorial y autorizada, era tambien el mismo dia el dia clásico de los buñuelos, hojaldres y panecillos.—¡Qué de aperturas en un mes! ¡Qué de derechos imprescriptibles que disfrutar!

Esto en cuanto á los religiosos, políticos y civiles, movibles y manducables; que no acabariamos si quisiéramos hablar de otros derechos que tambien hemos tenido ocasion en el presente mes de hacer efectivos, v. gr., los municipales, territoriales, industriales y de consumo,—que todos son derechos, si no imprescriptibles, por lo ménos adelantados y obligatorios, que para el caso es lo mismo.

El único de los derechos que nos ha sido negado ó suspendido por la Providencia divina en el presente mes ha sido el de pasear nuestras personas al sol, y regalarnos con el templado ambiente de la primera quincena de Noviembre, que en todos los pueblos de la Europa meridio-

nal, y en Madrid especialmente, es conocida por el título de *el veranillo de San Martin.*—Este año, bendito Dios, merced á algun arreglo ministerial de allá arriba, se ha inhibido de este negociado al santo obispo de Tours, para pasarle quizá al apóstol que cierra la mesada, que sin duda ha sido elevado con esta ocasion á ministro de Fomento, cambiando tambien la denominacion del ramo con el título de *veranillo de San Andres.*—Lo mismo da seguramente para los que sobrevivimos al arreglo; en cuanto á los que fallecieron, ó quedaron cesantes por él, merced á los desapacibles nortes y nordestes del dicho período, pueden descansar en la seguridad de que se tendrán presentes sus servicios y circunstancias para mejor ocasion.

«*De-funciones* (contestaba el alcalde de un pueblo de estas cercanías al interrogatorio del jefe político sobre el movimiento de aquella poblacion) *no ha habido otra que la de San Sebastian.*»—En el presente mes, de funciones no ha habido notables más que la de San Eugenio, que se celebra en este arzobispado atracándose de bellotas en el monte del Pardo;—la de los dias de S. M. la Reina, que la augusta madre solemnizó con un magnífico baile, y la del domingo 23, en que se verificó por el clero y autoridades la solemne rogativa de costumbre por haber entrado S. M. en el último mes de su preñez.

Pero en cuanto á *defunciones* (que era lo que queria preguntar el culto jefe político al lego alcalde de San Sebastian), el mes de Noviembre quedará señalado con piedra negra en los fastos de 1851.—El suave vientecillo nordeste, humedecido con las moléculas níveas del Somosierra, y apellidado *aire de Madrid, que mata á un gigante y no apaga un candil,* reforzado de vez en cuando por los violentos aquilones que desnudan nuestros árboles de sus amarillentas hojas y cubren de escarcha nuestras áridas campiñas, se han llevado de calle multitud de ha-

bitantes de la heroica villa, merced á sus rápidos procedimientos de pulmonías y congestiones fulminantes.—Entre estas desgraciadas ocurrencias ha habido que lamentar la pérdida de várias de las eminencias sociales; de las cuales las más visibles por su posicion fueron : el Excelentísimo Patriarca de las Indias, Sr. Posada; el Sr. Gamazo, último abad de San Martin; el Sr. Miñano, comisario general de los Santos Lugares; la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa y la Excma. Sra. Marquesa de Santa Cruz ; lamentables pérdidas todas ellas respectivamente para la Iglesia, para el Estado, y para la más alta sociedad de la córte.

Ciertamente que la muerte en estos últimos tiempos parece haberse ensañado contra las más elevadas jerarquías.—Todavía no hace más que diez y ocho años que falleció el último rey, y ya toda la grandeza de su córte ha visto renovado su personal, quedando sólo diez ó doce vivos de los titulares de las primeras casas en vida de Fernando VII.—Estos pocos, que todavía le sobreviven, son los venerables duques de Bailén y de Castro-Terreño, el de Híjar, el de Villahermosa y el de Veragua; los marqueses de Malpica, Alcañices, Valmediano y Miraflores, y los condes de Santa Coloma, Cervellon y Pinohermoso (1).—Pero en cambio han bajado al sepulcro, en este corto período de diez y ocho años (y muchos en lo mejor de su edad), los duques de San Fernando, de Osuna, del Infantado, de Alagon, de Abrántes, de Rivas, de Frias, de Medinaceli, de Alba, de Benavente, de Noblejas, de la Roca, de Montellano, de Granada, de Gor y de Zaragoza; — los príncipes de Anglona y de la Paz; —los marqueses de Santa Cruz, de Santiago, de Bélgida, de Camarasa, de Ariza, de Povar, de Cerralvo, de

(1) Sólo existe hoy el último, Conde de Pinohermoso.

Valverde, de Pontéjos, de Castelar, de Campo-Sagrado, de San Martin, de Monasterio y de Albaida;—y los condes de Altamira, de Oñate, de Chinchon, de Puñonrostro, de San Roman, de Miranda, de Fuentes, de Bornos, de Montijo, de Campo Alanje, de Toreno, de Corres, de Mora, de Parsent, de Torrejon y de Ofalia. —Esto sólo de los Grandes de primera clase; que si tendemos la vista por los altos personajes religiosos, políticos y militares de aquella época tan cercana, hallarémos haber desaparecido ya de entre los vivientes todos ó casi todos los arzobispos y obispos que asistieron en 1833 á la jura de la Princesa de Astúrias;—los Ministros de los diez años, Calomarde, Zambrano, Alcudia, Salazar y Pinofiel;—los célebres generales Amarillas, Eguía, España, Cartagena, Venadito, Saarfiel, Quesada, Casasarria, Valdés, Llauder, O'Donell, Canterac, Mina, Vives, Eroles, Alós, etc.;—el presidente de Castilla, Puig de Samper; el comisario de Cruzada, Varela, y otros infinitos personajes que figuraron en primera línea en la historia contemporánea, aunque de éstos no hay que extrañar su muerte, por haber sólo llegado á tan altos puestos en una edad avanzada.

Otra generacion, otros principios, otras ideas les han sucedido; y si ahora levantáran de nuevo la cabeza, creeríanse extraños en una sociedad tan diversa, aunque cercana, y apénas en el mismo Senado (panteon de las celebridades políticas) hallarian con quién departir sobre los sucesos y los hombres de su época..... *Sic transit gloria mundi!*

DICIEMBRE.

EL TURRON.

De mes de las aperturas calificábamos en nuestra Revista anterior al pasado Noviembre, en atencion á las muchas é importantes que en él tuvieron lugar: por la razon contraria pudiéramos muy bien apellidar al que acaba de trascurrir mes clásico de las cerraduras y finiquitos.

Con efecto, y en prueba de nuestra asercion, bastará recordar que en él se ha cerrado la Representacion nacional, concluyendo con un tercer acto, ó más bien ligero epílogo, su trabajoso drama de 1851.—Cerráronse ademas las velaciones matrimoniales con la primer semana de Adviento, dando lugar á los novios á saborear *la luna de miel* sin la misteriosa y emblemática imposicion de la coyunda matrimonial.—Cerráronse despues los tribunales, las cátedras y estudios públicos y privados, los talleres, la Bolsa, y hasta las puertas de la eternidad para una buena parte del vecindario, que á impulsos del rigoroso cierzo se dejó conducir á pasar las Pascuas al otro barrio: —verificados todos los cuales cierres, el viejo despiadado de las alas y la segur sacó las llaves del año de gracia 1851, y encargó á San Silvestre que le cerrase á las doce en punto de la noche; con lo cual, al abrir de nuevo

nuestros cerrados ojos, nos encontramos de súbito en pleno 1852.

Pero en cambio de tantas cerraduras, que hacen aparecer al mes de Diciembre cargado de pestillos y candados, todavía se han abierto en él á las fundadas esperanzas de la patria los gratos horizontes de un risueño porvenir. Y dicho se está que semejante apertura es para consolar con creces de los cerramientos de cabo de año.

El natalicio de la augusta Princesa heredera del trono español ha sido, pues, el verdadero acontecimiento que realza para el país el mes de Diciembre de 1851: y combinada su halagüeña sensacion con el regocijo y festiva solemnidad con que la Iglesia celebra en estos dias la conmemoracion de otra Natividad más alta, ha acabado por borrar en todos los ánimos la siniestra memoria de anteriores desmanes, é imprimir á la última década del mes esa fisonomía propia, cordial, alegre y bulliciosa que la distinguen en todos los pueblos de la cristiandad.

Ademas del carácter religioso, sublime y de evangélica alegría que lleva consigo el recuerdo de tan augusto misterio, reune, como es sabido, para nosotros, otras circunstancias profanas, que contribuyen poderosamente á hacer de la Pascua de Navidad una verdadera fiesta popular.—En ella recordamos y celebramos, no solamente la terminacion del año, sino tambien la entrada del nuevo; los *strenuæ* que los antiguos romanos consagraban á Strinuo, diosa de la fuerza, con ramos simbólicos y mutuos obsequios el primer dia del año, y los *étrennes* con que los pueblos modernos festejan igual dia, se han resumido entre nosotros en el no ménos antiguo *aguinaldo* ó *aguilando*, que, segun el filólogo Covarrubias, trae su orígen de la voz griega *guininaldo* (que vale tanto como regalar el dia del natalicio), ó cuando ménos, de la arábiga *guineldum*, que expresa simplemente el acto

de regalar;—pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambas costumbres, los *estrenos* y el *aguinaldo*, son entre nosotros una misma cosa, y para probarlo (si ya en el hecho no estuviese probado) bastaria recordar el dicho de un célebre autor, que hace ya dos siglos escribia: «*y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella córte.*»

De todos modos, y sea cualquiera su orígen, terrible cosa es la tal costumbre para aquel desdichado que está sometido á la dura é inexorable del *paganismo.*—Y ¿quién no es *pagano* en esta tierra clásica de la cristiandad?—La publicacion oficial hecha en estos mismos dias por la *Gaceta* del presupuesto de mil y doscientos millones y pico (1) nos sirve de *memento* para consolarnos con la idea de que la mayoría de los españoles nos acompaña en esta triste calamidad.—Ademas, y para complemento de aquélla, sufrimos en estos dias otros impuestos ó contribuciones indirectas (aunque tampoco votadas en Córtes), cuales son los que á pretexto de Pascuas de Navidad hay que dedicar al médico, al abogado, al notario, al agente, á los dependientes y criados, al barbero, al sereno del barrio, al cartero, al repartidor de los diarios, á la lavandera, y á todo bicho viviente de la sustancia ajena.

Esto es lo que en el lenguaje alegórico se denomina *aguinaldo*, ya sea ó se presente bajo forma de pavos ó capones, ya bajo la de vajillas de plata ó barriles de malvasía; ora se disfrace en el elegante vestido de terciopelo ó de *chiné*, ora tome la simbólica figura de billete de palco del teatro Real; ya, en fin, se trasforme en prolongados cartuchos de centenes isabelinos, ora se convierta en peseta reformada, ó tosca moneda de diez céntimos de fábrica segoviana.—Pero hay sobre todo una materia

(1) Hoy casi triplicado.

que por la casi generalidad de su aplicacion para este caso representa emblemática y perfectamente este agasajo general; esta materia (ya lo habrán conocido nuestros lectores) es el *turron;* comprendiendo bajo este título las dulces elaboraciones de Toledo y Zaragoza, de Jijona y Alicante, de Valencia, Vitoria, Barcelona y Madrid.—En ella, pues, vienen á convertirse gran parte de los mutuos obsequios de la época; para ella disfrutan, como es justo, los funcionarios públicos un reparto oficial, una paga las viudas y cesantes, una gratificacion los servidores subalternos, para que todos acudan á sacrificarla en aras de la deidad.

Este ídolo dominante del mes tiene tambien su significacion en todo el año, y en el lenguaje moderno sirve de emblema á las gracias y favores cortesanos, á los empleos y honores, á la participacion, en fin, del presupuesto nacional.—Y si, como ha sucedido en el mes que nos toca historiar, un acontecimiento plausible viene á reforzar la devocion al *turronismo,* viene á despertar las esperanzas de los adeptos (*quorum infinitus est numerus*); viene, en fin, á destapar el cuerno de Amaltea en las mil abiertas bocas que reclaman sueldos y emolumentos, bandas y cruces, fajas y capisayos, puede inferirse la algarabía y el bisbiseo que se habrá armado en el tal mes, esperando diariamente que hable la *Gaceta* para saber á punto fijo quién ha merecido aquellos dones en gracia del Real alumbramiento, quién ha logrado ingresar ó ascender en el sacerdocio del dios *Turron.*—Entre tanto, los que nada esperamos de la fiesta andamos muy entretenidos calculando cuánto nos habrá de costar la música; *duda* de que en verdad saldrémos muy luégo con la publicacion de la *Guía de forasteros* (los forasteros somos los no comprendidos en ella).

Pero dejando á un lado esta materia, que forma la ín-

dole especial y dulcísima del mes, y continuando nuestra plácida revista matritense, quisiéramos encontrar otros materiales ú objetos con que hacerla interesante; mas por mucho que fatigamos nuestra memoria, no hallamos cosa que de contar sea, suponiendo que no entran en nuestra jurisdiccion ni los teatros ni diversiones públicas, que han desplegado en la última quincena todos sus recursos para cobrar el aguinaldo de la poblacion entera; ni las reuniones y sociedades privadas que en tal época son de cajon; ni las intrigas y peripecias caseras á que ellas dan lugar; ni las bodas en proyecto; ni los corazones en infusion; ni las pragmáticas de las modas invernales de 1852, ni los comentarios políticos de 1851.—Tampoco queremos por hoy ocuparnos en las vicisitudes de la atmósfera, que, como es uso y costumbre en tales dias, se ha mecido agradablemente entre los 1 y 5 por bajo de Reaumur, amenizado el todo con las ventiscas de Somosierra, y blanqueando nuestra heroica villa con las nieves del Guadarrama, con gran contentamiento de los cocheros de plaza, de los aficionados al besugo, de los músicos festeros, de los médicos, sacristanes y enterradores.

Pero como, en fin, nuestro deseo consiste en hallar algo de que hablar, y ya está visto que no nos lo brinda el mes, habrémos de retrotraer nuestra crónica matritense del último del año á todos los anteriores, para ver si topamos por acaso materia digna de alabanza en punto á mejora material de nuestra villa.—Por desgracia, la Administracion se ha dado tanta prisa á no hacer nada en todo el año, que áun ampliada á todo él tendrá que ser negativa nuestra reseña; quiere decir, que en lugar de consignar lo que se ha hecho, tendrémos que limitarnos á indicar simplemente lo que se ha dejado de hacer.

Cabalmente al final de los años anteriores, y cuando la poblacion de Madrid estaba acostumbrada á ver empren-

didas ó realizadas muchas obras y reformas importantes, tuvimos el placer de reseñarlas, dando á sus promovedores el justo tributo de alabanza; no podemos, pues, prescindir del triste deber de consignar nuestro disgusto por no hallar medios de rendir en este año igual testimonio de nuestra imparcialidad y gratitud.

Todo Madrid recuerda que en dichos años, y especialmente (seamos justos) en los del 1848 al 50, se verificó en la policía urbana y en el aspecto material de esta villa una completa y favorable trasformacion. — A los señores Conde de Vistahermosa y Marqués de Santa Cruz, que se hallaron en aquellos años al frente de la Administracion local y del Ayuntamiento, cabe la mayor parte de la gloria de aquellas utilísimas reformas, y los mismos murmuradores de ellas, que hoy disfrutan sus beneficios, no pueden ménos de hacer justicia á aquella Administracion.

Durante aquella época se llevó á cabo la difícil reforma del sistema de limpiezas; se planteó en el mismo estado que le vemos el alumbrado del gas; se adoptó y planteó el empedrado de adoquines, trasformando de un modo inmejorable las calles principales de la villa; se abrieron nuevos paseos y caminos, y se aumentó en ellos y en las plazas y calles anchas el arbolado; se rotularon los faroles primero y último de cada calle para servir de guía á los forasteros durante la noche; se fijaron en las esquinas cubetas urinarias; se colocó en la Puerta del Sol un nuevo reloj, y delante del Buen Suceso la placeta de asfalto y una gran farola de gas; se emprendieron rompimientos de nuevas calles en el Barquillo, que han dado lugar á la construccion de muchos y hermosos edificios en aquel distrito; se llevó á cabo la completa trasformacion del pavimento de la Plaza Mayor, y se colocó en el centro la estatua de Felipe III. Igualmente se hizo la costosa y útil obra de la Cuesta de la Vega, la del Dos de Mayo,

la de la Plaza de Bilbao, la valla del Prado, y otras parciales en los edificios de la Villa, Panadería, Almacenes, Pósito y Casas Consistoriales; se reconstruyó, puede decirse, de nuevo, el edificio del Saladero con destino á cárcel de Villa, se abrieron y levantaron várias fuentes públicas, y por una combinacion feliz, coincidieron con todas estas obras de la villa otras áun más importantes del Gobierno, como fueron en el año último la del teatro Real (que dió motivo á la formacion simultánea de una magnífica barriada contigua), la del Palacio del Congreso, la del teatro Español, la de la nueva Bolsa y la del ferro-carril de Aranjuez. El Real Patrimonio contribuyó por su parte espléndidamente á esta serie de mejoras, continuando con celo las reales obras de Palacio, jardines y Plaza de Oriente; y los particulares rivalizaron igualmente con la Administracion, construyendo en aquellos tres años más de cuatrocientas casas elegantes, y áun magníficas algunas.

Al mismo tiempo que todas estas reformas materiales, se llevaban á cabo otras administrativas. Se formaban, discutian y publicaban las Ordenanzas de policía urbana, el Reglamento interior del Ayuntamiento, y los de las cárceles, matadero y teatros; se terminaba el gran Plano de Madrid, levantado á costa del Ayuntamiento, por una comision de ingenieros; se hizo una excelente estadística de la villa; se planteó un servicio de coches de plaza, que tanta falta hacía; se adoptaba el de carros cubiertos para la conduccion de carnes; se estableció la Guardia Municipal de caballería, y se formaban, discutian y aprobaban otros cien proyectos de pública utilidad y sucesiva aplicacion.

Ahora bien; ¿qué se ha hecho de aquel entusiasmo de la municipalidad matritense, ó por lo ménos, qué resultados positivos ha ofrecido á nuestra alabanza en todo el

año de 1851?—Por más que quisiéramos consignarlos aquí, no recordamos ninguno, si no es que ya tuviéramos por tales el por lo ménos dudoso beneficio de la reforma de los serenos ó vigilantes nocturnos, y unos cuantos faroles de gas con que nos ha obsequiado esta Noche-Buena.—Por lo demas, ni se ha llevado á cabo, como estaba convenida y escriturada, la adopcion general de este alumbrado á todas las calles de la poblacion; ni se ha continuado el empedrado de adoquines; ni se ha mejorado el ramo de limpiezas, ni el arbolado, ni los caminos; ni se han aumentado las aguas; ni se han terminado las obras de la Cuesta de la Vega y de la Plaza; ni se han emprendido las proyectadas en la puerta de Atocha, en las de Segovia, Santa Bárbara y Fuencarral; ni se han construido nuevas fuentes; ni se han subastado los mercados cubiertos de la plazuela de la Cebada y los Mostenses; ni se han abierto nuevas alcantarillas; ni se ha hecho el proyectado Matadero.—Tampoco se ha llevado á cabo la formacion de las Ordenanzas de construccion, ni mejorado las de policía urbana, ni creado la Compañía de bomberos y arreglado el servicio de los incendios, ni otras infinitas necesidades, todas reconocidas, todas previstas, discutidas, y propuestos ya los medios de su posible reparacion. — Para todas ellas ha trascurrido inútilmente el año de 1851, y eso que algunas, como la de incendios y la de aguas, han hecho sentir en este año su apremiante exigencia, que no se satisface con proyectos remotos, ni con nuevas comisiones, ni con añadir hojas inútiles á expedientes ya de robustas formas y de clásica y venerable antigüedad. — ¡Quiera el cielo que en la Revista de Diciembre de 1852 (si nos toca hacerla) tengamos que ser ménos severos y entregarnos á nuestra inclinacion natural de disponer elogios y parabienes siempre que hallamos motivos de combinarlos con la justa imparcialidad!

ENERO.

EL AÑO NUEVO.

En todos los pueblos, desde la más remota antigüedad, ha sido y es celebrado el primer dia del año con expresivas demostraciones, símbolo de la fraternidad que debe unir á la especie humana; y á decir verdad, que ningun dia parece más propio para esta clase de recuerdos de reconciliacion y de ternura que aquel en que el giro del planeta que habitamos marca una nueva época en el período de los siglos y en la edad breve de la vida humana.

No hablarémos aquí, por miedo de que se nos achaquen deseos de ostentar una pedantesca ó trivial erudicion, ni de los pueblos orientales del Celeste Imperio, de las Indias, de la Asiria, Persia, Arabia y Egipto, en todos los cuales se celebraba con grande aparato esta solemnidad; ni de los griegos y romanos, que tenian deidades y sacrificios consagrados á ella; ni de los antiguos gaulas, que se hacian en semejante dia simbólicos regalos de ramas de encina al són del cántico *Au gui l'an neuf* (cuyas expresiones pueden ser acaso el verdadero orígen de la voz *aguilando* ó *aguinaldo*); ni, en fin, de nuestros propios antepasados, de quienes hay motivos para creer que imitaron ó siguieron aquella costumbre.

Baste á nuestro propósito consignar que áun en los pueblos modernos existe, y que, no sabemos por qué causa, sólo ha caido en desuso en el nuestro. En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia, en toda la Europa, en fin, ya con festividades religiosas, ya con públicos regocijos, cordiales y mutuas felicitaciones, el dia de *Año Nuevo* es el más celebrado y expresivo; la Iglesia le dedica sus más solemnes pompas; los monarcas y sus córtes, sus recepciones y fiestas oficiales; los pueblos, sus regocijos privados, sus festines de familia, sus mutuos agasajos y parabienes.

Sólo entre nosotros pasa como desapercibido entre las fiestas pascuales el dia que abre la nueva era; y á no ser por celebrar en él la Iglesia el misterio de la Circuncision de N. S. J., y conmemorarse con este motivo el sagrado nombre de *Enmanuel*, tan comun entre los españoles, pudiera decirse que en nada se diferenciaria de los demas dias del año, nada que le distinguiese y diese relieve en el curso de nuestra vida social.

Otra costumbre antigua, tambien muy autorizada en el extranjero, especialmente entre nuestros vecinos los franceses, es la ceremonia, igualmente halagüeña y filosófica, que celebran en los banquetes privados el dia de la Epifanía con el nombre de *La torta de los Reyes.*—Reúnense, pues, en tal dia las familias y sus amigos en alegre festin, á cuyo final es de rigor el que haya de servirse un gran pastel ó empanada, dentro del cual se encierra un grano de haba; dividido el tal pastel en tantas partes iguales como son los convidados, y despues de cubrirle con una servilleta y darle muchas vueltas para evitar preferencias ó trampas, se reparte á cada cual uno de los trozos al són de una cancion alusiva á la fiesta, que todos entonan; y aquel en cuyo trozo se encuentra el haba, es declarado con grandes ceremonias *rey de la fiesta*, tiene que elegir entre los concurrentes sus consejeros y minis-

tros, ordenar los compadrazgos, las reconciliaciones, los agasajos mutuos, y al domingo siguiente convidar á toda la sociedad á otro banquete para dar fin y abdicar en sus manos aquel reinado feliz.

Déjase desde luégo conocer el objeto tierno y moral de esta sencilla fiesta, de esta graciosa y patética costumbre, que mereció las siguientes líneas de Chateaubriand en su obra inmortal *El Genio del Cristianismo:*

«Los corazones sensibles (dice aquel sublime escritor) no recuerdan sin enternecimiento aquellas horas de inocente entusiasmo en que las familias se reunian en torno del pastel que traia á la memoria los presentes de los Reyes Magos al Hijo de Dios. El abuelo, retirado durante todo el año en el interior de su cuarto, aparecia este dia como el astro del doméstico hogar; sus nietecillos, que desde muchos dias ántes no hablaban ni soñaban más que de la haba misteriosa, saltaban á las rodillas del viejo y reanimaban con sus caricias la expresion de su fisonomía secular. Todas las frentes radiaban de alegría, todos los corazones rebosaban de cordialidad; la sala del festin estaba decorada é iluminada; los circunstantes vestian aquel dia su traje más vistoso, y entre el choque de las copas y el humear de los manjares se proclamaba, al són de alegres cánticos, al rey de la fiesta, se levantaba un cetro pacífico, que sólo para hacer felices habia sido inventado. A veces una superchería mal disimulada, una trampa inocente, designaba por reyes con grande algazara á la jóven hija de la casa y al hijo del vecino recientemente arribado del ejército ó de la universidad; estos dichosos monarcas, ruborizados de su *casual* advenimiento al trono, no sabian qué hacer de su elevada dignidad; las madres y los parientes brindaban á su salud; el cura del lugar, presente por lo regular á la fiesta, consagraba su union, y concluida la comida, rompian un baile instintivo, cordial é in-

terminable, en que el abuelo, los nietos, las madres, los hermanos y los domésticos tomaban parte al són de un violin destemplado ó de un instrumento pastoril. »

Algo de esta fiesta íntima se conserva todavía entre nosotros las vísperas de Año Nuevo y de los Reyes en la graciosa lotería ó juego de suerte para sacar *compadres* ó *estrechos*, que se celebra en muchas familias áun no reñidas con los antiguos usos; pero las estrambóticas coplas que, con el nombre de *Motes nuevos para damas y galanes*, sirven, hace acaso un siglo, para acompañar á aquel juego, para poetizar aquella prosaica extraccion, han muerto por el ridículo una costumbre que sin duda alguna tuvo en sus tiempos un orígen noble y ofreció en ellos un espectáculo halagüeño.—Y que es ya antigua nos lo dicen varios de nuestros autores, y áun algunos de ellos, como Hurtado de Mendoza, Solís y otros, no desdeñaron incluir en sus obras poéticas algunos de aquellos viejos epigramas, por supuesto muy diferentes de la sándia entonacion de los *Motes nuevos*.

Tambien en la noche víspera de los Reyes se verifica en muchas de nuestras poblaciones, y en Madrid especialmente, otra extravagante y mal tolerada farsa, que consiste en el engaño más ó ménos efectivo ó simulado de los pobres asturianos ó gallegos recien venidos, cuya supuesta ignorancia les hace servir de juguete á los pilluelos de la córte, bajo el pretexto de llevarlos *á esperar á los Reyes Magos*, que han de venir aquella noche repartiendo dones á todo el que encuentren.—Y si no fuera por lo repugnante que es siempre el ver convertido en objeto de ludibrio á un sér más ó ménos racional, seguramente que el espectáculo de tantos cándidos mozallones ridículamente ataviados con esteras y coronas, con enormes escaleras al hombro y sendos hachones en las manos, seguidos de la turba vocinglera de los embromadores, y dando aulli-

dos, saltos y cabriolas, no dejaria de ser chistoso; pero lo peor es que esta soez é irracional costumbre suele concluir con los descalabros y quimeras que todas las diversiones de la plebe; así que no tiene ningun motivo de alabanza, ni áun de disculpa, ni por su orígen, ni por su objeto, ni por sus resultados, y haria bien el Gobierno en no tolerarla más.

Otra barbaridad semejante (aunque más disfrazada con un santo objeto) se verifica tambien en este mes de Enero, con motivo de la fiesta de San Antonio Abad, que celebra la Iglesia á 17 del mismo, y es la romería ó paseo de *las vueltas* cerca de la iglesia de aquel santo anacoreta.—Consiste esta costumbre en sacar muy enjaezadas las caballerías á pretexto de conducirlas á probar la cebada bendita, suministrada por los padres escolapios de San Anton; y como ellas no van solas, sino montadas por sendos jinetes, y éstos, en vez de cebada, usan, por la misericordia divina, de otros alimentos más espirituosos, de aquí la necesidad de que la tal carrera de las vueltas se halle cubierta de tiendas y puestos improvisados con todo género de mendrugos y guijarros de colores, bautizados con el nombre de *Panecillos del Santo;* toda clase de líquidos más ó ménos inocentes, decorados con los epítetos de vino manchego, rosolis y anisetas; así como tambien que los pedestres bípedos de todos los sexos posibles que encierran en su seno los fecundos barrios de Lavapiés, el Rastro y Maravillas, se trasladen en tal dia á la angosta y prolongada calle de Hortaleza, para servir de primer término á aquel estrambótico cuadro, de objeto á aquella algazara, de blanco de aquellos tiros, coces y saludos; de coro, en fin, digno de aquella rueda infernal.—Por fortuna las luces del siglo han eliminado de ella el paseo de los cerdos, que (sea dicho con perdon) constituian en el pasado cierto privilegio de los Padres de San Anton, y que no

sólo este dia, sino todos los del año, inundaban, ensuciaban y ensordecian las calles de la villa; de ellos sólo hemos alcanzado á ver en nuestros tiempos el individuo ó ejemplar que se rifa en la Puerta del Sol á beneficio de la Inclusa, y conocido aún con el nombre de *El cochino de San Anton.*

Hé aquí, pues, todas las *novedades* que nos ha ofrecido Madrid en el mes de Enero del año de gracia 1852; porque, por viejas que sean, áun no lo son tanto como las pulmonías y congestiones que en estas vecindades del Guadarrama hacen su asiento en el dichoso mes; ni como los intentos de motines de que tambien tuvimos en él algunas muestras; ni como las intrigas cortesanas y las ambiciones políticas que han dominado constantemente como afecciones endémicas del país; ni como los robos domésticos, los ejercicios de navaja, los desafíos de fonda, los tapetes verdes, los incendios, los atropellos, los petardos, y las multas y exacciones de que estamos en posesion, en éste y los demas meses del año los heroicos habitantes de la villa muy leal.—*Nihil novum sub sole;* nada, pues, ha habido de nuevo en Madrid; nada sino el *año*, y el uso del papel sellado hasta para los abanicos de caña ó los libritos de fumar.

FEBRERO.

DRAMA HORRIBLE.—DIVERTIDO SAINETE.

Un drama..... un terrible é imponente drama ocupa el mes que termina, y le hará memorable, no sólo en los fastos madrileños, sino en la historia de la nacion española.

Y puesto que ni la índole de nuestro periódico, ni nuestro propio carácter, nos inclinan á tratar de los sucesos políticos contemporáneos, careceriamos no sólo del título de españoles, sino hasta del dictado de hombres, si habiendo de reseñar nuestra modesta crónica mensual de Febrero, prescindiéramos de un suceso de tal magnitud, de tan gigantescas proporciones, que le ocupa todo, y que formará del año 1852 época tan señalada en la historia nacional.

El cuadro primero de este drama colosal, representado el 2 de Febrero, pudiera llevar por epígrafe ó título: «La Reina y la Madre.» Una jóven hermosa, una madre tierna, una reina augusta, amable y adorada de sus pueblos, aparece en el primer término del cuadro, rodeada de todo el esplendor del trono, adornada con la corona y las joyas de dos mundos, radiante de belleza, de alegría y de ternura; acompañada de su esposo, de su madre y sus hermanos; seguida de toda su córte; aclamada por todo

un pueblo, y llevando en sus brazos maternales el primer fruto logrado de su tálamo real, que va á presentar en el templo del Altísimo á la heredera de cien reyes; que va á rendir gracias al Sér Supremo por el beneficio que la ha dispensado al concedérsela.—Los cánticos sagrados de la Iglesia se mezclan y confunden á su vista con el armónico sonido de la marcha Real española, con el estruendo de la artillería, con las fervientes aclamaciones del pueblo fiel y entusiasmado.—Cubren el suelo que han de pisar sus plantas ricas alfombras y flores aromáticas; blancas palomas y parleros pajarillos esperan á su paso recobrar la libertad para ir á remotos climas á llevar la noticia feliz; el incienso y el aroma humean ya en los altares del Sér Supremo, que se hallan magníficamente decorados para la piadosa visita de la humana majestad; el pueblo hinche las calles y paseos del tránsito; las tropas militares cubren la carrera; los balcones y ventanas están ricamente tapizados; las campanas redoblan con alegre sonido; y Madrid entero presenta un conjunto inexplicable, un cuadro gigantesco de animacion, de alegría y de entusiasmo.

En un instante (¡instante fatal é inconcebible!) aquel magnífico y solemne cuadro habia cambiado; aquel ruido y movimiento de agitacion se habia convertido en estupor, en ansiedad universal; aquellas músicas, aquellas voces, aquellos vivas, aquellos cánticos, aquel estruendo marcial, habian dado lugar á un sepulcral silencio; aquella reina, en fin, aquella madre, aquella jóven habia desaparecido de la escena y yacia en el lecho del dolor; habia visto salpicado de su propia sangre su magnífico régio manto; habia sentido en su maternal seno el agudo y frenético puñal de un asesino..... Este, pues, con su figura lívida, con su aspecto patibulario, opuesto al de aquel ángel de bondad, ocupaba el término primero de este se-

gundo cuadro, y escribia en él con sangre preciosa este horroroso epígrafe : El Regicida.

Arrancado difícilmente á la indignacion y á la ira del pueblo, preso y aherrojado en oscuro calabozo, aguardando por momentos escuchar la sentencia fatal que le condenaba á una oprobiosa muerte, ese hombre (mal decimos), ese aborto de la humana especie, ostenta el cinismo de un alma sin Dios y sin conciencia; desafia osado á la espada de la ley, y burla y escarnece el aspecto de la muerte y la perspectiva de la eternidad.—¿Este hombre era un monstruo, era un frenético, era una aberracion singular y única de la humanidad?—Al Supremo Hacedor, que ya le habrá juzgado, queda reservado este profundo misterio; á las leyes humanas tocaba hacer justicia con arreglo á los principios del sentido comun; tocaba librar á la sociedad de un monstruo inconcebible, anatematizar con el castigo tamaño atentado, satisfacer con la muerte del malvado el justísimo horror y la indignacion universal.—Y en tanto que por una parte ofrecia su negro aspecto tan horrible cuadro, si volvemos los ojos á la víctima augusta, pidiendo el perdon de su verdugo; si los fijamos ante el inmenso pueblo postrado al pié de los altares, derramando lágrimas de ternura y orando piadosamente por la vida de su madre y de su Reina, ¡qué espectáculo admirable y consolador, qué compensacion tan espléndida no hallarémos para borrar la mancha que un hombre, que un español, que un ministro indigno del altar se atrevió á echar en las páginas de nuestra historia, limpia hasta ahora de esta clase de crímenes!

El malvado, el monstruo, el regicida, concluyó su existencia en afrentoso patíbulo, á los cinco dias y á la misma hora en que cometió su alevoso atentado. La Reina, la madre, la hermosa señora recobró, por la misericordia divina, su preciosa salud; el pueblo leal y piadoso vió dichosa-

mente escuchadas sus plegarias; y el llanto y los clamores tornáronse en himnos de gracias y en cánticos de alegría.

«La reina y el pueblo español.» Hé aquí el título propio de este tercero y último acto del drama; para tratarle como merece necesitábamos la pluma de Tácito, la trompa épica del Tasso ó la lira de Píndaro y de Herrera. Todo lo que la imaginacion más fecunda puede idear de bello, de grande, de sublime; todo lo que el corazon más ardiente puede inspirar de tierno y de patético, no es comparable con la cordial alegría, el entusiasmo y popular delirio de un pueblo numeroso, apasionado, y herido materialmente en la persona de su Reina y de su madre, vuelto á la vida, á la esperanza y al contento por la infinita bondad del Sér Supremo.—Al lado de su ferviente anhelo, en comparacion de su sincero enternecimiento á la vista de la real carroza en que se encerraban los sagrados objetos de su veneracion y su cariño, ¿qué son el aparato majestuoso, el séquito brillante, la magnífica decoracion de aquella marcha triunfal? ¿Qué los arcos y columnas, qué los alcázares y templetes alegóricos, qué las iluminaciones, las músicas y los fuegos, al lado de aquel mágico cuadro, en que una Reina de catorce millones de súbditos, en que una madre cariñosa, en que una hermosa matrona, en cuyo augusto semblante brillan á un tiempo la majestad, la ternura y la belleza, entre las oleadas del pueblo, entre las brillantes filas de guerreros, entre la nube de palomas y de flores que cubrian la atmósfera ó tapizaban el suelo, entre el ruido de la artillería y el repicar de las campanas, ahogados por las férvidas aclamaciones de la multitud, atravesaba lentamente su heroica capital desde el alcázar régio hasta el pié del altar de la Reina de los cielos, de la augusta Patrona de los monarcas españoles?

Para pintar convenientemente tan asombroso y simpá-

tico cuadro no hay colores bastantes en el pincel; para trazar tan sublime suceso no hay fuerza suficiente en la pluma de la Historia. Podrán, sí, ambos, como ya lo han hecho, dejar consignada la descripcion de los festejos Reales, la decoracion de las calles y paseos, los monumentos triunfales, las orquestas, los fuegos, luminarias, y las demas demostraciones materiales que el Gobierno y el pueblo han preparado en breves dias para dar á la augusta ceremonia un suntuoso aparato; pero lo principal de ella, lo que no se pinta, lo que no se describe, es el armonioso conjunto de alegría, de entusiasmo y de ternura popular; la sincera espontaneidad de esta verdadera ovacion, única de su especie en el siglo, y que sólo puede tener lugar en nuestra España, y de que sólo puede ser objeto la persona de su Reina.

Sin poderlo remediar hemos llenado el espacio destinada á nuestra crónica mensual con la consideracion del gran suceso que ha absorbido la atencion pública en las tres semanas primeras del mes.—La última han venido á ocuparla las farsas y bacanales del carnaval; pero naturalmente desprovistas de prestigio y simpatía, como suele acontecer á las gracias insulsas ó chocarreras de un mezquino sainete, tras las profundas y verdaderas emociones de un patético drama.—En vano los empresarios de las mil y una sociedades danzomanas anunciaban desde principios del mes anterior la llegada del Carnaval, y revelaban en inmensos carteles y pintorescos programas las gratas combinaciones que tenian dispuestas para regocijar á sus suscritores y concurrentes.—El Carnaval no venía, y los concurrentes no iban á celebrarle.—Pasaron las azarosas circunstancias de la primer semana del mes, y volvieron á enarbolar sus banderolas, tirsos y cascabeles, *La Juanita*, *La Sílfide*, *La Minerva*, *La Floreciente*, *La Au-*

rora, *Los Capellanes*, *La Madera*, *La Extranjera*, *La Vascongada*, *La Juventud*, *La Última*, *La Primera*, *La Segunda*, etc. (hasta diez ó doce docenas de emblemas más ó ménos *polkables*).—La concurrencia continuaba absteniéndose de concurrir, esperando indemnizarse grátis con las fiestas Reales.—Vinieron éstas, y embargaron no sólo la atencion de las sociedades, de los directores y de los socios, sino que embargaron las orquestas, y ni el refuerzo de los teatros Real, del Circo, del Instituto, etc., pudo hacer ganar terreno á la carátula, hasta que, en fin, terminadas aquéllas, llegaron los tres dias clásicos de la farsa á indemnizar algun tanto á las Empresas de sus gastos y sacrificios; pero esto no tanto, que no hayan lamentado la prisa que se dieron á abrir é iluminar sus salones quince dias ántes.—Y por si llega á tiempo para otro año, queremos darles un consejo, ó presentarles un ejemplo, que acaso tuviérales cuenta el imitar; y es el de un director de esta clase de diversiones en París, que tuvo el buen sentido de anunciar la serie de sus fiestas en estos términos:—«Habiendo observado que en los primeros bailes suele ser muy escasa la concurrencia, este año se empezará por el segundo.»—Bajo este punto de vista puede decirse que el carnaval de 1852 no ha empezado propiamente en Madrid hasta las doce de la noche del mártes en los salones del teatro de Oriente, y concluirá el domingo en los mismos con el baile de *piñata*, pasando ántes el miércoles por la pradera del Canal.—Para otro año aconsejamos á los directores de las Empresas que, siguiendo la idea del arriba citado, empiecen los bailes de los dias de Carnaval por el primer domingo de Cuaresma.

MARZO.

MEMENTO HOMO.

«Dichosos los pueblos (decia Montesquieu) cuya historia es fastidiosa.»—Si esta observacion es exacta, como nos inclinamos á creerlo, pocos podrán compararse en felicidad con la heróica y coronada villa, por lo ménos durante el mes tercero del año de gracia 1852.—Y es que á las terribles peripecias y profundas sensaciones del anterior ha sucedido en él la calma y tranquila posesion de una situacion normal; á los furiosos huracanes del invierno, las risueñas brisas y el perfumado ambiente de la primavera; á las fiestas Reales y á las borrascosas orgías del Carnaval, el piadoso recogimiento y la templanza de la santa Cuaresma.

Esta apacible y grata trasformacion, si bien nos consuela y satisface á fuer de vecinos honrados, habitantes de la capital, y partícipes á prorata de sus buenas ó malas venturas, nos compromete y aflige bajo el aspecto de cronistas mensuales de su vida, por la escasez, por la absoluta carencia de materiales para dar á nuestro obligado artículo el menor vislumbre de interes palpitante; del *aliquid latentem* que el curioso lector de La Ilustracion paga anticipado á razon de sendos seis reales al mes.

Pero como no es cosa de responder á su fundada interpelacion con aquella sabida fórmula de los partes militares, «*sin novedad*», probarémos, pues, á ingeniarnos en llenar el papel de palabras sin cosa, como los artículos de fondo de ciertos periódicos; de variaciones sin tema, como los discursos de ciertos oradores; de ruido sin armonía, como la mayor parte de lo que ahora ha dado en llamarse *música española.*—Y echando mano, por de pronto, de aquel socorrido resorte de la conversacion en sociedad, sacarémos á relucir el temporal, y nos entusiasmarémos aparentando la mayor sorpresa al ver brillar de nuevo nuestro esplendente sol, verdear nuestros ateridos campos, jugar y volotear de rama en rama los incautos pajarillos, esparcir al viento sus colores y perfume lirios y violetas, crecer las apacibles tardes y menguar las tristes veladas, hasta llegar al perfecto equinoccio (vísperas de San José), ostentando, en fin, de nuevo la próvida naturaleza sus encantos, su juventud y lozanía.

Todo esto en verdad es lo que en el lenguaje hiperbólico se llama *música celestial*, y en términos vulgares suele expresarse por el de *tocar el violon;* tambien pudiera creerse (Dios nos libre) que éramos poetas, y que nos habiamos levantado esta mañanita en són de idilios y pastorelas; pero á todo responderémos lo que nos respondió un autor dramático, más poeta que filósofo:—«Mis dramas son libretos puestos en música; imágenes de madera revestidas de seda y oropel; pues precisamente por esto agradan y seducen al público: y si los críticos me preguntan ¿qué objeto me propuse en el argumento? les respondo que el de escribir sin él; y si me replican ¿qué es lo que ha pasado en el drama? les respondo que han pasado tres horas, y que nadie las ha echado de ménos.»

Consecuencia, pues, de aquella poética entonacion de la atmósfera en el mes que llamó *germinal* la vieja repú-

blica francesa ha sido el reverdecer nuestro Prado matritense con las galanas flores del año anterior, y apuntando al mismo tiempo ámplia y próvida cosecha de nuevas beldades, única recoleccion—es verdad—que brindan á los hijos del oso y el madroño sus áridas campiñas;—flores únicas que nacen espontáneas en su Prado concejil.—Pero de éstas es preciso convenir en que es rico de una fecundidad asombrosa, y que la muestra del año ofrece poner en olvido la memoria del anterior.—Recomendamos á los *floricultores* inteligentes que, si quieren convencerse de ello, dediquen un par de horas, de cinco á siete de la tarde, á *herborizar* con los infatigables lentes nari-colgantes por todo el ámbito que se extiende desde el carro de la Diosa de la tierra hasta el del Dios de los mares, entre el pedestal del padre de la poesía y las prosaicas sillas del Prado.

Estas flores delicadas, que durante la cruda estacion germinaron envueltas en sus capullos, ó recogidas en las templadas estufas de salones y teatros, abandonan ya, á impulso de la primavera, sus invernáculos, y brillan y seducen con sus primores bajo un cielo esplendente y azulado. Abono de sus plantas productoras, á más del saludable de nuestro ardiente sol meridional, suele ser tambien el gusto y los caprichos de la *Moda;* los elegantes trajes y tocados, las magníficas telas y joyería, que para auxilio de la madre naturaleza ofrecen en ámplia coleccion los ricos talleres de madamas *Perrad* y *Bernós*, los copiosos almacenes de la *Villa de París*, de *Bruguera* y de *Nicanor.*—Todos estos y otros muchos templos de la diosa aprestan y preparan sus productos para la grande exposicion de primavera, que se celebra anualmente en esta capital del católico reino, desde el Juéves Santo al juéves santísimo del Córpus (ambos inclusive); todos estudian y comentan el programa de la Moda, presidenta nata y di-

rectora de la Exposicion; todos aspiran á las medallas materiales del premio, si bien renunciando en cambio, y á favor del mismo objeto premiado, el lisonjero galardon del entusiasmo y el encomio públicos.

Aquellas plantas, aquellas flores, así cultivadas, engalanadas y expuestas, darán, como es natural, sus frutos á debido tiempo, y las crónicas de los meses sucesivos nos proporcionarán sin duda la ocasion de ir consignando sus adelantos, sus triunfos, su ramificacion y entronques con los árboles genealógicos más primorosos, altivos y venerandos de nuestro plantel.

Ya en el presente mes que nos ocupa ha empezado este misterioso fenómeno creador, y ya en los primeros dias de la estacion primaveral han inclinado sus tempranas corolas, han abierto su seno virginal en el altar de la fecundidad, várias de las más primorosas flores del Prado madrileño, segun consta bien y fielmente en los registros parroquiales y en las oficinas de la vicaría eclesiástica; y si no lo han hecho todas las demas, no hay que achacarlo por cierto á falta de disposicion y deseos de su parte, sino que hasta ahora no han sido comprendidas sus almas, no ha sido estudiada su forma material, sus gracias, sus dotes y sus ricos tesoros de ternura.—Pero ellas trabajarán por conseguirlo, y siguiendo el sagrado precepto del *crescite et multiplicamini*, estudiando las benéficas leyes y los sistemas económicos que tratan del fomento de la poblacion, harán que la de nuestra heroica villa reciba el año próximo el contingente de aumento que es la primera condicion de su mejora material.

Por desgracia lo necesita, si ha de cubrir con creces las numerosas pérdidas que han ocasionado en su vecindario los cierzos invernales; terrible é inevitable tributo, que no ha perdonado en las últimas semanas ni á la encumbrada grandeza, ni á la brillante hermosura, ni á la

poderosa fortuna, ni á la modesta é ignorada virtud; que con el mismo rigor ha descargado su fatal guadaña sobre los jóvenes Marqués de Bélgida y Pizarro que sobre el octogenario y opulento marqués de Casa Gaviria; sobre el tierno cuello de dos brillantes jóvenes, hijos del acaudalado señor Matheu, que sobre la flor infantil de una hermosa criatura, esperanza y embeleso de una de las primeras familias de nuestra aristocracia.

Pero basta de necrología y de filosóficos *mementos*, aunque á decir verdad, esta crónica, escrita en el tiempo santo de Cuaresma y consagrada exclusivamente á él, deberia ocuparse, más que de otra cosa, de esta clase de considerandos, y velar las páginas de su historia con el mismo fúnebre que cubre nuestros altares.—Mas como por desgracia somos escritores profanos, y como estamos persuadidos de que el ascetismo no es tampoco el fuerte de los lectores de La Ilustracion, nos creemos dispensados de tratar estas sublimes materias, y dejamos á plumas más dignas y autorizadas el hablar de ellas debidamente. *Sancta sanctè tractetur.*

Por eso no reseñamos la fisonomía especial que una parte de nuestra poblacion madrileña ofrece en el tiempo cuaresmal; renunciamos, aunque con sentimiento, á bosquejar el cuadro consolador que nuestros templos religiosos, henchidos de gente, radiantes de luz y de armonía, ofrecen á las almas piadosas en tal período; no tomamos en cuenta las magníficas funciones del culto; la elocuente y apasionada voz de los oradores sagrados; los penitentes ejercicios de una parte del pueblo; la religiosa ostentacion de otra.—Y como contraste repugnante y escandaloso, queremos tambien huir de las escenas indignas, de los abominables cuadros que la impiedad y la licencia suelen ofrecer en tales momentos, como para hacer alarde del descreido cinismo y feroz inclinacion.—Los

asesinatos, los suicidios, robos y violencias, las lúbricas bacanales, los insultos y desafíos, los crímenes, en fin, de toda especie, proscritos en todo tiempo y en todos los pueblos por la religion y por las leyes, son áun más dignos de reprobacion en el tiempo en que nuestra santa madre Iglesia celebra sus más sublimes misterios, y repugnan tambien á nuestra pluma, más que inclinada á combatir el crímen, á pintar y castigar festivamente el ridículo y las debilidades humanas.

Ámplia materia, sin embargo, prestaria á nuestra risueña imaginacion y modesta pluma la manera convencional y la conciencia acomodaticia con que mucha parte de nuestra sociedad halla medio ingenioso de cumplir, á su entender, con los preceptos de la Iglesia en este tiempo de penitencia, sin por eso moderar sus inclinaciones, refrenar sus apetitos ni mortificar su vida sensual.—Propondriamos, por ejemplo, el tipo del honrado ciudadano y piadoso creyente que para observar rigorosamente el ayuno incorpora á su inveterado chocolate matutino un par de chuletas de ternera, ó una tortilla de jamon en cambio de la taza de sopas ó del bizcocho borracho que durante el resto del año es su indispensable tente-tente de entre mañana; ó que trueca los viérnes la inmemorial olla enciclopédica por tres ó cuatro pescados regalados y otras tantas delicadas y dulces combinaciones de huevos y lacticinios.—Sonreiriamos tal vez de la ingeniosa estratagema de la jóven doncella, que multiplica en tales dias sus citas y entrevistas amorosas bajo el pretexto de novenas y misereres; ó de la vieja y entonada señora que, acabado de oir el sermon sobre los excesos del lujo, corre las tiendas de la calle del Cármen á trocar en trajes y atavíos las rentas de sus haciendas ó el sueldo de su esposo.—Ya llamaria nuestra atencion la modesta compostura y el contrito recogimiento de aquel cofrade que lleva

el estandarte ó la vela, creyendo hacer olvidar que con la misma mano mide escasas las varas de su mercancía ó cobra centuplicados los capitales con que trafica;—ó bien el fingido entusiasmo y la estudiada pasion del orador sagrado que ante un auditorio ilustre busca con su elocuencia mover el corazon del magnate, más que en favor de su doctrina, en el sentido de su proteccion;—la numerosa concurrencia, en fin, que hinche el espacioso templo llamada por los ecos de una brillante orquesta ó por la fama de un nuevo tenor;—ó la pública ostentacion de caridad de la elegante dama, que se presenta á implorar el ochavo del pobre, cubierta de joyas y pedrería.

Todos estos y otros mil contrasentidos que ofrece á los ojos del filósofo observador lo que llamamos *buena sociedad*, en este tiempo santo, podrian, ¿quién lo duda? dar materia á largos y risueños comentarios; pero entónces no escribiriamos un artículo de crónica, sino trazariamos un cuadro de costumbres; y no es para esto, y sí para aquello, para lo que hoy tomamos la pluma y renunciamos al pincel.

Pero contraidos por aquella misma imperiosa ley á la condicion de simples cronistas, y habiendo de prescindir absolutamente de observaciones generales, y fijarnos sólo en narrar los acontecimientos del mes, ¿qué podrémos decir á nuestros lectores, que no sepan ya por el calendario, es decir, que la primavera y la cuaresma le han ocupado por entero?—Y si, segun la opinion de un sabio, «para hacer un conejo guisado lo primero es tener el conejo», ¿sobre qué materia habrémos de confeccionar nuestro discurso, faltos absolutamente de objeto?—Pues entónces, buen remedio, se nos dirá: no escribir el artículo.—Es verdad, pero hay el pequeño inconveniente de que, bueno ó malo, insulso ó insípido, ya está escrito. —Pero, ¿cuál es su argumento? (nos preguntará justa-

mente algun crítico); y nosotros responderémos lo que el poeta dramático ántes citado: que tampoco le hemos hallado.—¿Qué es lo que ha pasado, pues, en el período que describisteis?—A esto ya podemos responder, con la arrogancia del que no teme ser contradicho:—«Ha pasado un mes.»

ABRIL.

CRÓNICA SIN ILUSTRAR.

Ciertamente que para corresponder al título, un poco exótico en verdad, de esta publicacion (1), en el sentido forzado á que se aplica aquella voz bajo el punto de vista editorial, necesitábamos, más bien que de nuestra propia *ilustracion*, de la *ilustracion* ajena, esto es, del concurso de los artistas, dibujantes, grabadores y tipógrafos, encargados de representar materialmente los sucesos, sitios y personas que hayan de ocupar esta nuestra insípida narracion, para que pudieran darle así el atractivo que necesita, y de que ha de carecer naturalmente á falta de tan esencial adminículo.

Mas por desgracia nos hallamos en tierra en que la ilustracion no es todavía de uso general, y en que las leyes, la opinion y las artes han adelantado poco ó nada en su prosperidad y libre cambio.—Las primeras, ofreciendo mil y mil trabas fiscales, contrariedades y obstáculos de todo género; la segunda, presentando un inconveniente áun mayor con su indiferencia y desden; las últimas, en fin, marchando á paso de tortuga en el es-

(1) *La Ilustracion*, que fundó el Sr. Fernandez de los Rios.

trecho círculo á que naturalmente las reducen las oposiciones de los unos y la apatía ó desidia de los otros.

Por eso *La Ilustracion* española, que, á semejanza de las de otros países, debiera ser la expresion fiel y palpitante de nuetra vida actual, tiene que reducirse á generalidades vagas, trabajos exóticos, incoherentes, tomados unas veces de los países extranjeros; incompletos y mezquinos otras, cuando un espíritu de nacionalidad nos hace dar preferencia á los nuestros.—Por eso nuestra *crónica mensual*, que en otras manos y en otros países podria aparecer abundante y rica en argumento, narracion y accesorios de adorno, tiene que resignarse á pasar por el mezquino conducto de nuestra pluma, y aparecer á los ojos de un público (tambien, es verdad, poco exigente), pobre, modesta, descolorida y *sin ilustrar*.

Pero, pues ha de ser forzosamente así, y habrémos de continuar nuestra tarea sin proteccion en la ley, sin apoyo en la opinion y sin el concurso de las artes, vamos á *cubrir el expediente*, á llenar, que diriamos, lo ménos mal que podamos esta nuestra *mision* sin mandato, este nuestro discurso sin auditorio, este nuestro cuadro sin luz y sin color; y cuando á nuestro juicio le hubiésemos concluido, colgarémos el marco de una de las columnas de nuestro periódico, y leeráse debajo esta breve leyenda, indispensable para entender el texto:—*Aquí debiera estar la* Crónica Matritense *del mes de Abril de* 1852.—Vamos adelante; ánimo, pues, y manos á la obra.

«Lo que yo pintáre, el tiempo dirá:
Si sale con barbas, será San Anton;
Y si no, la pura y limpia Concepcion.»

El mes de las aguas, que los almanaques pintorescos ó *ilustrados* representan bajo el signo del Toro, y que tan

grato es á las campiñas, como molesto y enfadoso en las poblaciones, ha pasado en nuestra heroica Madrid con toda aquella coquetería ó veleidad de humor con que suele, resumiendo en él, y no pocas veces en el término de una semana y áun de un solo dia, las cuatro estaciones del año, y obligando á las pieles y al terciopelo á alternar en notable discordancia con las gasas y el abanico, segun es ya antigua costumbre en nuestra villa, si hemos de creer el testimonio del inmortal Quevedo:

«Abril, que á Febrero hacía,
Comenzó ayer á mayar,
Y hoy á manera de Marzo
Nos ha vuelto el vendaval.»

En los dias claros y templados (que han sido los ménos) la heroica poblacion se ha entregado al entusiasmo anacreóntico, á la ternura del idilio, en el Prado, en el Retiro, en la Fuente Castellana y en los demas sitios públicos de reunion; ha saludado con alborozo el primero y fugitivo verdor de nuestras alamedas y tierras de pan llevar, y ha acudido, llena de ardor y de movimiento, á dejarse mecer en coche al traves de aquel esmaltado tapiz, ó á moverse en cuerpo y alma al compas de la polka ó del jaleo en los pintorescos patios del Hipódromo ó en los floridos verjeles de Chamberí.—En los dias turbios y lluviosos han hecho su agosto los coches de plaza, los teatros, los zapateros, sastres y paragüistas, y de resultas de aquellos amables contrastes, han prosperado tambien los médicos y boticarios, los sacristanes y enterradores.

Pero, en compensacion de tales desmanes, hemos tenido un verdadero suceso, un acontecimiento que formará época en las efemérides matritenses: una avenida del Man-

zanáres, que nos recuerda otra de hace algunos años, á que un nuestro amigo, insigne literato y disfrazado con el nombre de *D. Crispin Centellas*, entonaba un bellísimo romance, cuyos primeros versos decian:

« Allá vas don Manzanáres,
Tan fuera de tí en tus aguas,
Que te vienes tropezando
Beodo de banda en banda.
» El mes de Abril te ha embriagado,
Que hay meses malas compañas,
Vaciándote en el modrego
Las bodegas de su casa.
» Vas hecho mar de los rios,
Y de estatura tan alta,
Que un sargento de milicias
Te hará llegar á la marca, etc., etc.»

Pero al fin sucedió lo de siempre, y es que al dia siguiente todo estaba como ántes, y los madrileños (que ya contaban con tener al pié de sus muros un Garona ó un Guadalquivir) hubieron de contentarse con ver *serpentear un hilo plateado* (segun la expresion de Góngora),

« Destilando gota á gota
Por los ojos de su puente »,

como decia Tirso de Molina, con lo que volvieron los votos al suspirado *Canal de Isabel II*, que ha de venir (Dios mediante) en algunos años ó jornadas á hacer noche en la última á las alturas de Santa Bárbara, y aflojaron con esta dulce esperanza los gastos del segundo dividendo del empréstito hidráulico. — Entre tanto la Municipalidad matritense, no ménos sedienta de gloria que de agua la poblacion que dignamente representa, parece que trata de echar por otro camino, y recoger á la

Montaña de Pío unos *trescientos reales* que andan sueltos por el sitio del Pardo, y que se dejarán coger (prévio beneplácito del Real patrimonio), mediante la módica cantidad de *tres millones*, ó lo que es lo mismo, á razon de diez mil de vellon por cada uno de los de la medida fontanera. Esto es ponerse muy en la razon, y sería preciso no tener quinientos duros en el bolsillo para no adquirir la propiedad de *noventa y seis cubas diarias*, que es la traduccion asturiana de la medida hidráulica del *real fontanero*.

Esta solicitud, este ardor que ha impulsado á la poblacion madrileña en el mes de las aguas hácia las mismas, no es, sin embargo, comparable al entusiasmo que la agita é impele hácia la tierra del vino.—Un ejército de veinte mil hombres la preparan en este instante fácil acceso por medio de un *ferro-carril* hácia los fértiles viñedos de la Mancha; y con la ayuda de Dios, podemos prometernos que para la revista próxima de Setiembre tendrémos, como quien dice, á la puerta de casa, los monumentos y variadas producciones de Tembleque, como ya tenemos las bellezas de Pinto y los espárragos de Aranjuez.—Y entre tanto que la Europa entera llamará á nuestras puertas por las fronteras del Norte con máquinas infernales de la fuerza de doscientos caballos, nosotros la saldrémos al encuentro con galeras de catorce bueyes, ó con sendas mulas del calibre de doscientas pulgas, uncidas á la caja de un desvencijado calesin; pero tambien correrémos á puto el postre, y como alma que lleva el diablo, por el teatro de los triunfos de Don Quijote, en demanda de las costas africanas ó de la blanca luna de Valencia.—Todo es correr.

La primera jornada de este risueño viaje (ó sea la del hermoso sitio de Aranjuez) se ha inaugurado este mes bajo excelentes auspicios, habiéndose trasladado á él su

majestad la Reina en los primeros dias, y arrastrando en pos de sí, por deber ó por recreo, una buena parte de nuestra más brillante sociedad. Esta fuerza de atraccion que la córte y los encantos de aquel delicioso pensil ejercen en la estacion presente sobre la poblacion madrileña ha ido en progresion ascendente durante todo el mes, y en más rápida proporcion continuará en el siguiente, y tanto, que para mediados de Mayo todo Madrid—este *todo Madrid* que forma la parte más vital, aunque ménos numerosa, de la poblacion—podrá considerarse trasladado al sitio, de suerte que nuestra próxima *Crónica Matritense* tendrá indudablemente que ir fechada á las orillas del Tajo.

Pero limitándonos por la presente á las del humilde Manzanáres, dirémos que el primer término del mes le han ocupado las solemnes funciones religiosas de la Semana Santa, aunque, por la razon ya dicha de la traslacion de la córte, no pudieron tener lugar las pomposas ceremonias de Palacio—el lavatorio y la visita de estaciones por Su Majestad y Real servidumbre;—y por el inveterado chubasco de la tarde del viérnes tuvo que retirarse á los primeros pasos la procesion de los mismos, única que ha quedado permanente de las muchas que en tales dias se verificaban ántes en Madrid.—Por estas razones ha carecido esta Semana Santa en nuestro pueblo de gran parte de la suntuosidad que forma su especial fisonomía, siendo, por lo demas, el fondo del cuadro tan interesante como de costumbre, con el religioso aparato de los templos, la inmensa concurrencia de los fieles, la caridad cristiana representada por las más nobles y bellas damas de nuestra sociedad y servida por los cuantiosos donativos de toda la poblacion, el fervor de los oradores sagrados, el humo del incienso y los encantos de la armonía.

La parte profana del cuadro tambien tiene en Madrid

su brillo especial, pues ninguna de las capitales de provincia puede siquiera imitar el conjunto brillante de elegancia, de fiesta y de lujo que ostentan las calles de Madrid el Juéves y el Viérnes Santo, en aquellos dias en que desde el Monarca hasta el último artesano las huellan materialmente con sus plantas; en que desaparecen instantáneamente las diferencias sociales; en que el grande y el magnate se confunden, á la entrada del templo del Altísimo, con el último menestral; en que el uno abandona su elevada carroza, en que el otro deja de oprimir las calles con el peso de su carreta ó de asordarlas con el ruido de su taller.—Todas ellas son entónces apacibles paseos, magníficos y variados salones, en que la aristocrática beldad luce su esbelto talle, su breve pié y su agraciado semblante, con la mantilla nacional y sin el apéndice del gorro extranjero, al paso que la modesta hija del pueblo procura rivalizar con ella en aseo y compostura; el grande y el magnate pasan como desapercibidos con el modesto traje de paisano, y el paisano se confunde con aquél, afectando el continente del caballero. Pero todo esto de una manera especial, que resalta en Madrid más que en pueblo alguno de nuestra nacion; porque en ningun otro hay ni puede haber la variedad de posiciones sociales que en la córte; en ninguno puede hacerse tan sensible la desaparicion de los carruajes y del tráfico, el silencio de las campanas, la suspension de los oficios mecánicos y bulliciosos, y la nivelacion, en fin, exterior de una inmensa poblacion.—Hemos visto las ponderadas fiestas de Semana Santa en Sevilla, Valencia, Búrgos, Toledo y Barcelona, y si bien en todas ellas la parte religiosa pueda llevar ventaja á Madrid, por la mayor suntuosidad de sus templos catedrales y la ostentacion de sus procesiones y ceremonias, tambien éstas suelen ir acompañadas de accidentes impropios, de farsas ridículas, y las calles de la

poblacion son pura y simplemente lo que todos los dias, y cuando más, como el domingo anterior.—Sólo Madrid representa en tales momentos un cuadro unísono y general de magnificencia, de religiosidad y de buen tono, digno del más delicado pincel; y aunque no puede competir, bajo el primer aspecto con la capital del órbe católico, ni bajo el segundo con el célebre paseo de *Longchamps* en la República vecina, se distingue notablemente en el conjunto entre las capitales de segundo órden.

Esta misma ostentacion religiosa continúa luégo en las siguientes semanas de Pascua, especialmente en la primera, que la ilustre y piadosa congregacion del Santísimo Sacramento consagra de una manera realmente incomparable á su culto en el espacioso templo de Santo Tomas; y en los domingos siguientes, en que las diversas parroquias de la capital administran el Sagrado Viático á los enfermos impedidos, con la mayor pompa y solemnidad. Tambien este año ha sido señalado el primer dia pascual con una magnífica procesion de la sagrada imágen de Nuestra Señora de Atocha, en que ostentaba el regio manto y las preciosas joyas, ofrenda de S. M. la Reina, por haber salvado milagrosamente su vida del horrible atentado del 2 de Febrero.

Pasando luégo de las festividades religiosas á las profanas, la Pascua de Resurreccion es el principio de una nueva vida, es el pretexto de un desusado movimiento.—Las corridas de toros, este espectáculo verdaderamente clásico y nacional, comienzan en ellas, y en el año presente se han inaugurado con todos los alicientes que pueden favorecerlas : con un ganado escogido, con unos lidiadores de incomparable mérito y celebridad, con una concurrencia inmensa, y hasta con la grata novedad de haberse presentado en ellas las más elevadas y bellas damas de nuestra aristocracia, ricamente ataviadas con el pinto-

resco traje de Andalucía, ocurrencia feliz, que nos trajo á la memoria otra semejante de la reina Doña María Cristina en 1831, en el sitio de Aranjuez, que fué celebrada dignamente por la elegante pluma del difunto Duque de Frias, en un magnífico soneto, que, si mal no recordamos, decia así :

« Bella, gentil, alegre, placentera,
Porque el circo español su pompa guarde,
Del vestido andaluz haciendo alarde,
Regocijas del Tajo la ribera.
» Entre el bullir de turba lisonjera,
Animando al valiente y al cobarde,
La luz hermosa de tus ojos arde,
Y áun embravece á la acosada fiera.
» Ninfas del Bétis, que en arenas de oro
Undoso baña la imperial Sevilla,
De gracias mil riquísimo tesoro;
» Vuestros encantos eclipsando, brilla
Con majestad y nacional decoro
La incomparable Reina de Castilla. »

Los teatros, á excepcion del Real, todos volvieron á abrir sus puertas con nuevos bríos, todos procuraron, con el esmero y variedad de sus espectáculos, disputar la atencion del público, que por su parte se mostró galante áun más que de costumbre; las sociedades taurómacas, filarmónicas y danzomanas lucharon con heroismo para hacer más agradables á nuestra poblacion las risueñas tardes y noches de Abril; y hasta los espectáculos trashumantes de cajas misteriosas, autómatas inverosímiles, fenómenos humanos y pulgas inteligentes desplegaron sus programas, encendieron sus faroles y ostentaron sus primores al redoble del parche ó al bramido de la trompeta.—Y como si todo esto no bastase para festejar la entrada de la primavera, se nos anuncia ya para los primeros dias de Mayo

la apertura de un jardin monstruo de recreo, á imitacion de los de *Mabille* y *Asnières*, de Paris, ó de los difuntos *Apolo*, *Delicias*, *Tívoli* y *Vista-Alegre*, madrileños; la competencia pública de diversos profesores pirotécnicos en suntuosos artificios de fuegos; la exposicion de várias colecciones de curiosas alimañas; la de un prestidigitador inconcebible, y de un improvisador de la fuerza de cuarenta caballos; la ascension de globos inverosímiles; la presentacion en los salones filarmónicos hasta de una docena de presuntos Paganinis ó de Listz de tierna edad; la de otra coleccion de *parejitas* de rumbo en el género *juncal;* la de trescientos y un drama, en el calentito y tierno de *Adriana Lecouvreur*, ó en el cantabile del *Marqués de Caravaca;* la publicacion de diez ó doce tomos de poesías y de otros tantos nuevos periódicos (cuya necesidad se deja sentir generalmente en las tiendas de ultramarinos); y por último, por si á consecuencia de todos estos *desahogos* naufragase nuestra bolsa, ó hiciese noche nuestro pobre juicio, se nos presenta la halagüeña perspectiva de la próxima fundacion del hospital de la Princesa ó la inauguracion novísima del manicomio de Leganés.

MAYO.

FIESTAS POPULARES.

Hace cosa de un siglo que decia el cáustico Voltaire, que la primera de las reputaciones usurpadas era la del mes de Mayo, y que lo templado de su atmósfera y lo regalado de su ambiente eran una de tantas mentiras inventadas por los poetas; y por cierto que desde entónces acá no ha hecho otra cosa el susodicho mes sino acreditar más y más aquella crítica observacion.—Y no hablemos sólo de lo que sucede en el país en que fué hecha, ni en los más avanzados del Norte, sino que hasta en las mismas penínsulas meridionales, Ibérica é Itálica, es un hecho cierto la verdad de aquella mentira, y que el mes de las flores es el más caprichoso é inconstante de la docena.—Nuestros poetas, sin embargo, siguiendo el convenio tácito arriba dicho, se esmeraron siempre en pintarle con los más risueños colores, desde Calderon, que ejecutoriaba la belleza de las *Mañanas de Abril y Mayo*, hasta Melendez, que se extasiaba á la vista de la yerba aljofarada y al són del cáramo pastoril.

La apertura de este dichoso mes se celebraba tambien en Madrid, en otro tiempo, con una poética romería á las orillas del Manzanáres, titulada de *Santiago el Verde*, que

tambien dió lugar á los alardes de la poesía bucólica; aunque es de presumir que muy de ordinario aquella fiesta campestre se viera amenizada con los destemplados aquilones y los chubascos improvisados que la vecina sierra nos regala. A pesar de todo, preciso es convenir en que, si no todos los dias del mes de Mayo, suelen contarse en él hasta tres ó cuatro en que realmente aparece como le soñaron los poetas; y siendo como son aquellos dias los más halagüeños del año, habrá que perdonarle, en gracia de ellos, las jugarretas de las cuatro semanas restantes.

Empero si la atmósfera no viste constantemente de gala en esta mesada, la Iglesia, la córte y la villa parece que se han convenido en enaltecerla con sus más solemnes festividades, sus mayores pompas y sus más halagüeños regocijos; pudiendo decirse que toda ella ha sido y es una serie no interrumpida de fiestas, en que los dias laborables vienen, por decirlo así, á formar el descanso de los de recreo y solemnidad.

Tres fiestas, sobre todo, de las del mes de Mayo en Madrid, emblematizan respectivamente la poesía de la religion, del patriotismo y del trono.—Es la primera la que consagra la villa á su glorioso patron *San Isidro Labrador*, aquel hijo del pueblo que representa su piedad religiosa y está enlazado con sus más antiguos y preciados blasones históricos; la segunda, aunque precede á aquella en el órden cronológico, es la fiesta nacional del *Dos de Mayo*, simbolizado en las víctimas madrileñas de 1808; la tercera y última, la fiesta de córte dedicada al augusto y sagrado monarca que representa al trono español y ocupa un lugar tan señalado en la Historia y tan excelso en los altares.

Prescindiendo ahora de la representacion religiosa, histórica y política de estas tres festividades, *nacional*, de *córte* y de *villa*, basta sólo á nuestro propósito consignar

aquí la coincidencia de ellas en este mes, sin que tampoco hayamos de detenernos en pintar su aparato, de todos conocido, y los accesorios, siquier patéticos, siquier burlescos, que las prestan su respectivo é interesante colorido; únicamente dirémos que las dos primeras en este año fueron favorecidas por un magnífico temporal, y acertaron á sacar en lote dos de aquellos tres ó cuatro dias privilegiados de que hablábamos ántes; y la tercera, aunque hoy decaida algun tanto de su pompa cortesana, por carecer de la circunstancia de celebrarse en ella el nombre del monarca reinante, ha sido celebrada en la capilla del Palacio Real de Madrid y en los jardines de Aranjuez.

A propósito de este Real y pintoresco Sitio, residencia hoy de la córte, y al que en nuestra anterior Revista suponiamos trasladado á la sazon á aquel *todo Madrid* que ocupa frecuentemente los teatros y paseos, las tertulias y cafés, desde luégo declararémos que nos equivocamos en aquella suposicion; y que lo destemplado de la estacion por una parte, y la facilidad de regresar por otra, ha hecho que si aquel Madrid ha ido á visitar las orillas del Tajo, ha dicho muy luégo:—«á Madrid me vuelvo»,—y en Madrid está, excepto aquella parte ménos afortunada, que por indisposicion de las locomotoras suele pasar tal cual noche entre Pinto y Valdemoro.

Ademas de las fiestas ya dichas y de los cinco domingos, juéves de la Ascension y Pascua del Espíritu Santo, han consagrado nuestras iglesias diarios y solemnes cultos al *Mes de María*, tierna y poética festividad, que hace pocos años ha progresado extraordinariamente en España, Francia é Italia. Los espectáculos profanos tambien han abundado, desde el exótico é insulso de las carreras de caballos, hasta el animado y clásico de los toros; desde los pintorescos fuegos artificiales en el Sitio del Buen-Retiro, hasta las grotescas zambras del Hipódromo y de la

Pradera del Canal; desde las risueñas y populares zarzuelas del teatro del Circo, hasta las crispaciones nerviosas del de la calle del Desengaño, ó el narcótico arrullo de la del Príncipe.

Dos novedades tambien ha ofrecido este mes á los madrileños, y ambas han sido otras tantas negaciones del calendario. — La primera fué la del aniversario de la publicacion de la Constitucion de 1845, que aquél rezaba para el domingo 23, y nadie se ocupó de ello; la segunda, el eclipse total visible, que aquél no predijo, para el dia 5, de todos ó casi todos los astros *periódicos* de las luces, verificado por la interposicion de un cuerpo opaco á manera de decreto, ó por el vacío de un espacio á manera de sombra de editor. —Esta segunda novedad ha ocasionado la carencia absoluta de novedades en la plaza, ó que si se han expendido en ella, haya sido grátis; pero si nadie ha podido mentir en letras de molde, todo el mundo ha sido muy dueño de hacerlo sin borrador, y ser al mismo tiempo editor y consumidor, y responderse al — «¿qué hay de nuevo?» —con toda aquella serie de suposiciones más ó ménos halagüeñas que le cumpliesen, y despacharse á su gusto con todos aquellos argumentos y paráfrasis que suele cada cual encargar á su periódico, mediante la módica retribucion de 12 reales al mes.—Vale más así, y encargariamos á los noticieros este método antiflogístico, esta dieta racional de lectura, que tan bien parece haberles probado en las últimas calendas, repitiéndoles para su consuelo aquella sabida y antigua copla:

«De saber novedades
Non vos curedes;
Hacerse han ellas viejas
Y las sabrédes.»

JUNIO.

TOROS Y VERBENAS.

Otra fiesta religiosa y tambien popular se verifica en el mes de Junio, y es acaso la más lucida y ostentosa de la cristiandad, grande por su objeto y magnífica por su forma y aparato.—Nos referimos á la solemnidad del *Sanctisimum Corpus Christi*, que casi siempre cae dentro de dicho mes, y que celebra Madrid con una vistosísima procesion, en que figura todo lo más brillante de la córte de España, desde el Monarca inclusive hasta las últimas jerarquías eclesiásticas, civiles y militares; lo cual suple en gran parte á la poética ostentacion que suelen desplegar en este dia las santas iglesias de Sevilla, Granada, Toledo y Barcelona.

La extension y hermosura de las calles de la carrera, enarenada y cubierta de toldos, que templan el ardiente sol meridional; el adorno de los balcones con vistosas colgaduras; la inmensa concurrencia de todas las clases de la sociedad; el lujo de ya caprichosos atavíos, y la hermosura de las graciosas madrileñas, que se ostenta en este dia en todo su esplendor, son accesorios que realzan en gran manera aquella solemnidad religiosa, cortesaná y popular.—Ya lo describimos minuciosamente, con todos sus

detalles, en 1835 (1), y poco ó nada podriamos añadir; pues, aunque algo amenguada en aparato oficial, todavía ostenta el suficiente para llamar la atencion de propios y extraños. Aun recordamos el entusiasmo, la excitacion que experimentaba *Theophile Gauthier* (á quien acompañábamos en su primer visita á Madrid) ante la magnificencia del acto religioso y el encantador espectáculo de las bellezas matritenses en el paseo de la calle de Carretas.

Desde la Pascua de Resurreccion hasta la canícula empiezan en Madrid las populares corridas de toros, que se celebran todos los lúnes por la tarde en el circo extramuros de la Puerta de Alcalá; mas como el verano suele tardar en asegurarse, no desplegan aquéllas todo su lucimiento, ni el ganado toda su bravura, hasta bien entrado Junio, y entónces es de rigor para la sociedad madrileña, desde las más altas hasta las más populares clases, la asistencia puntual á este terrible y esplendoroso espectáculo. Los más célebres luchadores del Reino, á cuyo frente brillan los valientes espadas Arjona (*Cúchares*), Redondo (*el Chiclanero*) y Francisco Montes; el ganado más bravo y escogido, la plaza mejor servida, la concurrencia numerosa é inteligente, y la animacion y el bullicio consiguientes dan á este espectáculo una animacion deslumbradora, un alegre bullicio, que se extiende en tales dias á la poblacion general de Madrid.

El espectáculo que ofrece en ellos la anchurosa calle de Alcalá, con el agitado movimiento de carruajes de todas fechas y condiciones; de pedestres de todas las clases de la sociedad; y el magnífico golpe de vista de la inmensa plaza, cubierta literalmente de concurrentes de todos sexos, edades y condiciones, desde la aristocrática beldad de los palcos, que ostenta el vestido andaluz y la donosa

(1) Escenas Matritenses.—*La Procesion del Córpus.*

mantilla blanca, hasta la multitud del pueblo, que ocupa gradas y tendidos con sus variados trajes, su animacion y algazara, es realmente un cuadro seductor y que consigue desarmar á los más atrabiliarios censores naturales y extranjeros de estas fiestas; les seducen, les fascinan y no pueden ménos de prestarlas su entusiasmo y simpatía. Hemos visto á muchas celebridades extranjeras, tales como *Alejandro Dumas*, padre é hijo, *el Vizconde D'Arlincourt*, *Roger de Beauvoir*, *Teophile Gauthier*, *Charles Didier*, y otros, manifestar su entusiasmo delirante en presencia de la lidia taurina; hémosles oido despues repetir de viva voz las impresiones recibidas, y consignarlas luégo en sus relaciones de viaje; todo lo cual prueba claramente que algo simpático, algo irresistible tiene nuestra fiesta popular. Y cuenta que esta confesion es tanto más imparcial cuanto que nuestra repulsion á las fiestas taurinas data de toda la vida y no está basada en un hipócrita sentimentalismo, sino en que no hallamos en ella (sin duda por ignorancia) aquella variedad, aquellas emociones que suponen los aficionados más ó ménos inteligentes, más ó ménos afectados, que de todo hay.

Tampoco nos convencen ni las apasionadas diatribas de los filósofos humanitarios contra esta que llaman bárbara diversion, ni ménos aún los elogios exagerados que la consagró D. Nicolas Fernandez de Moratin en su erudita *Disertacion histórica*, ni los ditirambos que empleára en su famosa oda al matador *Pedro Romero*, si bien sean tan bellos como los contenidos en los siguientes versos:

. . . . . .

«El bruto impetuoso
Muerto á tus piés, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brio,
Solamente no es bárbara en España.»

Si bien luégo lo echa á perder con la fanfarronada siguiente:

. . . . . .
«En el extenso mundo,
¿Cuál rey que ciña la imperial corona
Entre hijos de Belona,
Podrá mandar á sus vasallos fieros,
Como el dueño feliz de las Españas,
Hacer tales hazañas?
¡Cuál vencerán á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si éstos sus juegos son y su alegría!
¡Oh, no conozca España qué varones
Tan invencibles cria!
¡Rogádselo á los cielos, oh naciones!»

Esto es llevar la hipérbole hasta lo sublime del ridículo.

Mas prescindiendo de todo ello, encomios ó recriminaciones, más ó ménos exagerados, se ve claramente que la aficion á las lides taurinas es ingénita en los españoles desde la más remota edad, y que está basada en la especial combinacion de la bravura de la fiera, peculiar á nuestro clima, y la natural inclinacion del hombre á dominarla; así como los indios malavares ejercitan sus juegos de destreza con las serpientes, los ingleses presencian con ardor las luchas de gallos y las carreras del hipódromo, los franceses los peligrosos ejercicios de los acróbatas, y los árabes las *fantasías* con sus briosos corceles y espingardas. Vese, por lo tanto, que la aficion de los españoles á esa diversion es una cosa natural, y que, á pesar de las leyes, de las persecuciones y de los razonamientos filosóficos, no acabará nunca; como no acaba la costumbre de saborear todos los dias la olla de ricos garbanzos castellanos y chorizos extremeños; como no acabará en Holanda y Flándes, en Alemania é Inglaterra, la aficion á la cerve-

za, que suple la falta del vino. No se templará, en fin, la arrogancia del español, natural ó heredada de los romanos, de los godos y de los árabes, y su inclinacion á la lucha y á los peligros, miéntras no decaiga la bravura de las reses que beben las aguas del Guadalquivir, del Tórmes ó del Jarama.

Las veladas ó verbenas de San Juan, San Antonio y San Pedro concurren tambien á dar al mes de Junio un aspecto animado y pintoresco. La primera especialmente, célebre desde la antigüedad más remota, y comun á todos los pueblos de la cristiandad, ha dejado en Madrid una huella luminosa, impresa en las poéticas descripciones que de ella hicieron los más célebres dramaturgos del siglo XVII, Lope, Calderon, Tirso, Montalvan y otros, y especialmente por el recuerdo de las suntuosas fiestas con que en semejante noche plugo embriagar el ánimo del rey poeta, D. Felipe IV, á su poderoso valido el Conde-Duque de Oliváres.—Las crónicas matritenses llenas están de ampulosas descripciones de estas célebres fiestas, entre las cuales merece especial mencion la que inserta Pellicer, celebrada en la noche de San Juan de 1631 en los tres jardines reunidos de las casas del Duque de Maceda (hoy de Villahermosa), del Conde de Monterey (hoy San Fermin), y de D. Luis Mendez Carrion, Marqués del Carpio (hoy de Alcañices), á lo largo del Prado. En ella se representaron dos comedias, una de Lope, titulada *La Noche de San Juan*, y otra de Quevedo y de Hurtado de Mendoza, con el título de *Quien miente más medra más.*

Hubo ademas baile, música, cena y mascarada, y luégo una suntuosa *rua* de la córte por el paseo del Prado, hasta el amanecer.—No fueron ménos aparatosas las celebradas en tal noche de 1639 y 1640; pero éstas tuvieron efecto en el nuevo sitio del Buen-Retiro, y la última en el

estanque grande, en cuya isleta central (y que áun se distingue cuando se limpia dicho estanque) se alzó un teatro para representar con gran aparato *La Circe*, comedia famosa de Calderon, acaeciendo, empero, que en medio de la fiesta se levantó tal torbellino de viento, que apagó las luces, arrastró los telones del tablado y las máquinas teatrales, dispersando las numerosas barcas tripuladas por los aristócratas espectadores, que estuvieron á pique de perecer en aquel improvisado golfo.

Muy léjos estamos ya de aquellos aparatosos espectáculos, y la *velada de San Juan* en Madrid, donde hablamos, se halla reducida á los términos más prosaicos y vulgares. Hoy, siguiendo el espíritu del siglo, se ha democratizado y convertídose en una simple noche de holgura y desenfado, bacanal de las clases inferiores de la sociedad, que al son de bandurrias y panderos invaden el antiguo Prado de San Jerónimo, sembrado todo él de puestos de buñuelos, torrados y aguardiente, y animado por las castañuelas de los danzantes y las rápidas vueltas del juego de caballos del Tio Vivo, con el trasiego del mosto y la consiguiente intervencion de algun garrote ó navaja.—Todos estos adminículos figuran tambien en las otras verbenas del mes, ó sean la de San Antonio, en el paseo de la Florida, que era antiguamente la más animada y pintoresca, y hoy la ménos frecuentada, y la de la víspera de San Pedro, que suele ser la más bulliciosa y trascendental.

Todas estas expansiones del regocijo popular se traducen en simples danzas y borracheras, en las que suele tomar no poca parte la autoridad municipal.

El Madrid cortesano, el Madrid político suele ofrecer, por el contrario, más intencionadas verbenas en las citadas de Junio, y del Cármen, en el próximo Julio (1), peri-

(1) 1834, 1854 y 1856.

pecias más hondas, dramas, en fin, más trascendentales, representados á grande espectáculo á beneficio de los partidos políticos; pero en el teatro casero de *El Curioso Parlante* no caben estas atrevidas representaciones, y cuando quisiera tocar en ellas, diríale á su pluma lo que maese Pedro al chico que mostraba el retablo: «*Muchacho, muchacho, sigue tu canto llano y no te metas en dibujos ni en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.*»

POESÍAS TÍPICO-CARACTERÍSTICAS.

MI INDEPENDENCIA.

(FOTOGRAFÍA DEL AUTOR.)

Yo soy el hombre feliz,
Que con un tranquilo gozo,
Mi independencia proclamo
A la faz del mundo todo.

No tengo males ni penas,
Ni enemigos, ni patronos,
Ni súbditos que me adulen,
Ni jefe á quien hacer coro.

Ni acreedores que me pidan,
Ni esperanza de mortuorios,
Ni deuda que me desvele,
Ni deseo bienes de otros.

Tengo los que á mi ambicion
La bastan para su colmo,
Y los tengo bien tenidos
Por derechos patrio y propio.

No me ha obligado á escribir

La *sacra fames* del oro,
Sino un tintero maldito
Que no sabe criar moho.

No cuento entre mis paisanos
Ni entusiastas ni celosos;
Soy conocido de muchos,
Mas son mis amigos pocos.

No frecuento los salones
Del magnate poderoso,
Ni obligo á que en mi antesala
Aguarden humildes otros.

No recibo del poder
Participacion ni voto,
Y de la Tesorería
Hasta hoy el camino ignoro.

No me obligan compromisos
A la opinion de los otros;
Tengo y sostengo la mia,
Pero sin tema ni encono.

De los farautes políticos
No sé los planes recónditos,
Ni en los periódicos leo
Sus artículos de fondo.

Doy por buena su doctrina
Y argumentos hiperbólicos;
Pero yo guardo la mia
Para mi servicio propio.

No me envenena la bílis
El mirar á más de un tonto
Gobernando una provincia,
O en Madrid nadando en oro.

Nunca interrumpe mi sueño
De un ministro el ceño torvo,
Y si le encuentro en la calle,
Hago que no le conozco.

Todos fueron mis amigos,
Y mis compañeros todos;
Yo me quedé en la platea;
Ellos saltaron al foro.

No les envidio el papel,
Porque pienso que es más cómodo
Ser espectador con muchos,
Que espectáculo de todos.

No sé por dónde se va
A los favores del trono,
Ni en mi modesto vestido
Brillan la plata ni el oro.

Las veneras y entorchados,
De que andan cargados otros,
Me parecen propias de ellos
Como de mí..... mis anteojos.

Soy, en fin, independiente,
De hecho y tambien de propósito,
Sin compromisos ajenos,
Y hasta sin deseos propios.

Pero en medio de esta dicha
Que me inclina á vivir horro,
No sé qué *sino* fatal
Me hace depender de todos.

No hay Junta ni Sociedad
Que no me honre con su voto
Para trabajar de balde
En los públicos negocios.

Se instalan cuatro vecinos,
Honrados y filantrópicos,
Para fundar una escuela
O una caja de socorros;

Pues me nombran presidente
O secretario, con voto,
Y me envian los papeles
Para hacer los monitorios.

¿Se trata de algun proyecto
De asociacion, de periódico,
De reforma material
O instituto filantrópico?

«Extienda usted, don Ramon,
Ese informito de á fólio,
O forme usté el reglamento
Que han de discutir los socios.»

No hay un cargo concejil
Para el que no me hallen propio,
Ni expediente del comun
Que no venga á mi escritorio.

No hay reunion literaria
Que no me cuente por socio,
No hay duro que no me pidan,
Ni trabajo que no tomo.

Usufructuario de nada,
Soy honorario de todo;
Figuro en cartas de pago,
Nunca en nóminas de cobro.

«Usted, que está tan holgado
(Me dice don Celedonio),
¿Quiere usted ser mi hombre bueno
En un juicio de despojo?»

«Usted, que es tan complaciente,
Tan servicial y tan probo,
Sea usted tutor, albacea,
De éste, de aquél ó del otro.»—

No hay autor que no me lea
Sus manuscritos narcóticos,
Ni periódico *de letras*
Que no cuente con mi apoyo.

Ni *album* de uno y otro sexo
Que no me demande un trovo,
Ni litigante hablador
Que no me emboque el negocio.

Huyendo ser publicista,
Soy público de los otros,
Y para no ser electo
Tengo que darles mi voto.

A trueque de este derecho
Imprescriptible, sonoro,
Y en pago al servicio ajeno,
Y en pena de bienes propios,

Recibo cada trimestre
Los apremios amorosos
De la patria, pagaderos
A la órden del Tesoro.

Con esta vida que cuento,
Con este afan que deploro,
Todos me tienen envidia;
Yo me compadezco solo.

Hay quien me cree discreto;
Otros me juzgan un porro;
Unos dicen: *¡Qué buen hombre!*
Otros responden: *¡Qué tonto!*

El Curioso Parlante.

LOS MISTERIOS DE MADRID.

¿Que haga yo *Misterios*, Claudio?
¿Y que me eche á discurrir
Rodolfos, *Flor de María*,
Dómines y Tortilís;
Lechuzas mancas de un ojo;
Ferrantes y San Remís;
Esqueletos, *Calabazas*,
Rigoletas y Churís?

¿Aconséjasme que osado
Los eche luego á reñir
Orillas del Manzanáres
A la usanza de Madrid,
Con sombrero de calaña
Y vestido de alepí,
De sarga rica mantilla
Y sortija al corbatin?

¿O subiendo á los salones
(Traducidos de París)
Pinte duques, baronesas,
Bandas, placas y espadin,
Con intrigas, duelos, deudas,

Y otros primores así
De la *buena sociedad*,
Buena..... vamos al decir?

¿Dícesme que si no alcanzo
Con mi escuálido magin,
Pida luégo á EUGENIO SUE
Que me envie de París
Una caja de colores
Y una remesa de *esprit*,
Con su recetita al canto,
Muy fácil de traducir?

¿Háblasme de véras, Claudio?
¿Y me juzgas ¡ay de mí!
Del *pecus imitatores*
En el inmenso redil,
Que de los cisnes del Sena
Repite en són baladí
Los cantos y áun los graznidos,
A guisa de folletin?

¿No hice ya la penitencia
En diez años que escribí
En el habla de Cervántes,
Sin su donaire gentil
(Antes con débil paleta,
Escasa de oro y carmin),
Cien *Escenas Matritenses*
Naturales de Madrid?

¿Por fuerza han de ser *Misterios?*
¿Y yo los he de fingir,
Porque se escriben en Lóndres

Y se imitan en Pekin?
¿Porque allí nada se sabe
O todo se ignora aquí?
¿Porque hay en París *Misterios*
Los ha de haber en Madrid?

Confiésome, Claudio, un porro
Más soso que el perejil;
Digo que soy un zoquete;
Y lo creerás así
Cuando te afirme (perdona
Esta franqueza infantil)
Que si los hay, no los veo,
O no lo son para mí.

¿Es *misterio* por ventura
Que merezca discurrir
La triple y santa alianza
De Blas, Narcisa y don Gil,
Marido, mujer y amante,
Círculo eterno y sin fin,
Drama sin más peripecias
Que sociedad mercantil?

¿O hallarás *no comprendida*
A la viuda de Fermin,
Que hoy amanece con uno
Y mañana con diez mil;
Y asomada á la ventana,
Cual pintado colorin,
Canta por todos los tonos
«*Si quereis flores, aquí?*»

Dícesme que es un *misterio*

El carruaje de Crispin,
Que ayer iba á la trasera
Y hoy dentro del tilburí.
—Pero tú tan sólo ignoras,
Cuando lo dices así,
Que *su* coche no es *su* coche,
Sino del maestro Martin.

Admíraste de que Luisa,
La que vive enfrente á tí,
Gaste blondas y diamantes,
Terciopelos y organdís.....
Mírala, Claudio, los ojos,
Y calcularás así
Que el capital de aquèl censo
No es fácil de redimir.—

¿Y los ojos de don Braulio
Tienen tal encanto, di,
Para fundar capitales
Sobre el ajeno monís?
—Es verdad, no tiene bolsa;
Mas para eso la hay allí,
Para los largos de ingenio,
Bajada de San Martin.

De Anselmo la bizarría
Con que, por bien del país,
Le presta al Gobierno ciento
Para luégo cobrar mil,
¿Tiene algo de misteriosa?
Pues yo mismo se lo oí,
Y lo cuenta còmo gracia
Muy conforme y de aplaudir.

¿Y el patriotismo de Fabio
Es *misterio* para tí?
Míope será el que no vea
De sus principios el fin.
Préstale tu voto, Claudio,
Y su carga concejil
Verás tornarla en estribo
Para subir sobre tí.

Misterio podrás creer
De Nuño el estro sutil,
Infusa adivinacion,
Ciencia espontánea y feliz.....
¡Qué lástima, Claudio amigo,
Que no sepas traducir!
Hallarias que su ingenio
Es *original* de Scrib.

¿Que de qué vive don Júdas?
¿Y ves tú un *misterio* aquí?
Pregunta á sus acreedores,
Que te lo sabrán decir.
Vive de comer caseros,
Sastres, viejas, y otros mil
En que supo hallar filones
Más ricos que el Potosí.

Esta clase de *Misterios*,
Tan públicos ya en Madrid,
Son, Claudio, los que yo veo
Y que todos ven por mí.
No conjures á mi pluma,
Poco próvida en fingir,
A que quiera hacer *Misterios*
De lo que no lo es aquí.

LA CARGA CONCEJIL.

ESCRITO EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA.

Romance.

A un escritor cabildero,
Que hoy no puede *escritorear*,
Perdona, amable señora,
Que firme de prisa y mal.

Sí, que van á dar las dos,
Y hay que vestirme y trotar,
Pues ya suena en mis oidos
La campana comunal.

La campana concejil,
Que me llama á *concejar*
De la coronada villa
En sala consistorial.

Allí me esperan muy serios
Cuarenta consortes más
Para hacer, juntos conmigo,
La comun felicidad.

Allí, en banco carmesí
Y elevado el espaldar,
Haciendo como el que piensa
(Y pensando en no hacer más),

Tengo que pasar tres horas
Entre las *piedras* y el *pan*,
Entre *basura* y *limpieza*,
Entre el *aceite* y el *gas*.

Allí catorce abogados,
Que tienden el paño ya,
A propósito del riego
Nos citan el Alcoran.

Allí ocho ó diez candidatos,
Que ensayan el *candidar*,
Entonan el *Quousque tandem*
Porque un cuarto subió el pan.

Allí otros varios comparsas,
Cuando hubieran de votar,
Por no alzarse del asiento
Reprobarán el misal.

Y hay allí *interpelaciones*,
Y *bills* de *indemnidad*,
Y *discursos sobre el fondo*,
Y *para rectificar;*

Y *alusiones personales*,
Y *votacion nominal*,
Y *escrutinios embolados*,
Y *voto particular;*

Todo, en fin, el aparato
Escénico, y algo más,
Del *sublime mecanismo*
Parlo-constitucional.

Ahora bien; si este buen rato
Me espera en llegando allá;
Si este chaparron de ciencia
Va sobre mí á descargar,

¿Cómo pretendeis, señora,
Que espere un minuto más,
Sin ir á beber el chorro
De tan próvido raudal?

Perdona, mas no es posible,
Y la razon me darás
Al saber que en aquel *tutti*
Suelo á veces alternar.

Yo, que canté siempre solo,
Tengo ahora que acompañar,
Y parlar con rostro feo,
Que es lo que me asusta más.

Hasta que al fin de mi empeño
Entone el *rondó final*,
Y me vuelva á mi luneta
Para reir y silbar.

Entónces..... Pero callemos
Que ahora tocan á observar;
Luégo vendrá la *parlancia*
Tras de la *curiosidad*.

(1847.)

EL POETA CLASICO Y SU DAMA.

SERENATA.

Aquel poeta inmortal
Que en las alas del Pegaso,
Caminando hácia el Parnaso,
Se paró en el Hospital;

El que con la lira de oro
Tuvo que comer pepinos,
Por no vender los divinos
Dones del luciente coro;

El que robaba las perlas
De la aurora al despertar,
Sin poder nunca lograr
Ni empeñarlas ni venderlas;

El que pasó el Mediodía
Con Horacio y con pan duro,
Y en lugar de vino puro
Bebió néctar y ambrosía;

A vos, del alma señora,

La ingrata, la desleal,
La que causasteis su mal,
La que os burlais de él ahora;

Libre ya de sus dolores
Llega este insigne poeta
De vuestra beldad perfeta
A mirar los resplandores.

Háganme trocar la poca
Fortuna que en mí se siente,
La plata de vuestra frente
Y el coral de vuestra boca;

Que si son vuestros cabellos
De oro fino cual ninguno,
Dándomelos uno á uno,
Me remediaré con ellos.

No es mi miseria tan rara
Si vos me quereis querer;
Que algo me puede valer
El marfil de vuestra cara.

Yo os haré á vos inmortal;
Vos me daréis con qué coma;
Yo os haré verter aroma
Por los labios de coral;

Vos un hombre haréis de mí;
Yo de vos haré una diosa;
Si en ello venís gustosa,
Empecemos desde aquí.—

Así cantaba Liseno
Con la lira destemplada,
Aun medio convaleciente,
A la puerta de su dama.
Ella sus voces oia;
Pero ya sólo escuchaba
De otro amante los suspiros,
Aunque eran en prosa llana;
Y es que iban acompañados
De diamantes y esmeraldas;
Y esto les daba una fuerza
Bastante á rendir cien almas.
Ella, al oir al poeta,
Creia que rebuznaba,
Y escuchar á Ciceron
Pensó, cuando el otro hablaba,
Porque en materia de letras
Está por las que se cambian,
Y cansada de ser diosa,
Quiere las cosas humanas.
Hasta que ya decidida
Abrió por fin la ventana,
Y al poeta desdichado
De aquesta suerte le habla:

«No pienses en persuadirme,
Hombre más duro y cansado
Que el pedernal seco y firme;
Si no quieres aburrirme,
Vuelve el són hácia otro lado.

» Escuchen otros oidos
Tus sempiternas canciones,
Y te escuchen complacidos;

Que yo no quiero más ruidos
Que el ruido de los doblones.

» Ya no busco que mi amante
Me pondere su constancia
En un discurso elegante;
Que, como haya con-sonante,
Aunque falte consonancia.

» Si es mi frente rica perla
Y mi nariz plateada,
No llegarás á obtenerla;
No sea que por venderla
Me dejes desnarigada.

» Déjame tú en paz á mí,
Pues en paz te dejo yo;
Busca quien te diga sí,
Y no pierdas tiempo aquí,
Do siempre oirás que no.»

Absorto de este lenguaje,
El amante desdichado
A la cerrada ventana
Se ha quedado contemplando;
Hasta que, volviendo en sí,
Tornó á marchar cabizbajo
Camino del Hospital,
Como quien va hácia el Parnaso.

UNA BELDAD PARISIENSE.

ESCRITA EN EL ÁLBUM DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA DOLORES PERINAT DE PACHECO.

En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas
Del comisario á la voz,
Una de aquestas figuras
Que de retórica son,
Hipérboles por su adorno,
Síncopes por su valor,
En banquillo de justicia
Y pública exposicion,
Se resigna á la sentencia
Que ha publicado el Prevost.—

« En la villa de París,
» Y en el año del Señor
» Mil ochocientos cuarenta,
» Se ha presentado ante nos
» *Mademoiselle Heloise*
» *De Sans-devant et Sans-dos*,
» Hija de padres anónimos,

» Natural de *Côte d'Or;*
» Y vista la insuficiencia
» En que el tribunal la halló
» Para pagar sus empeños
» Con el concurso acreedor,
» El tribunal la declara
» Insolvente, y ordenó
» Que reunida la Junta,
» Y prévia declaracion,
» Se proceda al inventario
» De los restos de valor,
» Para entregar á sus dueños
» Por vía de transaccion.»

Empieza la diligencia.
A la una..... á las dos.....
A las tres..... y el martinete
A este tiempo resonó.

—Un schal dicho de las Indias,
Y en el hecho de Lyon,
Que ha reclamado en su tiempo
Monsieur *Gagelin mayor.*—
Un albornoz africano
Con patente de invencion,
Que, falto de pagamento,
Reclama la *Barbe d'Or.*—
Un sombrero *fantasía*
Y un vestido *satin gros,*
Que á madama *Alejandrina*
Deben la tela y *façon.*—
Gruesas perlas de Ceylan
En figura y en color;
Un camafeo egipciaco

Premiado en la Exposicion;
Peines de concha..... de ciervo;
Dijes marfil..... de *mouton;*
Y otras diversas preseas
De tan sólido valor
Adjudícanse á su dueño
El joyero *Bourguiñon.*—
Diez encajes de Brusélas
Tejidos en *Charenton;*
Ricas camisas de Holanda
Con la marca de *Cretonne;*
Abanicos de la China,
Obra de monsieur *Giraud;*
Pieles de marta y armiño
Cazados en *Montfaucon;*
Indianas pañolerías
De la fábrica de *Seaux;*
Aderezos de oro-símil,
Sederías de algodon,
Y anascotes con el nombre
De *merinos* español;
Con otros muchos objetos
De equívoca produccion,
Que forman el mobiliario
De mademoiselle *Sans-dos,*
Entréganse y adjudican
Al respectivo acreedor.—
Si hubiere quien más reclame,
Que se presente ante nos.—

—Yo reclamo de Madama
(Saltó á este punto una voz)
El zapato de dos metros
Brodequin de pied mignon.—

El *forniseur* de la ópera
Reclama *les mollets faux*
(En español pantorrillas)
Con seis libras de algodon.—

Guantes pide monsieur *Mayer*,
Y pellizas, *Pellevrault;*
Falsas flores, *Constantino;*
Rasos bordados, *Chapron.*—

Mademoiselle *Victorine*
Pide el corsé *juste-corps*,
Con más hierro en su armadura
Que la del Cid Campeador.—

—La *tournere* voluptuosa
Que á tanto necio embaucó,
Obra es de mi *crinolina*,
Replica monsieur *Oudinot.*—

El director del Gimnasio,
El coronel *Amorós*,
Reclama de aquellos miembros
La ortopédica instruccion.

Item más: diez almohadillas
Que oportunas colocó
Para llenar diez vacíos
Que no negará Newton.

—Esos dientes no son suyos,
Exclama *Desirabode*,
Que se los he colocado
Con mis propias manos yo.—

—Pido á mi vez (dijo entónces
El perfumista *Desfaux*)
Cuatro libras semanales
De blanquete y bermellon,

Espuma de Vénus, parches
Y esencias de coliflor,
Y *¡el prodigio de la química,*
La pomada del Leon!

Ademas, traigo una nota
De bucles, trenza y *bandeaux,*
Que dice haberla fiado
El *segundo Michalon* (1).—

—Llegamos á los cabellos,
Y la dama se acabó.
¿Hay quien pida más? (pregunta
El juez adjudicador).—

—Sí, señor (responde al punto
Una hermafrodita voz,
Con su cigarro en la boca
Y abanico en el bolson).

Yo reclamo las ideas
Que esa dama prohijó,
Y son de una cierta *Lelia,*
De que soy madre y autor.

—Vayan tambien las ideas
Y hasta el metal de la voz,

(1) Este peluquero decia en su muestra ó enseña : « Michalon II, hijo y sucesor de Michalon I.»

Que creo le han reclamado
La *Dorus-Gras* ó la *Nau.*—

Sólo queda el esqueleto.....
—Ese le reclamo yo,
Dijo el español *Orfila,*
Para hacer la diseccion —

De esta atmósfera mentida,
En donde no es dia el sol,
Donde la verdad se viste
Para parecer mejor;
Donde lo blanco no es blanco,
Donde el cuerpo es ilusion,
Donde el alma una mentira,
Y la palabra un error;
Donde el engaño preside
Y reina tan sólo el *yo;*
Donde el que no es instrumento,
Por fuerza es contradiccion;
Donde obliga el *s'il vous plait*
Para mandaros mejor;
Donde el interes os pisa,
Y luégo os dice «*pardon*»;
Donde el amor va sin venda
Delante del amador,
Y con billetes de Banco
Hace su declaracion;
Donde la fachada es todo,
Donde nada el interior;
Donde reina la cabeza
Y obedece el corazon;

—¡Cuántas y cuántas bellezas,
Cuántos autores de pro,
Cuántas famas prestameras,
Cuánto heroismo ficcion,
En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas
Ante el concurso acreedor,
En míseros esqueletos,
Transformados á su voz,
Para hacer la anatomía
Reclamára otro español!

París, 1840.

NO SE SI ME EXPLICO.

LETRILLA.

De tantas grandezas,
Honores, bellezas,
Que rauda fortuna
Eleva á la luna,
Me rio ó me admiro;
Y cuando las miro
Bullir en el suelo,
Alzarse hasta el cielo,
Tornar á caer,
No sé contener
La risa en los labios,
La charla en el pico.....

¿Me entienden ustedes?
No sé si me explico.

Mirad á don Fabio
Echarla de sabio,
Hablar de la guerra,
Del mar, de la tierra,
De hacienda, de Estado.....

Pues sólo ha estudiado
De Anarda á los piés;
Verdad tambien es
Que, al darla su mano,
Un ministro indiano
De cruces y honores
Cargó aquel borrico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

En lindo carruaje,
Con damas y paje,
Pasea en el Prado
Un pobre empleado
Del ramo del viento;
Pero es un portento
De humana belleza,
Y aquella destreza
De piés y garganta.....
No hay duda que encanta
Mirar á las viejas
Cuando él abre el pico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

En calles y plazas
Con hostiles trazas
Blasona don Bruno
De heroico tribuno;
A todo Gobierno
Jura un ódio eterno,
Y al pueblo alborota

Con su última gota.....
Pues mírale luégo
Quedar mudo y ciego
Al verse agraciado
Con un empleico.....

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

La vista en el suelo,
El alma en el cielo,
Mirad á Narcisa
Durante la misa,
Que apénas alienta,
Segun está atenta
Al próvido altar.....
¿Quereisme explicar
Por qué hácia este lado
Su vista ha tornado,
Haciendo una seña
Con el abanico?

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

Autor cuya fama
El público aclama,
Tu genio pregona,
Aplaude, corona
Y eleva á compas.....
¿Por qué no dirás
Que de esos concetos,
Agudos, discretos,
Que llenan tus hojas,

Á un muerto despojas,
Sin ser tuyo acaso
Ni un mal villancico?

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

Hermano era Elías
De cien cofradías;
En la procesion
Llevaba el pendon;
Tuvo el petitorio,
Y del purgatorio
Fué recaudador.....
¡Dichoso señor!
La gracia que hallaba
Tan bien aplicaba,
Que sirviendo al pobre
Logró hacerse rico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

En triple alianza
Bermudo y Constanza,
Matrimonio fiel,
Viven con Fidel;
Y al primer infante
Se ofrece al instante
Á ser el padrino.....
¡La fuerza del sino!
Hay quien asegura
Que caricatura

Es del don Fidel
El rostro del chico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

Mas ¿qué me da á mí
Que el mundo ande así?
¿No valiera más
Bailar al compas?
Á fe que la danza
No es cosa de chanza,
Que hay gracias, honores,
Damiles favores,
Que á todos halagan
Y á nadie empalagan;
Y si álguien, señores,
Retuerce el hocico,

Ó ustedes no entienden,
Ó yo no me explico.

Á LA CÉLEBRE CANTANTE

DOÑA ANTONIA MONTENEGRO

CON OCASION DE DESPEDIRSE DEL LICEO PARA IR Á VALENCIA Á REUNIRSE CON SU ESPOSO (1839).

(*Leido en el Liceo.*)

Al Ministro de la Guerra
Le quiero hoy interpelar;
Que aunque no soy diputado,
Me concomo por hablar.
Contésteme Su Excelencia,
Si es que puede contestar,
Y no tiene las entrañas
Más duras que un pedernal;
¿Qué tentacion del demonio
Es la que le pudo dar
Destinando á tu marido
Al ejército central?
Tuvo envidia de su dicha,
Ó quiso verle engordar,
Rompiendo el reciente yugo

Del vínculo conyugal?
  Poco cuerdo anduvo en ello;
Que es un lazo el del altar
Que el hacerle corredizo
Es querer que apriete más.
  ¿No sabía el muy cuitado
Que á un querer no hay separar;
Que un marido es un marido,
Y si es *comisario,* más?
  ¿No sabía que á su arrullo
Te habia al fin de acercar,
Robándote á las delicias
De la heroica capital?
  Y digo, ¿dónde hallaria
Tórtola que valga más,
Aunque llamase al reclamo
Las diosas del Cabañal?
  Pudo, y quiso, y quiso bien
Enviándote á llamar,
En uso de aquel derecho
Que le da su autoridad.
  Y más que rabie el Liceo
Y chille el pueblo á compas,
Tronando contra el abuso
Del imperio conyugal.....

  (Aquí vuelvo á enfurecerme
Y aquí torno á interpelar
Á ese Ministro de Guerra,
Que á nadie nos deja en paz.)

  ¿Tenía más que á tu Antonio
Haberle hecho general
De estos que en el Prado alcanzan

Más triunfos que Genghiskan?
¿Ó diérale una contrata
De zapatos á onza el par,
Ó un título de empresario
Con que poder titular?
Pero ¡llevarle á Valencia.....!
Y llevarte á tí detras.....
(Que si, al fin, se fuera él solo,
De dos, era el menor mal.)
Cosa es que saca de quicio
Á toda esta cristiandad,
Y músicos y poetas
Nos vamos á pronunciar.
Cuál envidia al Miguelete
De la Santa Catedral
Porque va á oir de tu voz
El sonido celestial;
Cuál desea en la Glorieta
Dar una vuelta no más,
Para verte entre las flores,
Flor más bella, descollar;
Cuál bajo pajizo techo
Del lindo Cañamelar
Te retrata en su memoria,
Ya que no puede hacer más;
Y cuál, en fin, te contempla
Sobre las ondas del mar
Reinando, nueva sirena
Que hechiza con su cantar...

Pero acaso..... puede ser
Que el ministro Barrabas
Haya tenido razon
Para enviarte á viajar;

Puede ser..... cierto; ya caigo.....;
Él vió que no hay general
Ni ejército que á Cabrera
Reduzca á la nulidad;
Y dijo..... pues ¡juro á Brios!
Que yo le sabré pescar,
Y amansaré sus furores
Con arma que pueda más.

Cuentan añejas leyendas
De clásica antigüedad
Que «Al infierno el tracio Orfeo
Su mujer bajó á buscar.»
Y que asombrados los diablos
Al ver tal temeridad,
Y adormidos con la magia
De su canto celestial,
Depusieron los tormentos
Por instinto maquinal,
Y diablos y condenados
Se pusieron á bailar.—

Tú, nuevo Orfeo, lanzada
Á ese infierno terrenal,
Vas buscando á tu marido
(No hiciera Euridice más).
Canta, Antonia, y á tu voz
Ceder las iras verás
De esos pechos enemigos
Que nacieron para amar,
Y á unos y otros combatientes,
En las aras de tu altar,
Rendir gustosos las armas
Á la voz de la deidad.

Por eso el señor Ministro
Al ejército central
Envió al amigo Antonio
Con fingida crueldad;
Para que fuerais así,
Él primero, y tú detras,
Él, Comisario de guerra,
Tú, Comisaria de paz.

(1839.)

EPISTOLA EN ROMANCE

EN CONTESTACION Á OTRA EN LATIN QUE ME DIRIGIÓ DESDE BILBAO MI BUEN AMIGO EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOAQUIN GOMEZ DE LA CORTINA, MARQUÉS DE MORANTE.

Tu epístola cicerónica
Llegó á mis manos, Joaquin,
En momentos cabalmente
Que estaba pensando en tí.
Juzgábate ora en Bilbao,
Soñábate ora en París,
Acá escuchando *Zorzicos*,
Tiros y voces allí (1);
Hasta que llegué á entender
Lograste substituir
A gálicas *barricadas*
Borricadas del país.
Por eso al buen Acebal
Pedíle nuevas de tí,
Conjurándote á escribirme

(1) Esta carta fué escrita en 1848, año de la revolucion de Francia.

Siquiera fuese en latin.
Tú, á fuer de buen contrincante
Y escolástico sutil,
Tomastes *ad pedem litteræ*
Mi interpelacion, Joaquin,
Y en el idioma del Lacio,
Tan familiar para tí,
Me enderezaste una epístola
Que envidiaria Agustin.
Pero es el caso (vergüenza
Me da confesarlo aquí)
Que yo del *Sermo sermonis*
Disto ya calendas mil,
Y sólo por acertijo
Supe, si no traducir,
Adivinar por lo ménos
Lo que me dijiste allí;
Semejante en candidez
Al *bon bourgois* de París
Que al leer *Ludovico Magno*,
Traduce *Porte Saint-Denis.*
Por fin, tropezando acá,
Tosiendo y mascando allí,
Con ayuda del Valbuena
Y en hombros del Calepin,
Para descifrar tu epístola
Tulio-Horatio-Maronil,
Pude evocar en mi mente
La sombra del *Quis-vel-qui.*

¿Conque las aguas del Sena
No te probaron al fin?
Teñidas en sangre humana,
Pudístelo discurrir.

A bien que para enjugarte
Tenías á mano allí
Los sermones de Prudhon,
Los discursos de Blanquí,
La asociacion de Luis Blanc,
La Igualdad de Lamartine,
La Libertad de Barbés,
Fraternidad de..... un fusil.
Todo esto es muy socorrido,
En especial para tí,
Que con Propercio y Tibulo
Cohabitas noches mil;
Y en estado interesante
De Publio, el de la nariz,
Andas con Horacio Flaco,
Demandándole el «*Ehi mihi!*»
O ya el «*Sicelices musæ*»
Te roba horas al dormir,
Luégo que..... «*Horresco referens*»,
Te le acuestas junto á tí.
No extraño, pues, que llamado
Del cántabro tamboril,
Renegases de los héroes,
Huyendo hácia ese confin,
Donde «*Sub tegmine fagi*
Recubans» con un pernil,
Divierta tus pensamientos
El clásico chacolí,
O alguna *escacha polita*
De las que andan por ahí,
Con la trenza á la cintura
Y la toca en lazos mil,
Capaces con su prosodia
Vasco-hispano-codorniz,

De hacer perder los estribos
Al que triunfó en San Quintin.

Tú, en fin, en esas montañas,
Con auras dignas de Abril,
Disfrutas almo reposo
Y olvídaste de Madrid;
Miéntras que los condenados
A la carga concejil,
Entre sorteos de quintas
Y alumbrado de *gas-ligth*,
Entre planes de limpieza
Y empedrado de adoquin,
Entre escuelas y hospitales
Y ampliacion del Chamberí,
Y en juntas y en comisiones
Y discusiones sin fin,
Purgamos nuestros pecados
En este infierno civil.

No te convido á que vengas;
Pero ello habrás de venir,
Que ya te espera el escaño
De Astrea y su balancin;
Y los domingos y fiestas
La caja de San Martin,
La Junta de los Archivos
Y Ordenanzas de Madrid;
Y en los ratitos de huelga,
Cuando hubieres de dormir,
Oirás á Vistahermosa,
O me escucharás á mí,
Cien planes á cual más bravo
De restaurar á Madrid,

Y hacer que le envidien Roma.
Constantinopla y Pekin.

Basta de parlar romance;
Tu amigo siempre; Madrid.
Domingo veinte de Agosto,
Del bendito San Joaquin.

(1848.)

LA CUARESMA [1].

Con alegre carnaval
Empezaba la semana;
Mas la tétrica campana
Ha mudado ya de són.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Con ayunos y abstinencias,
Y de bulas una resma,
Se presenta la cuaresma
Más larga que procesion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Todo calla y enmudece,
Y el silencio de la gente
Se interrumpe solamente
De la campana al din don.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

(1) Esta letrilla, improvisada en una reunion de amigos en 1828, tenía entónces el mérito de la exactitud: en el dia no tiene ninguno.

Ya con sendos abadejos,
Para acallar su conciencia,
Hacen todos penitencia,
Y los frailes con salmon.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Cesan ya las diversiones
Públicas y toleradas;
Solamente las privadas
Suelen tener ocasion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Don Juan se va al Miserere,
Y su esposa la Currita
Con don Melífluo solita
Se queda en contemplacion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

En la tertulia de Anselmo
Callan violin y piano;
Por no hacer ruido liviano,
Se toca sólo el bordon.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

No cita ya la Pepita
A don Narciso en el Prado;
Que como es tiempo sagrado,
Se buscan en el sermon.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Juana, la del cuarto bajo,
Se encuentra siempre ocupada;
Que en la cuaresma sagrada
Es grande la devocion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

La concurrencia en la iglesia
Ofrece á la industria vuelos;
La comision de pañuelos
Va detras de la mision.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Los lechuginos en grupo,
Al salir de misereres,
A las devotas mujeres
Dirigen la tentacion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

En este mes todos callan,
Ninguno á pecar se atreve;
Mas por milagro á los nueve
Se aumenta la poblacion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Hombre hay cristiano maduro,
Que nunca perdió una misa,
Que se da á pecar gran prisa
Para ir por la absolucion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

(1828.)

CUENTOS Y EPIGRAMAS.

Un salteador escaló
Con gran trabajo una altura,
Y luégo que se asegura,
La escala al suelo arrojó;
Ella sus quejas le dió
Por el pago ingrato y fiero,
Y el ladron dijo: «Grosero
»Instrumento, ¿qué creiste?
»Para subir me serviste,
»Para bajar no te quiero.»—

Así los magnates son;
Desde abajo ¡qué humillados!
Y en viéndose encaramados,
Desprecian el escalon.

Dos gatos se concertaron
Para robar un capon,
Y en la más perfecta union

Sus deseos realizaron.
Sacándole, pues, entero,
Ni uno ni otro le soltaba,
Pues cada cual intentaba
Burlarse del compañero.
Primero graves razones,
Despues terribles maídos,
Luégo hubo fieros bufidos,
Por fin, sendos arañones;
Hasta que entre horrendo grito
Se trabó la lucha fiera,
Miéntras que la cocinera
Cobró el cuerpo del delito.
Cansáronse de cuestion,
Y en repartir convinieron;
Mas fué despues que perdieron
Su industria, sangre y capon.

No haya intriga y falsedad;
Más vale un buen acomodo;
Que suele perderse el todo
Por no ceder la mitad.

Retratábase Narcisa,
Y así le hablaba al pintor:
«Ponedme hermoso color,
Blanca tez, boca de risa;
Los ojos negros.....—¿á ver?
¿De véras soy así yo?»
Y el pintor la dijo: «No;
Así es como quereis ser.»

«No hay que dudar; está yerto,
Ya espiró»—dijo el doctor;
Y el enfermo: «No, señor,
Le contestó; no estoy muerto.»
El médico, que le oyó,
Mirándole con desprecio,
Le replicó: «Calle el necio;
¿Querrá saber más que yo?»

Rica peineta compró
A su mujer Sinforoso,
Y ella, que lo agradeció,
La cabeza de su esposo
Tambien al uso adornó.

Con cortesía y cumplido
Fuera de lo regular
Llegóme hoy á saludar
Don Gines el presumido;
Chocóme tanta atencion,
Y ya se lo iba á decir,
Cuando me empezó á pedir,
Para comer, un doblon.

¿Preguntas qué libros leo?
Y yo te respondo, Blas,
Que son dos, y nada más,
Los que colman mi deseo.
Tengo la Biblia divina
Para salud eternal,

Y en cuanto á la temporal,
Leo el *Arte de Cocina.*

Díjele á un ciego :—¿Qué tal
Va de la vista?—«Peor;
Pero me ha dicho el doctor
Que ya voy viendo tal cual.»

Lúnes traduje á Molier;
Mártes un drama italiano;
Y el miércoles, al hispano
Tirso intenté componer.
Juéves dí un sainete gringo;
Viérnes, *pieza original;*
Sábado..... venga el jornal
Para comer el domingo.

Tomó *Leroy* don Liborio,
Y le tomó con tal celo,
Que se marchó limpio al cielo,
Pasando aquí el purgatorio.

Tu papel, caro Longino,
Es un maldito papel.—
¿No es florete superfino?
¿Qué tiene malo?—Longino,
Lo que has impreso tú en él.

Aquí yace un gran señor
Con ayuda de Galeno,
Porque estando sano y bueno,
Se empeñó en estar mejor.

El barbero del lugar
Es un muchacho perfecto;
No tiene más que un defecto,
Y es..... que no sabe afeitar.

EL NUEVO MADRID.

(DESPEDIDA.)

Madrid se va á Salamanca
Por la puerta de Alcalá;
Que harto de ser siempre villa,
Quiere ascender á ciudad.
De un poderoso banquero
Obedeciendo al iman,
Huyendo va de sí mismo
Por su confin oriental;
Y del *oso* y del *madroño*
Avergonzándose ya,
Se extiende á *Campo de plata*,
En que de nuevo escudar.
Del Manzanáres se aleja
Y su triste sequedad,
Para robar al Lozoya
Su magnífico raudal.
El *Sotillo*, la *Moncloa*
Y la *Tela del justar*,
Su *Lavapiés*, sus *Vistillas*
Y su morisco arrabal
Parécenle poco dignos

De su actual solemnidad,
Pues de sus timbres antiguos
Ha llegado á renegar,
Y mira como juguetes,
Propios de su tierna edad,
El *Cubo de la Almudena*
Y la *Torre de Lujan.*
Hoy prefiere á los escombros
De aquella histórica edad,
Lo sólido y positivo,
El olímpico gozar;
Sus palacios, sus paseos,
Sus vías férreas, su gas,
Sus jardines, sus teatros,
Su circo monumental.
A los Vargas y Luzones,
Ramirez y Sandoval,
De aristocrática alcurnia
Y de peto y espaldar,
Opone hoy la *pluto-cracia*
Del crédito y del metal,
Y su Bolsa, y sus cupones,
Y su libro talonar.
Los hombres y las ideas
Metalizándose van,
Y los títulos antiguos
Se suelen hoy cotizar.
No produce ya Quevedos,
Lopes, Tirsos, Montalvan,
Calderones y Moretos,
Ni otros ingenios sin par;
Pero abunda en periodistas,
Políticos en agraz,
Poetas de ciento en boca,

Y ministros al quitar.
  Elabóranse al vapor
En su fábrica central
Grandes hombres de ambos genios,
Político y militar.
  Taller de reputaciones,
Tal es su especialidad;
La *Guía de forasteros*
Es su balance industrial.

¡Pobre Madrid de mis dias!
¿Quién te reconoce ya?
A término tan excelso
Te has llegado á sublimar,
  Que para narrar tus glorias
(Y perdona el tutear)
Se reconoce impotente
La pluma, oxidada ya,
De tu antiguo coronista,
Topográfico y social.

(1876.)

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	Páginas.
Adios al lector.	v
Tipos y caractéres.	1
Pobres vergonzantes.	3
Gustos que merecen palos.	13
Industria de la capital.	25
La Patrona de huéspedes.	35
El Pretendiente.	51
Contrastes.	67
Tipos perdidos, tipos hallados.	67
El Religioso.	67
El Periodista.	70
El Consejero de Castilla.	72
El Contratista.	75
El Lechuguino.	76
El Juntero.	78
El Cofrade.	79
Los Artistas.	82
El Alcalde de barrio.	83
El Elector.	87
El Poeta bucólico.	89
El Autor de bucólica.	91
Tengo lo que me basta.	95
El Espíritu de asociacion.	109
El Fastidioso.	118

Páginas.

Una Mujer risueña. 122
Bocetos de cuadros de costumbres. 127
El Gaban.. 129
Cuatro para un hueso. 136
Las Traducciones.. 140
El Incensario. 144
La Vida social en Madrid.. 149
Carácter de los habitantes.. 149
El Forastero en la Córte. 157
Un año en Madrid (De Santiago á San Juan). 163
Julio.—Gacetilla de la capital.. 163
Agosto.—Madrid se seca. 171
Setiembre.—Madrid en feria. 178
Octubre.—Madrid se ilustra. 184
Noviembre.—Madrid se abre. 193
Diciembre.—El Turron. 200
Enero.—El Año nuevo. 208
Febrero.—Drama horrible.—Divertido sainete. . . 214
Marzo.—*Memento homo*. 220
Abril.—Crónica sin ilustrar.. 228
Mayo.—Fiestas populares. 238
Junio.—Toros y verbenas. 242
Poesías típico-características.. 249
Mi independencia : fotografía del autor. 251
Los Misterios de Madrid. 257
La Carga concejil. 262
El Poeta clásico y su dama (serenata). 265
Una beldad parisiense. 269
No sé si me explico (letrilla). 276
Á la célebre cantante D.ª Antonia Montenegro. . . 281
Epístola en romance, contestacion á la latina del Marqués de Morante. 286
La Cuaresma (letrilla). 291
Cuentos y epigramas. 294
El Nuevo Madrid (despedida).. 299

FIN DEL ÍNDICE.

LS
M58Ct
34466
Author Mesonero Romanos, Ramon de
Title Tipos y caracteres.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 25 06 012 8